

MI LIBRO

ESCRITO
POR

JUAN-DIEGO GARRIDO MONEDERO

1953

DEDICATORIA

A mis dos queridos hijos Germán y Victoria, y sus respectivos consortes Felisa y José, con todo mi cariño paternal, dedico este libro.

El Autor

Que contiene:

LAGRIMAS PATERNALES en verso
LAS CUATRO ESTACIONES DEL AÑO ... “
LA DICHA DEL AHORRO “

Y otras cosillas más que mis queridos lectores podrán leer en prosa y en verso, en las páginas de que el mismo se compone. El índice va al fin de su texto.

Este libro es propiedad del autor, el cual se reserva todos sus derechos.

Firmado: Juan Diego Garrido.

Posteriormente, con fecha 18 de Noviembre de 1959, desde Valencia y por correo certificado, remití al Sr. Cura D. Julián Briz, una copia de este tomo ofrecida en propiedad a N^a S^a de La Loma, Patrona de Campillo de Altobuey, al objeto de que, de “Mi Libro”, hagan todas las ediciones que crean convenientes, y que, su producto líquido quede siempre, a beneficio exclusivo de su divino patrimonio. Y, como advertencia a todos mis descendientes, firmo esta nota en Chelva, a 5 de Diciembre de 1959.

Firmado: Juan Diego Garrido.

“A MODO DE PROLOGO”

Siempre he creído y considerado que, una de las más sagradas obligaciones del hombre, es la de instruirse, según los medios de que pueda disponer; ya sabemos que, con esto, no decimos nada al hombre favorecido por la fortuna, pero los que carecemos en absoluto de medios para poderlo hacer, nuestra escasa instrucción ha de ser, forzosamente, muy difícil y sin que nunca podamos llegar a ser calificados como hombres medianamente instruídos; y si logramos saber algo y distinguimos entre aquellos que igual les da saber algo que el no saber nada, hemos de lograrlo por medio de muchos sacrificios; por medio de una voluntad que bien podemos calificar de heroica; leyendo y releendo todos los libros que estén a nuestro alcance y sacando de cada uno, con la intuición que Dios nos haya concedido, aquellas sabias enseñanzas que nos sean más provechosas, a semejanza de la solícita abeja que va libando de flor en flor el dulce néctar y que con su incesante y ejemplar trabajo transporta a sus artísticos panales para enriquecer su colmena. Con razón puede decirse que el hombre que ha nacido carente de medios para cursar una carrera y viene al mundo cargado con el vicio de “querer saber”, ya lleva bastante carga porque nunca alcanzará título alguno, puesto que, a los ochenta años, aún no ha terminado sus estudios, ya que estos han de terminar cuando termina su vida.

Yo, al escribir Mi Libro, no me guían fines económicos, ni me envanece la idea de distinguirme, porque, en mí, sería una pedantería, careciendo como carezco, en absoluto, de toda noción de literatura y porque solo me guía la idea de escribir este pequeño manuscrito para dedicarlo a mis queridos descendientes.

Este “Mi Libro” es la recopilación de lo poco que he escrito durante varios años, y cuyos temas obedecen a ciertos pensamientos que, sin saber como, me han obligado a escribir, pueda o no pueda; quien manda, manda; y como mi alma manda en mi cuerpo y, en este caso, le manda escribir mi libro, mi cuerpo tiene la obligación de escribirlo, y si Dios quiere y me ayuda, pienso darle término, aún cuando se opongan ciertos inconvenientes físicos ¿Que he cumplido ya mis ochenta y dos años de edad? ¿Que mis ojos, de tanto mirar y de tanto ver en este mundo, se me han acostumbrado a ver tantas “apariencias” y ahora, me hacen ver que una letra son dos? ¿Que aprovechándose de mi vejez, y como quien corta la leña de un árbol ya caído, mis nervios se burlan y se ríen de mí? Nada. Estos son escrúpulos míos que no valen nada, y dentro de poco tiempo, ya, mi alma no tendrá a quien mandar que escriba otro libro; ¡ahora o nunca!; la vida tiene su fin, y este fallo es inexorable ¡La vida es como el humo, que un tenue vientecillo lo balancea a su capricho hasta que, por fin, lo arremolina y lo disuelve para siempre en el espacio infinito...!

A la vez, como antes digo, todos debiéramos de tratar de instruirnos para que cada uno escribiera su libro: ¿No tenemos interés en dejar a nuestros descendientes el retrato de nuestro cuerpo?

Pues, ¿por qué no hemos de tenerlo, también en dejarles el retrato de nuestra alma? El pensamiento es atributo exclusivo del alma, y solo hablando o escribiendo, es como puede manifestarse; no hay máquina ni pincel que pueda retratarlo.

También me anima en esta temeraria y muy difícil empresa de escribir Mi Libro, el contar, como cuento, con que mis queridos lectores, todos ellos, los unos por cariño y los otros por simpatía, me han de perdonar las muchas faltas de literatura en que, seguramente he de incurrir.

El autor

BREVE BIOGRAFIA DEL AUTOR

La palabra “biografía” significa, en nuestra lengua castellana, la narración o historia de la vida particular de un sujeto y esto, cuando lo escribe el propio interesado, debe tomarse como más verídico que cuando lo hace una persona extraña, porque ésta, ha de valerse recogiendo datos de otras personas que, las más de las veces, pueden ser o no ser ciertos aún cuando no haya intención de tergiversar los hechos.

Yo, Juan Diego Garrido Monedero, hijo legítimo de Julián y María Antonia, (que en paz descansen) nací el día 7 de Julio del año 1871 en el Pueblo de El Peral, provincia de Cuenca y Partido de Motilla del Palancar; en él también habían nacido mis queridos padres. Eramos cuatro hijos y vivíamos como vecinos de dicho pueblo, hasta mi edad de siete años (año 1878) cuando mi padre se contrató y trasladó de mayoral de cuatro pares de mulas, en una casa de labor en la aldea llamada “Casas de Abajo” del término municipal de Iniesta. Durante mi corta estancia en El Peral, asistí muy poco tiempo a la escuela debido a que teníamos horno de pan cocer para el público, y en él había faena para todos los de la familia; y ya en la aldea, como no había escuela, me tenía que concretar a ser, yo el maestro y yo el discípulo.

En dicha aldea, mi ocupación diaria y propia de mi edad, era la de leer y escribir; traer a la casa varios cestos de hierba para los conejos, cuidar las gallinas, ayudar a mi madre en las faenas domésticas y entretener a mis dos hermanos menores Alejo y Juana, cuyas faenas y cuidados alternaba con la lectura de mis libros para aprender algo de gramática y, siquiera, algo de las primeras reglas de la aritmética. Mi inclinación por aprender de todo, rayaba en manía. En mis bolsillos, jamás faltaba el papel y lápices de colores para dibujar animales, plantas y paisajes. En esta ocupación pasaban los años y ya llegué, sin ayuda de nadie, a saber leer y escribir y las reglas de sumar, restar, multiplicar y dividir, hasta el día 30 de abril de 1884 fecha, en que yo, aún no había cumplido mis trece años de edad, en cuyo día pasó el siguiente caso.

De los cuatro labradores que había en la casa, dos eran mi padre y mi hermano mayor Cleto, y los otros dos eran de Iniesta, y, uno de estos, un domingo se fue a este pueblo, creyendo mi padre, e igualmente el mayordomo, que volvería el lunes, pero pasaban los días y el tal sujeto no venía y, el par de mulas, llevaba ya encerrado varios días en la cuadra, y en la aldea no se podía buscar un sustituto, y sin duda porque yo iba algo crecido en estatura, dijo el mayordomo a mi padre que probara a ver si yo podía labrar con aquel par de mulas.

Era el mediodía del treinta de abril, y la labor que se estaba haciendo en los barbechos, consistía en “alomar” que es la más difícil de todas, y aquellas tarde, di principio a mi vida de labrador; y mi padre que era también un famoso labrador, no quiso dejarme solo y me puso en su misma besana en previsión de poder enmendar aquellas faltas que yo cometiera, pero al corto rato ya vio que, mis surcos, quedaban casi tan rectos y limpios como los suyos; así acabó la tarde y mi padre estaba lleno de gozo de verme labrar. Por la noche, al poco de llegar las mulas a la cuadra, llegó también el mayordomo y dijo a mi padre ¿Qué? Julián: ¿Cómo se ha portado el chiquillo?; y mi padre, sin poder disimular su orgullo, le contestó ¡Ah, el chiquillo, el chiquillo! Este chiquillo ha de ser el mejor labrador de toda La Mancha, porque ya labra mejor que yo.

Esta tarde hemos labrado juntos en mi besana, pero mañana labrará, solo, en la suya, y estoy seguro que no habrá quien le ponga faltas. El de Iniesta ya no volvió, y yo, seguí ocupando su vacante y a los pocos días, mi padre, me hacía cortar las besanas para los cuatro pares, en fincas de ochenta y cien almudes de extensión, y sin tener, nunca, que enmendar un surco.

Yo, iba creciendo en años y estatura, y mi nombre y fama de buen labrador, también iban creciendo y conociéndose, con asombro, entre los labradores de los pueblos circunvecinos.

Cuatro años después, mi padre dejó el cargo de mayoral en la aldea, y nos volvimos, otra vez, a El Peral, en donde me coloqué de labrador en casa de Cristóbal Navalón, en la cual, no se me trataba como simple mozo de mulas, sino como a un hijo más de aquella buena familia, hasta el año 1890 en que mi padre contrató el arrendamiento, por cinco años, de la labor de tres pares de mulas, en el término de Rubielos Altos, propiedad de D. Fernando Navarro.

En este citado año fui alistado en El Peral, como quinto perteneciente al reemplazo de dicho año, y me libré de ser soldado, como excedente de cupo, por el elevado número que me tocó en el sorteo.

En Rubielos Altos, no había para los jóvenes otras diversiones que las de tirar a la barra y a la bola por los caminos, a cuyos deportes, he sido siempre muy aficionado.

Jamás las rudas faenas de la agricultura fueron para mí obstáculo alguno para seguir en mi “manía de querer saber”, y tanto en el invierno como en el verano, siempre iba provisto de algún libro útil, que al terminar el trabajo me servía para extasiarme en sus páginas y sacar enseñanzas de ortografía y gramática general, y otros conocimientos que siempre abundan en los buenos libros.

Durante el arrendamiento ya mencionado, y como mi edad era oportuna para ello, tuve la gran fortuna de enamorarme de una muchacha del mismo pueblo, llamada Piedad Romero Simarro, pobre, como yo, y digno el uno del otro, la cual, también había nacido en el año 1871 el día 9 de mayo, por tanto, dos meses antes que yo. Nuestras relaciones fueron cortas y formales como las de dos seres predestinados por Dios, que se habían de unir para toda la vida en el Santo Sacramento del matrimonio. El día 7 de Julio del año 1894, día en que yo cumplí los 23 años de edad, nos casamos canónica y civilmente.

Ya casados, éramos el matrimonio más feliz del mundo, pues ella, con su extrema bondad y sus virtudes, hacía de nuestro humilde hogar un paraíso, y yo correspondía a su cariño adorándola como ella se merecía. A los diez meses de casados, (el doce de mayo de 1895) aún en Rubielos Altos, tuvimos el primer hijo al que pusimos el nombre de Germán.

En septiembre del mismo año 95, terminó el plazo del arrendamiento que, por cierto, fue ruinoso para nosotros, a pesar de haber trabajado mucho mi padre, mi hermano mayor Cleto y yo, cada uno con un par de mulas, pues debido a la depreciación de los cereales, no nos fue posible continuar el arrendamiento.

Terminada la recolección, en dicho año 95, y para pagar las deudas contraídas, tuvimos que vender 700 fanegas de trigo al precio de ocho pesetas la fanega de 45 kilos; la cebada se vendía a tres pesetas la fanega, y la avena a 1 peseta y 50 céntimos. Estos precios nos trajeron la ruina, y también vendimos en El Peral, una casa y otras fincas rústicas que poseíamos, y esto nos separó, para siempre, de nuestro pueblo, sintiéndolo mucho.

Rescindido el arrendamiento, y como yo en Rubielos Altos, no tenía en donde trabajar, y, a la vez, porque me buscaron para mozo de mulas, nos vinimos aquí a Campillo de Altobuey, y me contraté en casa de los Srs. hermanos Briz López, en donde entré el día primero de agosto de 1896, y el día 9 de septiembre de este año tuvimos una hija que nació en la casa n° 1 de la c/. de Coheteras, y le pusimos por nombre María.

En el año 1898, dejé la casa de los Srs. Briz López, y me trasladé a servir, también de mozo de mulas, a la casa de D^a Joaquina Briz Luján, y ya en el año 1899, el día 13 de enero, tuvimos la segunda hija que nació en la calle del Carmen, y le pusimos por nombre Victoria.

Esta Sra. D^a Joaquina, era una santa mujer en todos sus actos, y se desvivía en socorrer a los pobres; tenía una gran fe en la otra vida, y su esperanza puesta en Dios y en la Virgen de la Loma, patrona de este pueblo, de la que se hizo su mayordoma, ofreciéndole y entregándole dinero, azafrán, trigo y las mejores reses de su ganado; todo le parecía poco para demostrar que su fe no se reducía solo a palabras huecas.

Corría el año 1901, y, un día, ya cercano a las fiestas de la Virgen de la Loma, me dijo D^a Joaquina que tenía, yo, que pintarle un cuadro para el Convento, en donde se habían de celebrar las fiestas religiosas, ya que ella sabía que yo era algo aficionado a la pintura.

Yo, no sabía como excusarme, pero de nada me valieron mis excusas; mandó a la criada a comprar un metro de lienzo; me preparó pincel y colores; se buscó un hombre para que labrara con las mulas, y, al día siguiente, en una habitación de la casa y “sin haberlas visto más gordas”, era yo, nada menos, que un émulo de Velázquez, de Murillo, de Goya o de cualquier otro famoso pintor, con mi lienzo pendiente de un clavo en la pared; mi pincel en ristre; mis tarros de colores sobre una mesa y sin saber cómo ni qué pintar. Pero al fin de muchas dudas y como ya no me quedaba esperanza de poder eludir mi compromiso, me decidí a pintar al Apóstol Santiago, sobre

su brioso caballo y combatiendo a los moros. El cuadro lo terminé en tres o cuatro días, y antes de las fiestas de la Virgen, ya estaba colocado en el Coro del Convento; y aún cuando no es una obra de arte, y después de medio siglo, allí sigue mi cuadro admirado y respetado por todos los campillanos.

Esta Sra. D^a Joaquina, ya con sesenta y cinco años de edad, depositó en mí toda su confianza, y la administración de su hacienda; yo era el mozo de mulas que labraba sus fincas (que no eran pocas), y el encargado de custodiar todos sus bienes. Pero aquello, para mí, no tenía importancia; no era servir; era vivir cristiana y respetuosamente como manda Dios que vivan y se respeten los amos y los criados. Pero como todo tiene su fin en este mundo, aquella cristiana y santa vida también lo tuvo; y víctima de una mala digestión, el día 28 de diciembre de 1903, D^a Joaquina Briz y Luján, murió cristianamente, entregando su alma a Dios que la tiene en su gloria, en premio de su bondad y sus virtudes. Además de lo mucho que le agradezco todo el bien y la absoluta confianza que me dispensó, tengo que agradecerle y no olvidaré nunca, lo mucho que estimaba y quería a mi pobre mujer y a mis tres pequeños hijos ¡Y, su muerte, fue muy sentida por nosotros! (q.e.p.d.).

Después de fallecida D^a Joaquina y con motivo de que sus herederos no se ponían de acuerdo para la partición de sus bienes, aún estuve en su casa más de otros tres años, autorizado para todo, por ellos, igual que cuando ella vivía y cobrando el mismo salario. Cuando ya decidieron realizar dicha partición y como único conocedor de las fincas, ganadería y otros bienes, me confiaron la confección del inventario e hijuelas de cada uno, hasta presentarlas al pago de los derechos reales.

Terminada la partición y con sincero afecto por ambas partes, me despedí de los Srs. herederos, y de aquella casa en que tanto se me había estimado.

Posteriormente, a mi salida de la casa de D^a Joaquina en el año 1907, ya no he vuelto a servir más como mozo de mulas, y, desde entonces, me dedicaba a cultivar las pocas fincas que ya había comprado, y también a escribir documentos de compra-venta, inventarios y particiones, demandas judiciales, testamentos, y otros referentes al código civil. En 1908 compré la casa de la calle Larga n^o 29, y entonces fue cuando mi hijo Germán empezó a estudiar la carrera del magisterio, la cual ya tenía terminada, y cuando ya en 1916, debía hacer la reválida para tomar el título de maestro de escuela, todo se perdía a consecuencia de un grave defecto en la vista, que le obligó a abandonar los libros para siempre. Por esta desgracia y desde hace ya varios años, reside en Valencia, empleado en la venta del cupón de la caritativa Organización Nacional de Ciegos.

Aquel fue un enorme golpe para todos nosotros, y por si esto fuese poco, a esta gran desgracia se unió otra más enorme todavía, pues en el día 13 de octubre de dicho año 1916, en nuestra citada casa de la c/. Larga, falleció nuestra querida hija María a los 20 años de edad, dejándonos en el mayor desconsuelo, porque, sin ella, nos parecía imposible el poder vivir, y desde entonces, nuestra vida ha sido una interminable cadena de suspiros y de amargas lágrimas.

Después, ya en el año 1920, nos trasladamos mi esposa y yo, otra vez, a Rubielos Altos, y se quedaron aquí en el Campillo, ya casados, nuestros dos hijos Germán y Victoria.

Yo, en Rubielos Altos, me coloqué de administrador en la hacienda de D. José Fernández Navarro, y a la vez, desempeñaba, también las secretarías del Ayuntamiento y del Juzgado Municipal del pueblo; esto por espacio de siete años al fin de los cuales, regresamos otra vez al Campillo con motivo de una grave y larga enfermedad de mi hija Victoria y volviendo a dedicarme al cultivo de mis pocas fincas y a escribir toda clase de documentos para el público.

Y entonces fue cuando los señores herederos de D^a Antonia Cobo y Ortiz, en virtud de escritura de mandato de fecha 14 de agosto de 1928, me encargaron y autorizaron para intervenir el deslinde de un monte de pinos colindante con terrenos del Estado, en las vertientes del río Cabriel y paraje de la Fuen-Caliente del término municipal de Mira, a cuyo efecto, tuve que desplazarme a dicho paraje y presentarme al ingeniero que, en nombre y representación del Estado, había de realizar el deslinde, cuyo señor reconoció mi representación y me incorporó a la comisión, cuyos trabajos de deslinde, duraron unos dos meses.

En la práctica de dichas operaciones, observaba yo, que la tendencia o rumbo que el señor ingeniero seguía, era la de internarse en la propiedad de mis representados, con el fin de hacer en

ella una extensa segregación del monte con espesos y corpulentos pinos, que bien valían una fortuna, con el fin de agregarlos al Estado, y , de los cuales la señora causante, siempre había disfrutado pacífica posesión y pleno dominio.

Este procedimiento que yo calificaba de injusticia o usurpación, me indignaba en extremo y ya, cuando el deslinde tocaba a su fin, un día, dije al señor ingeniero que me consideraba obligado a protestar del deslinde, porque, yo, no podía quedar indiferente ante el resultado de la operación; a lo cual un tanto sonriente, o quizá, compadecido porque no me creyera capaz de hacer la protesta, me contestó; que le parecía muy bien, a fin de que yo justificara la eficacia de mi intervención, y que, a tal efecto, me entregaría el oportuno recibo, y a la vez me aseguró que, con mi protesta o sin ella, los señores herederos de la D^a Antonia Cobo y Ortiz, habían de perder el terreno y los pinos segregados en el deslinde, “como él había perdido a su abuela”.

Desde aquel día, y siempre sonriente, me preguntaba si tenía ya escrita la protesta, quizá por hartarse a reír, hasta que ya, al terminar el deslinde, le hice entrega de mi escrito que ocupaba uno o dos pliegos de papel, porque, en él iba detallada la topografía del terreno, la historia de su adquisición por la señora causante, y las fechas de cortas de pinos autorizadas por el Distrito Forestal. Recibida la protesta procedió a su lectura, y yo que no perdía ninguna de sus impresiones, veía que, a cada momento, se ponía más serio; más formal. Hasta que ya, sin terminar de leer, dejó el escrito sobre la mesa y me dijo. “Amigo Garrido: Voy a hablar a Vd. con toda franqueza. Ha escrito Vd. una protesta que yo no la esperaba; y si Vd., como me tiene dicho, no ha hecho más que labrar, no me cabe duda de que es Vd. un hombre que ve las cosas muy claras; lleva Vd. en su cerebro todas las operaciones del deslinde. Pero no obstante su muy bien escrita protesta, le repito que sus representados han perdido el terreno que dejó segregado, “como yo perdía a mi abuela”, porque si plantean el litigio contra el Estado, no han de ser ellos los que triunfen; sería una cosa nunca vista”. Yo recogí el recibo, y él unió mi protesta al expediente, y, con lo cual, se dio por terminado el deslinde.

Pasaba el tiempo, y, un día, supe que los señores López Cobo habían promovido el pleito contra el Estado y que para su defensa habían nombrado a D. Rafael Marín Lázaro, abogado residente en Utiel. Pasó más tiempo, y, otro día, me llamó D^a Antonia López Cobo, sobrina y heredera de la causante, para decirme que habían triunfado en el Tribunal Supremo y que les tenían que entregar la finca en el mismo estado en que la poseía su difunta tía. Me manifestó su agradecimiento por mi eficaz intervención en el deslinde, y me dio a leer la copia de la sentencia dictada por el Supremo, en la que, con gran satisfacción vi, que el Sr. Marín Lázaro, en el acto de su defensa ante el referido Tribunal, invocaba varias veces la protesta del Sr. Garrido, como si aquel escrito, que yo hice en la Fuen-Caliente, le hubiera servido de base legal en que, dicho Sr. letrado, apoyara su brillante defensa. Y así en el archivo del Supremo Tribunal duerme, unido al cuerpo del litigio, mi escrito de protesta que hizo sonreír tantas veces al ingeniero que “había perdido a su abuela”. Pero mis representados no perdieron el terreno de pinos que valía una fortuna, y que yo tuve la visión clara de saberlo pedir, y el Sr. Marín Lázaro, con su asombrosa elocuencia, defender; puesto que el referido Tribunal, falló con todos los pronunciamientos favorables, a favor de los señores herederos de la señora Cobo Ortiz, mandando colocar la mojonera en los puntos que yo señalaba en mi protesta ...

Son varias y muy curiosas las anécdotas que yo pudiera referir, de aquellos tiempos de mi apogeo en la vida; unas veces eran los buenos labradores los que me pedían consejos y explicaciones sobre mi artística forma de labrar la tierra; otras eran los abogados, quienes sabiendo mi humilde origen campesino, se quedaban muy extrañados al leer en mis escritos la sencilla y acertada manera de interpretar los fundamentos del derecho legal. Y es que yo, siempre que he podido hacer una cosa medianamente bien, nunca me he podido conformar con hacerla mal.

El público había hecho tanta confianza en mis escritos, que mi casa parecía la casa de un notario, pues raro era el día que no invertía en escribir y con ello ganaba algún dinero.

Y así hemos ido viviendo, con nuestra pobreza siempre, pero nunca nos han faltado las cinco pesetas, de cada día, hasta la muerte de mi querida esposa, ocurrida el día 29 de abril de 1949, a

los setenta y ocho años de edad, cuya pérdida no tiene posible reparación; ¡Dios la tenga en el cielo al lado de nuestra querida hija María!

Esta es (aunque breve) la biografía o memoria de mi vida, que, por no cansar más a mis queridos lectores, no quiero detallar muchas otras cosas que considero de importancia, puesto que si hubiera de relatar toda una vida de 82 años, tendría que escribir más que Lope de Vega. Además, tengo mis temores de que, con lo dicho, haya dicho demasiado, por si a alguien se le ocurriera el pensar que todo lo dicho sea pura alabanza propia, pues ya sabemos que la propia alabanza dice muy poco a favor de quien se alaba; más cuando se dice la verdad, como yo la digo, alguien lo ha de decir y nadie mejor que el interesado, pero éste, ha de tener la necesaria prudencia para no demostrar jactancia o vanagloria, aún cuando se vea capaz de ejecutar cualquier arte, oficio o profesión con alguna más o menos perfección que otros.

En todas las perfecciones ha de haber sus diferencias o grados más o menos, pero nadie podrá llegar a la perfección absoluta, porque, la perfección absoluta, la posee, solamente, Dios.

Y si los grandes hombres en artes, ciencias, filosofía, teología, etc. etc., nunca se han considerado merecedores de alabanza alguna porque, ellos, sabían, mejor que otro alguno, que no poseían ni podían llegar a poseer, nunca, la perfección absoluta, y por tanto, nunca se podían conformar con sus propias obras, ¿voy yo a considerarme merecedor de ello por solo poseer “el vicio de querer saber”, sabiendo que no he llegado a saber nada? ¡Pobre de mí! ¡Nada de eso!

La propia alabanza es vituperable, y el hombre, cuando se halle en el más alto pináculo del saber humano, es solo porque Dios le ha concedido una pequeñísima chispa de su divinidad, pues, en caso contrario, seguramente hubiera sido un hombre ordinario y sin otro mérito que el de aumentar, en uno o más, el número de habitantes de su respectiva generación.

Todas nuestras alabanzas pertenecen, solo a Dios, puesto que El es quien reparte entre sus criaturas, los grados de perfección con que las adorna...

Lo único que no quiero que se me quede en el tintero, es que, al poco tiempo de fallecida mi querida hija María, se apoderó de mí la idea de escribir algo que pusiera de manifiesto las gracias y virtudes de aquella privilegiada criatura, porque yo no podía consentir que, ya muerta ella, quedara en el olvido y para siempre, el tesoro de su inteligencia, de su afabilidad, de su fe, de su caridad, de su cortesía y de tantas otras gracias como adornaban su cuerpo y su alma ¿Pero quien lo había de escribir? Yo, con razón, me consideraba incapaz; ¿y a quien lo podía yo encargar, si nadie la conocía como yo? Y así estuve mucho tiempo luchando conmigo mismo, hasta que mi voluntad triunfó sobre mis temores de incapacidad, y empecé a escribir... y a modo de título escribí estas dos patéticas palabras: “Lágrimas Paternales”...

Después seguí escribiendo... escribiendo... y llorando y, muchas veces, metido en tan intrincados laberintos, que me obligaban a dejar la pluma y a pensar que aquel propósito era para mí un imposible, pero ¿cómo lo abandonaba? Porque, una vez intentado, ya lo consideraba yo como una promesa hecha a mi hija, y esta promesa ya no podía quedar incumplida, y ... había que seguir... y seguí, escribiendo...

El autor

“LAGRIMAS PATERNALES” “ELEGIA”

¡Oh dolor!; cesa un momento;
no tortures mi existencia
triste y larga;
aparta de mí el tormento
y de tu cáliz la esencia
tan amarga.

Deja que cante mi lira
las gracias de un ser querido
por quien muero;
por quien mi pecho suspira;
¿su nombre? María Garrido
y Romero.

No quiero, que en el olvido
sus virtudes y primores
queden; no,
y, después de esto cumplido,
la copa de tus rigores
apure yo...

.....

¡Oh musa!; ten compasión
de quien transido te invoca
en su retiro;
alumbra la inspiración
de mi fantasía loca;
yo deliro.

De tu Parnaso desciende
presurosa, y ven a mí;
yo te imploro;
pronta mi numen enciende
que, aunque no te conocí,
yo te adoro.

Haz que entre el acerbo llanto
se oiga mi voz plañidera;
¡ay de mí!;
y si después de este canto,
de mí, para siempre huyeras,
sea así ...

.....

¡Oh muerte!; cómo te ensañas
en la humana criatura
con espanto,
y esparces con tus guadañas
por do quiera la amargura,

el luto y llanto.

Con pie acelerado y blando,
severa, grave, terrible
e implacable,
cumples rígida y callando
de Dios, el fallo infalible,
inexorable.

Es tu lema el exterminio,
tu precursor la agonía
que es fatal
con tu absoluto dominio
y tu augusta jerarquía
universal.

¿Qué son, ante ti el valor
de Inglaterra y aliados
indecibles,
si no te infunden pavor
Alemania y sus soldados
invencibles?

¿Qué es contra ti el submarino,
el cañón, el cepelín
y la trinchera...?
Nada obstruye tu camino,
que, todo, junto, es al fin,
vana quimera.

Los montes inaccesibles,
los abismos y altas rocas,
todo es llano;
distancias inconcebibles,
todo lo alcanzas y tocas
con tu mano.

Respetuosas dignidades;
invictos emperadores
de la Tierra;
altaneras potestades,
capitanes vencedores
en la guerra.

Monarcas esclarecidos
que alcanzan fama asombrosa
que retumba,
con harapientos mendigos
iguales bajo la losa
de la tumba ...

¿Por qué, siquier, no respetas
la viril, fuerte y pujante
juventud,
y diriges tus saetas
a la cansada y temblante
senectud...?

Cuando en su rodar fragoso,
desde la empinada sierra
al hondo valle,
baja el peñasco espantoso,
que haciendo temblar la Tierra,
se abre calle.

El fuerte y gigante pino
que altanero despreciaba
el huracán,
la débil caña, el espino
que blindado se contaba,
troncha igual...

Iguales van, sí; a la vez,
anuncia el bronce en la torre
que, alternando,
van la infancia, la vejez,
el joven, el rico, el pobre,
caminando...

No se fíe nadie, no;
del empuje, arresto y brío
juveniles;
que juzgue por lo que vio,
pues que tenía el “bien mío”
veinte abriles...

Edad de las ilusiones;
edad de larga promesa
en el vivir;
edad que aviva pasiones
edad en que nadie piensa
en el morir...

Mas viniendo solapada,
la fiebre que padecía
fue avanzando;
y su vida tan estimada,
entre fiebre y agonía
fue acabando.

Moría y se iba riendo
de este mundo y sus amigos
engañosos;
quizá desdeñada, huyendo
de amor falaz los halagos
ponzoñosos.

La risa entreabrió sus labios,
cual flor que perlas oculta,
al espirar;
quizá que, entre ángeles varios,
iba su alma, a donde no hay culpa
que expiar.

Y cual débil pajarillo
que en la margen de la fuente
toca el lazo;
dio su espíritu sencillo,
e inclinó su nívea frente
entre mis brazos...

.....

¡Oh dolor fuerte y aleve,
como aumentas mi quebranto
y mi penar;
mi pluma escribir no puede
y moja el papel mi llanto
sin cesar...!

Mas, soy su padre, y no puedo,
aunque la pena me embarga,
desistir;
y arrastraré con denuedo
tu peso enorme, tu carga
y mi sufrir.

Cantaré a tontas y a locas
en apasionado verso
sin rimar,
y, si tuviera mil bocas,
atronara el Universo
mi cantar.

Poetas privilegiados
coronados de laureles
inmortales;
pintores tan celebrados
por vuestro genio y pinceles
magistrales.

Os doy singular modelo
a vuestra musa divina
y aptitudes;
conjunto, de gracias lleno,
de maneras peregrinas
y virtudes...

Ella, que, siempre prudente,
las tristezas y amarguras
desterraba
de mi hogar, y diligente,
alegrías y venturas
allegaba.

Ella, que alfombra de flores
tendió sobre mi camino
y lo hizo llano;
y apartó los sinsabores
que nos reserva el destino
al ser humano.

Siempre humilde y recogida,
sin ostentación, orgullo
ni arrogancia,
cual la violeta escondida
que exala de sus capullos
la fragancia.

Como el cristiano que ansía
ceñir la inmortal corona,
fue creyente;
la caridad la encendía
y nunca dijo; “perdona”
al indigente.

Su estimación fue constante,
por su carácter afable
y su hidalguía;
siempre distinguió al brillante
su mérito incomparable
y su valía.

Gentil, esbelta y garrida
cual palma que sube airosa
a las esferas;
sin ostentación, erguida,
y, por mil modos, graciosa
en mil maneras.

Pulcra, cual guija arenosa,
que lava linfa riente
y cristalina,
que serpea bulliciosa
y en inclinada corriente
se encamina.

Pura, cual perla irisada
de rocío, que los prados
y tribales,
embellece en la alborada,
con artísticos bordados
virginales.

Pura y casta, cual querube
que con fulgurantes alas,
rasga el velo
que forma la densa nube,
y en misteriosas escalas
sube al cielo.

Sensible, cual tenue brisa
que, a impulso de hálito incierto,
ondula y gira;
fiel, obediente y sumisa,
cual, la Vestal, que su cuerpo,
da a la pira.

Como la abeja aficiosa,
libando del bosque ameno
los dulzores,
siempre estuvo laboriosa,
y el arte, no le fue ajeno
en sus labores...

Poco he dicho y mucho queda
que decir en su alabanza
con verdad;
lo dicho, a esbozo no llega,
puesto que era, en semejanza,
una deidad...

Y, al pensar que este edificio
que el cielo con sus pinceles
adornó,
la muerte con su artificio,
sordo golpe y duras hieles,
derrumbó.

¡Oh Dios mío!, de tu mano
pende mi pobre existencia;
ampárame,
con tu poder soberano
y tu grande providencia;
ayúdame.

¿Qué se hizo el dulce mirar
que sus dos bellos luceros
esparcían?
¿Qué su atrayente cantar
con que al ruseñor parlero
enmudecía?

¿Dónde está su aire, gracioso,
su garbo y su gallardía
en el andar,
su concepto majestuoso,
discreción y cortesía
en razonar?

¿Qué se hicieron su Prudencia,
su Justicia, Fortaleza,
su Templanza,
Fe en la Divina Clemencia,
su Caridad con largueza
y su Esperanza?

¡Dios mío!; ¿acaso sucumben
las virtudes que le diste
de tu mano,
y a los despojos se funden
para ser cebo que embiste
un vil gusano?

Jamás; imposible; no;
nunca mueren las virtudes
ni su aroma;
las virtudes flores son
con que adornan los querubes
la corona.

De las almas que, triunfando
de los lazos mundanales,
raudo el vuelo,
los espacios escalando
entre coros celestiales
van al cielo...

Al cielo que es la morada
de los que sufren y lloran
resignados;
de los que, en esta jornada,
temen a Dios y lo adoran
extasiados.

De los puros corazones
que, la virtud, que ennoblece,
practicaron,
y del vicio y las pasiones
que denigran y embrutecen,
se apartaron.

Es el premio que a Dios plugo
dar al justo en ese cielo
merecido;
que Dios, con ser Dios, no pudo
dárselo acá en este suelo,
equitativo.

Es el reflejo más bello
del poder del creador
del Universo;
es el sublime destello,
del arquitecto de amor,
y padre excelso...

.....

¡Oh Dios mío!; ¡qué portento
de providencia y de amor
hay en tus obras!;
acá, nos das el sustento
y allá, vida sin dolor
y sin zozobras...

Grande es la Tierra vestida
de plantas flores y frutos
tan variados,
con que sustentas la vida
del hombre, aves y frutos
no contados.

Grande es la inmensidad
de los dilatados mares
cuyo seno,
de infinita variedad
de peces, conchas, corales,
se halla lleno.

¿Quién puso el grano de arena
de esos mares en la orilla
nivelada,
en cuya sutil cadena
la encrespada ola se humilla
aniquilada?

¿Quién partió en dos la montaña
cuyo vientre de granito
fue tan blando,
por do el río (¡cosa extraña!)
al mar en curso infinito,
va llegando?

¿Quién hizo el sol que ilumina
los espacio, Tierra, y el cielo
en magnitud?;
¿quién a tu traza divina
dio el primitivo modelo?
¿Quién su luz?

¿Quién puso en el firmamento
la infinita pedrería
que miramos?;
¿quién dio al huracán su aliento,
y su luz dorada al día
que gozamos?

¿Quién los astros en conjunto
hace girar, con acierto
tan medido,
sin que jamás, haya un punto
del universal concierto
desmentido...?

Grande, es todo cuanto existe
y digno de tu poder
nunca medido;
grande, el sello que le diste
que pregona tu saber
nunca sabido...

Mas todo queda mezquino
ante la inmensa grandeza
de esa gloria,
que creaste con destino
a premiar, de la pureza,
la victoria.

De esa gloria que en la altura
sobre miles globos de oro
se sustenta;
mansión de dicha y ventura
que de tu obra, el tesoro
complementa.

Que, si otra vida no hubiera
sobre ese azulado techo
que anonadada,
el primero, yo, dijera;
¡Dios mío!, lo que Tú has hecho
todo, es nada...

¡Pero, allá puso tu mano
esa gloria sin dolores
terrenales;
engace, nudo galano
y compendio de tus amores
paternales...!

.....

Sí, hija mía, ¡qué consuelo
da la bendita creencia
religiosa!;
saber que estás en el cielo
fortalece mi existencia
dolorosa.

Bálsamo de pura esencia
que restaña las heridas
que me abrieron,
tu amarga muerte y tu ausencia,
de los tuyos, tan sentidas
como fueron.

Pero tú, alivias mi pena
puesto que, verme no quieres,
padecer;
te dije un día, “sé buena”
y buena fuiste, buena eres
y has de ser.

¿Por qué llorar cuando creo
que Dios premió tu pureza
y tu virtud?;
soñando y despierto, veo
que, del cielo, la belleza
gozas tú.

Llore en tal caso el ateo
que solo ve la materia
en este mundo;
y quien del infierno feo
sufra el tormento y miseria
tremebundo.

Y, así, insensato ha de ser
llorar porque tu arribaste
al feliz puerto
del verdadero nacer,
con cuyo nacer lograste
no haber muerto.

Que, para gozar tu suerte
debiste ser comprendida
en el morir;
mas no fue muerte tu muerte,
que solo, para esa vida,
fue el partir.

Porque Dios, no quiso ver,
que viviendo en este mundo
un día fueras
esclava de Lucifer
y envuelta en su aliento inmundo
sucumbieras.

Y entre angélicas legiones
subió tu espíritu alado
triumfalmente,
a sus gloriosas mansiones
para tenerte a su lado
eternamente.

Donde nunca te persiga
la babosa rastrería
mundanal;
y Lucifer no te siga
con solapada falsía
infernial.

Donde vivirás gozando
de infinitas bienandanzas
eternales;
himnos de gloria entonando
en cánticos de alabanzas
divinales.

Porque, a tí, Dios te eligió
para ser un mensajero
de su gloria;
y a nosotros nos dejó
recuerdo imperecedero
tu memoria.

Y aunque falta no te haga
nuestra ferviente oración
te rezaremos,
para restañar la llaga
que abierta en el corazón
la tenemos.

Y tú, ruega en esa altura
por los que bien te quisieron
y admiraron;
y cólmalos de ventura
porque tu muerte sintieron
y lloraron.

Mitiga el dolor airado
del espíritu afligido
de tu madre,
y arranca el dardo acerado,
que, su corazón herido,
no taladre.

A tus hermanos queridos
enjuga el acerbo llanto
y da consuelo,
por tu muerte están sumidos
en tenebroso quebranto
y desconsuelo.

Dame tus máximas bellas;
guíame, soy peregrino
sin consuelo;
para que siga tus huellas
por el angosto camino
que va al cielo.

Sé mi celestial elegida
y ruega a Dios Sempiterno
que yo vea,
que estemos en esa vida
juntos en abrazo eterno;
¡así sea!

En Campillo de Altobuey, 24 de enero de 1917

Mi poema “Lágrimas Paternales” que arriba queda copiado, quedó terminado en la fecha que lleva; mi espíritu estaba más tranquilo, pero mi ansiedad no estaba satisfecha; tenía que consultar a una persona de letras, para que me diera su opinión sobre lo que yo había escrito, y si lo podía, o no, remitir a una imprenta a fin de que me hicieran una edición de unos cien ejemplares, para repartirlos, como recordatorio, entre mis familiares y amigos, en éste y otros pueblos. Vivía entonces D. Antonio Cobo Luján, hijo y farmacéutico de este pueblo, al cual me unía una franca amistad, y a él recurrí en mi propósito. Le dejé el folleto manuscrito, que aún conservo, por ser el original; me dijo que lo estudiaría y me lo devolvería en breve plazo. Cuando a los tres días me lo devolvió, ví que al final, había escrito, para mí, la siguiente nota.

Al señor D. Juan-Diego Garrido.

Mi querido amigo: La forma sencilla y amena, en que está diluida toda la trama que expresa los tristes lamentos de un padre en estrofas inspiradísimas, rebosando, en todas ellas, la pureza de un sentimiento cristiano, que choca ante la inexorable ley de la Fatalidad, armonizando, a su vez, con la pulcritud de un lenguaje tan natural y castizo como elegante y florido en su abundancia de imágenes y tropos, me han impresionado de tal manera, que no puedo resistir a la idea de enviarte mi compenetración en tus tribulaciones, y de quedar admirado de tu canción.

Saludo al poeta y lloro con el padre.

Tu amigo, Antonio Cobo.

Campillo de Altobuey 27 de enero de 1917.

Además de los elogios a mi poema que, D. Antonio Cobo (q.e.p.d.) consigna en su nota, y que yo con tanto gusto y por lo mucho que me honra, dejo copiada en mi libro, este señor me infundió tal ánimo, que remití mi folleto a un pariente mío residente en Cuenca, y allí me hicieron la edición que yo deseaba; a los pocos días llegó a mi poder y empecé a repartir ejemplares. La entrega de ellos fue rápida, pues unos por correo y otros en la mano, pronto se agotaron todos, hasta el extremo de no poderme reservar ninguno de ellos, salvo el original. Por último hubo sus consiguientes quejas, por peticiones que ya no me fue posible atender. Había hecho pocos, y lo sentí mucho.

El Autor.

Queridos lectores

Después de varios años, y atraído por la magnificencia de la divina creación, y en particular (pobre de mí) por querer fundear la causa eficaz de la diferencia de temperatura en las cuatro estaciones del año, se apoderó de mí la idea de escribir algo sobre este particular. Las cuatro estaciones del año, son, para mí, nada menos, que la causa eficiente de la vida y procreación de los animales, de las plantas y de los frutos. Sin esa sapientísima combinación hecha por Dios al crear y ordenar la situación y movimiento de todos y cada uno de los mundos, no alcanzo a concebir la posibilidad de la vida en nuestro planeta ¡Que atrevimiento el mío! ¡Estos son los efectos de mi ignorancia!, pero había que ir adelante; la idea pertinaz es como la velocidad adquirida; ya no nos es fácil retroceder.

Y empecé a escribir.

SOBRE LAS CUATRO ESTACIONES DEL AÑO “A MODO DE PROLOGO”

Las cuatro estaciones del año, conocidas con los nombres de invierno, primavera, verano y otoño, dependen de que, el círculo del Zodíaco, o sea el círculo máximo de la esfera celeste, y el círculo de la Eclíptica, o sea la órbita o camino que la Tierra recorre anualmente, no son paralelos entre sí, puesto que dichos círculos forman entre ambos un ángulo de 23'28 grados; además dichos círculos tampoco son concéntricos, resultando que de ambas cosas, se origina la variable oblicuidad con que el Sol envía sus rayos a la Tierra en cada uno de los doce meses del año, y de ello depende la diferencia de la temperatura de cada uno de ellos y por consiguiente, la diferencia también, del clima de cada una de las referidas cuatro estaciones.

Cuanto más perpendiculares son a la Tierra los rayos solares, más la calientan (esto ocurre en el verano) y cuanto más oblicuos, la calientan menos (esto en el invierno).

El círculo del Zodíaco se halla dividido, en el espacio, por la ciencia astronómica, en doce partes iguales, que son conocidas por los signos o nombres de Aries, Tauro, Géminis, Cáncer, Leo, Virgo, Libra, Escorpio, Sagitario, Capricornio, Acuario y Piscis, de los cuales, cada uno corresponde a cada uno de los meses del año.

Todos sabemos ya, (porque lo hemos leído) que el Sol está fijo en el espacio, y que la Tierra en su constante e invariable caminar, a semejanza de un leve globo que lo arrastra el viento, da vueltas a su alrededor, empleando en ello dos movimientos; uno de traslación por el cual, partiendo de un punto dado y con una velocidad inconcebible, tarda un año para volver al punto de partida; y el otro llamado de rotación por el cual, girando sobre su propio eje, da sobre sí misma, una vuelta cada 24 horas, que son la duración del día y de la noche. Como la Tierra en su movimiento de traslación, siguiendo el camino trazado en el vacío por la omnipotente mano de Dios, en sentido divergente, se va separando del círculo del Zodíaco, cada día que pasa recibe con más oblicuidad los rayos solares y por consiguiente, los días van acortando y el calor va descendiendo progresivamente hasta llegar el rigor del invierno, en que el frío llega a su mayor intensidad. Transcurrido el invierno, la Tierra continúa por los misteriosos y eternos railes de su órbita, pero, ya, en sentido convergente y por tanto empieza a recibir los rayos solares más perpendicularmente y por ello los días van alargando y el calor va aumentando hasta que llega el verano a su máxima altura; la temperatura de la primavera y la del otoño así como la duración de sus días, son iguales o casi iguales por hallarse en el término medio del aplomo y del tendido de los rayos solares.

También todos los que conocemos la vida del campo, sabemos que en el invierno se descansa mucho y se trabaja poco, ya que por las repetidas lluvias, los hielos y las nieves, parece ser que, por precepto divino, es la estación destinada al descanso general del hombre, de los animales y de las plantas, tan indispensable para restablecer el desgaste producido por toda actividad animal y vegetal.

Que, a continuación, llega la alegre primavera, coronada del Sol, de primorosas flores, de aromas y alegría; que es la estación que, con su templado clima, nos saca de nuestro perezoso letargo

invernal y nos convida a volver a nuestras ocupaciones camperas, cuando la alondra mañanera desgrana a torrentes sus melodiosos trinos en la altura..., y es cuando los árboles visten su verde ropaje, salpicado de bellas flores en las que se inicia el tesoro de sus abundantes y agradables frutos... Que el verano, es la estación que viene, cual Ceres, de doradas espigas coronada; es la estación en que el hombre, los animales y las plantas tienen que desarrollar, bajo los abrasadores rayos solares, su máxima actividad; aquellos, porque tienen que elaborar la madurez de sus frutos. Es cuando se restan horas a la noche y se le suman al día, ya que son pocas las 24 diarias hasta dejar el grano en sus trojes. Hay que segar y trillar con el Sol, ya que estas operaciones no se pueden hacer en el invierno, y lo que no se puede hacer por el día, hay que hacerlo por la noche, pues el trabajo y la vigilia, en el verano, no tienen tasa ni medida. Y sin embargo dice un refrán castellano que, “quien trabaja en Julio, trabaja con orgullo”. Tal es el convencimiento que el hombre tiene sobre la necesidad de ganarse el pan con el sudor de su frente... Confiado también en que, por su turno, vendrá pronto la estación del descanso. Y, por último, viene el otoño, en el que también se afana mucho para recoger los racimos de la viña y los frutos bien sazonados de los árboles, lo cuales, ya terminada esta operación, y como sumisos al divino precepto del descanso, se van, hoja tras hoja, desprendiendo de su espeso ropaje hasta desnudarse por completo para entregarse al sueño o letargo de la estación invernal. El hombre aprovecha también las primeras lluvias otoñales y se apresura a sembrar los cereales, a fin de que nazcan antes de la venida de los primeros hielos, y así, ya nacidos, los campos verdeguean pujantes y prometedores, y, él, entonces, se considera feliz y satisfecho al ver seguro el pan, en lontananza, del año venidero. Y ya libre de los más perentorios cuidados, goza triunfante y tranquilo con la satisfacción que nos presta el cumplimiento del deber...

Y, esta sabia y cronométrica alternativa entre el verano y el invierno; el día y la noche, y la necesidad del trabajo y del descanso, ¿está hecha por alguna eventualidad? ¿Está hecha a “ojo de buen cubero”? Nada de eso; las cuatro estaciones del año, el día y la noche, como la necesidad del trabajo y del descanso, que son el origen de la vida, son una de las muchas manifestaciones de la providencia con que Dios anima y mantiene la existencia de todos los seres de su divina creación.

¿Sería posible la vida si siempre fuese invierno y nunca verano? ¿Si siempre fuese día y nunca noche? ¿Si el trabajo fuese continuo y nunca se descansara? Creemos que no. Tampoco sería posible si siempre fuese verano y nunca invierno; si siempre fuese noche oscura y nunca viéramos la luz del día; si todo fuera holganza y nunca se trabajara... Pues ya vemos como Dios, antes de crear al hombre, los animales y las plantas, ya tenía previstas las necesidades de la vida de todos ellos, y con su omnipotente impulso lanzó al vacío los innumerables mundos, que, diseminados por el espacio infinito, navegan ordenadamente y a velocidades espantosas, sin otro apoyo ni otro rumbo que el de su soberana voluntad.

Abramos nuestros ojos a la realidad y contemplemos el maravilloso espectáculo que ofrece la bóveda celeste en una noche estrellada... ¡Qué asombrosa belleza!; y sin embargo, esto que vemos a simple vista, no es nada en comparación con lo que admira la ciencia astronómica de hoy, por medio de sus poderosos telescopios y espectroscopios..

El autor

LAS CUATRO ESTACIONES DEL AÑO

“A NUESTRO DIOS”

ACLAMACION

I

Dime, mi Dios: ¡Dios mío!,
Dime donde aprendiste tan infalible ciencia
y como pudo encontrar, tu amor, tu providencia
apoyo en el vacío
a todo el universo,
donde los astros giran cual fugaces linternas
que tu dedo les marca sus veredas eternas.
¿Quién fue tu maestro excelso?

II

¿O, acaso algún archivo
hallaste entre los mundos ignotos, siderales
y sus tomos escritos por sabios venerables
escudriñaste, activo,
y a medir aprendías
de este inmenso planeta la órbita gigante,
los signos del Zodíaco y su justo cuadrante
en sabias teorías...?

III

Más, ¿qué dicen mis labios?
¡Oh insensato de mi! Principio de los seres
tu fuiste, ¡oh gran Dios! Y sé también que eres
el sabio de los sabios,
y ya no hay quien arguya
contrastando tu ciencia, ¡sólo en ti concebida!;
son las cuatro estaciones, el soplo de la vida,
y, ¡todo es obra tuya...!

INVIERNO

I

Cuando el invierno llega,
de nieve, el vendaval, los continentes cubre;
así el valle, el llano y la empinada cumbre
como la fértil vega;
todo queda en reposo,
y hasta el hambriento lobo se acoge a su guarida;
la tierra, con la nieve y el hielo, endurecida,
oprime el tronco añoso.

II

Los vegetales, todos,
suspenden su vital función germinadora;
busca el reptil su cueva donde, dormido, mora
libre de los meteoros;
y, ante el cierzo reinante,
precursor de la escarcha, la nieve y las heladas,
hacia el templado trópico, huyeron en bandadas
las aves emigrantes.

III

El labrador, cansado,
recoge los aperos con que labra la tierra,
y en el cálido establo, con previsión encierra
la yunta y el arado;
y al calor de los leños
que las llamas devoran en crepitante fuego,
con fábulas de Esopo, Iriarte y Samaniego,
deleita a sus pequeños...

IV

El hielo que percibe
la tierra en estos meses lóbregos, invernales,
le sirve a su descanso; son juicios divinales
que tu poder prescribe
en bíblico precepto,
que es el descanso al hombre y al ser irracional,
como es, indispensable, al reino vegetal
para dar fruto cierto.

V

Y en días continuados,
la fina y lenta lluvia, tan apacible y mansa,
reblandece los hielos, y, a nuestro bien, embalsa
barbechos y sembrados,
y riega con hartura
los prados y los valles, los inmensos pinares,
los montes, los collados y extensos encinares,
para nuestra ventura...

VI

Después, en mil regueros,
se infiltra por los poros de la esponjada tierra
y allá, en el corazón de la empinada sierra
forma ricos veneros;
y luego, en sus laderas,
brotan las claras fuentes, los caudalosos ríos
que, fecundantes, bañan, ya mansos, ya bravíos,
las fértiles riberas...

VII

¿Quién si no tú; ¡Dios mío!,
gobierna el Universo sin fin, inmensurable,
artístico, armonioso, perfecto y deleitable,
pues que a tu poderío,
por Capricornio helado
y por Acuario y Piscis, velozmente impelido,
rodando va el planeta y por tu mano ha sido,
cual átomo, lanzado...?

PRIMAVERA

I

Y ya, en la primavera,
naturaleza viste sus más preciosas galas,
y miles pajarillos, de tan pintadas alas,
cantando en la arboleda,
saludan a porfia
a la estación que llega desparramando amores,
coronada de sol, de primorosas flores,
aromas y alegría...

II

Brotan en los jardines,
las puras azucenas y aromáticas rosas,
los pintados jeráneos, las dalias primorosas,
jacintos y jazmines
que, el aire embalsamando,
recrean el sentido; y sus variadas tintas
tan galanas, Señor, dime; ¿Cómo las pintas?
¿Con qué pinceles? ¿Cuándo...?

III

La savia se apresura
brotando por las yemas del desnudo ramaje,
y aumentando la sombra con espeso follaje,
de placer y frescura;
y entre las verdes hojas
salpicadas de flores y preciosos capullos,
los pájaros se buscan entre celos, arrullos,
querellas y congojas...

IV

El gañán satisfecho,
los tardos bueyes, unce al albor de la mañana
y los surcos dibuja en la recta besana
del mullido barbecho;
la diligente abeja,
solicita recoge la miel, entre las flores;
pasto abundante y tierno en las pardas labores
da el pastor a la oveja.

V

Los acordes sencillos
del trinar de la alondra allá en la altura;
el armonioso chirriar en la fresca espesura,
de miles pajarillos,
del gentil rui señor
el místico gorjeo, melífluo y sonoro;
del jilguero las notas, las del mirlo cánoro,
¡son tu plectro, Señor...!

VI

Gozosa se avecina
al tálamo que, antaño, se dejó en un madero
de la humilde casita en elevado alero,
la errante golondrina;
su nido en la alta rama
fabrica la torcaz, de casto amor henchida,
y en los picachos altos, de la montaña erguida
celoso, el ciervo, brama...

VII

Que, en su rodar, rodando
este inmenso planeta, con doble movimiento,
cual de papel, un globo cuando le sopla el viento,
va, el espacio, surcando;
y a influjo de la Eclíptica
que Aries, Tauro, y Géminis caldean,
el sol brilla más puro, relumbra y centellea,
¡y el mundo vivifica...!

VERANO

I

Y cuando, en el estío,
sentado junto al pie de la copuda encina,
contemplo los trigales que madura y calcina
el sol, y veo, ¡Dios mío!
el extraño conjunto
que ante mi vista, ofrece la viña exuberante,
a la que, el sol, le sirve de riego fecundante,
¡tu mano veo al punto...!

II

El bruto en la pradera,
halla pasto abundante, cómoda y blanda alfombra
y pasa, de los arbustos, a la apacible sombra,
la siesta placentera,
bebida deliciosa
le da el riente arroyo en nítidos cristales;
sosiego entre sus quiebras e intrincados breña
le da la selva hojosa...

III

Y vuelan por los campos,
numerosas bandadas de nuevas avecillas,
y en las verdes praderas, retozan, en cuadrillas
los jóvenes gazapos;
y así se verifica
el curso de la vida; la eterna descendencia
según tu voluntad; ¡Señor, tu providencia,
los seres multiplica...!

IV

Y a todos, diligente,
procuras sustentar; das pasto al corderillo,
vive en el agua el pez, y al débil pajarillo,
no falta una simiente;
y premias con largueza
sus desvelos al hombre y sus rudas fatigas,
con el oro que grana en las áureas espigas
de singular pureza.

V

Dejando sus paneras
repletas del mejor de todos los manjares,
que el labriego, al compás de típicos cantares,
trilla y criba en las eras,
y así queda atendida
la cuarta petición que cita el Padre Nuestro,
sin que falte ni sobre, el diario “pan nuestro”,
con tan cabal medida.

VI

Pues todo lo gobiernas
con tu saber sin límites y tus leyes concretas
que serán para el hombre misteriosas, secretas,
insondables y eternas;
que Tú, eres, sin segundo,
artífice infalible y arcano de la ciencia;
Tú solo omnipotente, y Tú la providencia
porque se rige el mundo...

VII

Que en ansias filosóficas
se afanaban los genios en el saber humano,
cuando diste a Copérnico, filósofo prusiano,
tus reglas astronómicas;
y los signos Cáncer, Leo,
y Virgo, que, el verano, de ardiente sol encienden,
a Kepler iluminan, y así, también, lo entienden
Newton y Galileo...

OTOÑO

I

Los árboles cargados
en sus copas y ramas, por el peso inclinadas,
nos brindan generosos, sus bellas arracadas
de frutos sazonados;
¡y son tan infinitos
en sus clases, sus formas, sus preciosos colores
sus jugos deleitables y agradables sabores,
variados y exquisitos...!

II

Y en la alegre vendimia,
el labrador recoge, gozoso, alborozado,
entre pámpanos verdes, dorado y sazonado
el fruto de la viña
que del troncho pendía
pletórico de néctar; del vino milagroso
que al hombre proporciona de modo prodigioso,
sustento y valentía...

III

Y cuando, satisfechos
los frutos que inició la bella primavera,
el reino vegetal, igual que si tuviera
conciencia de sus hechos,
suspende el germinar,
y acatando tu ley, tirando hoja tras hoja,
de su frondosa capa, sumiso, se despoja
dispuesto a descansar...

IV

Las lluvias otoñales
devuelven a la tierra su precisa frescura,
y así, con tan propicia y suave coyuntura,
se siembran los cereales
en tan feliz tempero,
que el pecho del labriego, se inunda de esperanza,
al contar por seguro, el pan, en lontananza,
del año venidero.

V

Que a la seca semilla,
cual Lázaro, que en tierra se halla sumergida,
le prestas nuevo germen, la vuelves a la vida,
y al hombre maravilla
ver que germina y crece
taladrando la tierra que la oprime y la cubre,
y pujante, su tallo, al nacer, se descubre,
¡y el campo reverdece...!

VI

Pues sin cesar camina,
en ritmo acompasado, la gran naturaleza;
una estación acaba, y, allí, la otra empieza
donde aquella termina;
sigue a otoño el invierno,
después la primavera, que la sigue el verano;
y así rige y mantiene tu omnipotente mano,
¡el equilibrio eterno...!

VII

¡Oh sabia maravilla,
nacida de tu amor, tan inmenso y fecundo!,
que solo el ver rodar, por el espacio, el mundo,
al fiel creyente humilla;
pues, la Tierra, volviendo
por Libra, por Escorpio y el nono Sagitario,
de nuevo, al Capricornio y al undécimo Acuario,
¡va, la vida, extendiendo...!

EXCLAMACION

I

¡Perdóname Dios Mío,
y ante mi atrevimiento, séme, Señor clemente!;
perdóname, mi Dios, si acaso irreverente
y en loco desvarío
pulsé mi inculta lira
para cantar tu gloria, tu asombrosa grandeza
y del orbe la sabia y armónica belleza
que, mi alma, tanto admira...

II

Yo quisiera tener
la excelsa inspiración del rey que fue profeta,
y el númen que posee el místico poeta
quisiera poseer,
más, mi pobre razón,
en férreo valladar se ofusca y circunscribe,
y mi modesta pluma, enmohecida, escribe
dictando el corazón...

III

Y ya, anonadado
mi cerebro, no alcanza la celestial lumbrera
de cantar tus grandezas tal como yo quisiera,
y digo confiado,
¡Señor, apiadaos de mí!,
que si mis pobres versos, pobrementemente te aclaman,
mis labios, reverentes, te bendicen y exclaman:
¡Mi Dios, yo creo en Ti...!
Campillo de Altobuey, del año 1930.

“EPILOGO”

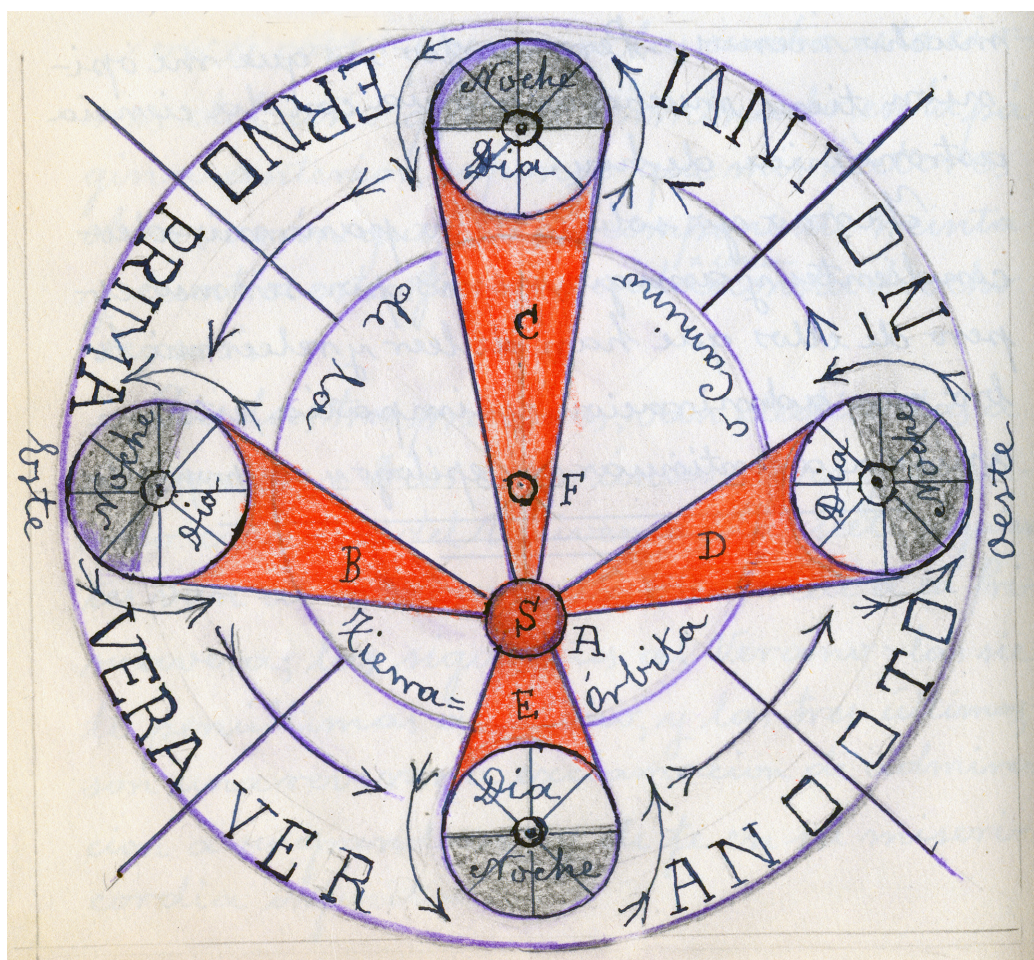
“A LAS CUATRO ESTACIONES DEL AÑO”

En el pequeño poema a las cuatro estaciones del año, que dejo terminado en la página anterior, supongo que, mis queridos lectores, habrán observado, que éste, se compone de treinta y cuatro estrofas y que cada una, consta de ocho versos, de los cuales riman el primero con el cuarto y el quinto con el octavo; los segundos y terceros y los sextos y séptimos son dos pareados diferentes entre sí.

Las tres primeras estrofas, van dedicadas a aclamar a Dios como único sabio y poderoso creador del Universo. Las siete siguientes van al invierno; las otras siete a la primavera; las siete siguientes al verano y las siete últimas al otoño; las tres estrofas últimas son una reverente exclamación de admiración a su grandeza, y de fe en su misericordia.

Y con la mira de ser comprendido en mi poema, voy a dar mi opinión, sobre los dos movimientos de la Tierra, y punto en que se halla el sol. Para ello he de dibujar unas figuras, sin que esto sea pretender sentar un sistema ni mucho menos. Pero a pesar de mis naturales confusiones, confío en que mi opinión tiene mucha analogía con los acertados descubrimientos de la ciencia astronómica de hoy. Pero como yo, solo escribo para mis descendientes y amigos, de los cuales espero que ahora, “y luego”, han de leer y releer mi libro con verdadera admiración y simpatía, confío que, por ser mío, le han de tolerar todos sus defectos.

FIGURA 1ª



EXPLICACION A LA FIGURA 1ª

En esta figura 1ª, la A, indica el sitio donde está colocado el Sol; la B, el de los rayos solares en la primavera; la C, el de los de invierno; la D, el de los del otoño; la E, el de los del verano; y la F, el punto céntrico de la órbita de la Tierra, que es por donde ha de pasar la línea recta entre las dos estrellas polares del Sur y del Norte, según se ha de ver en la figura 2ª.

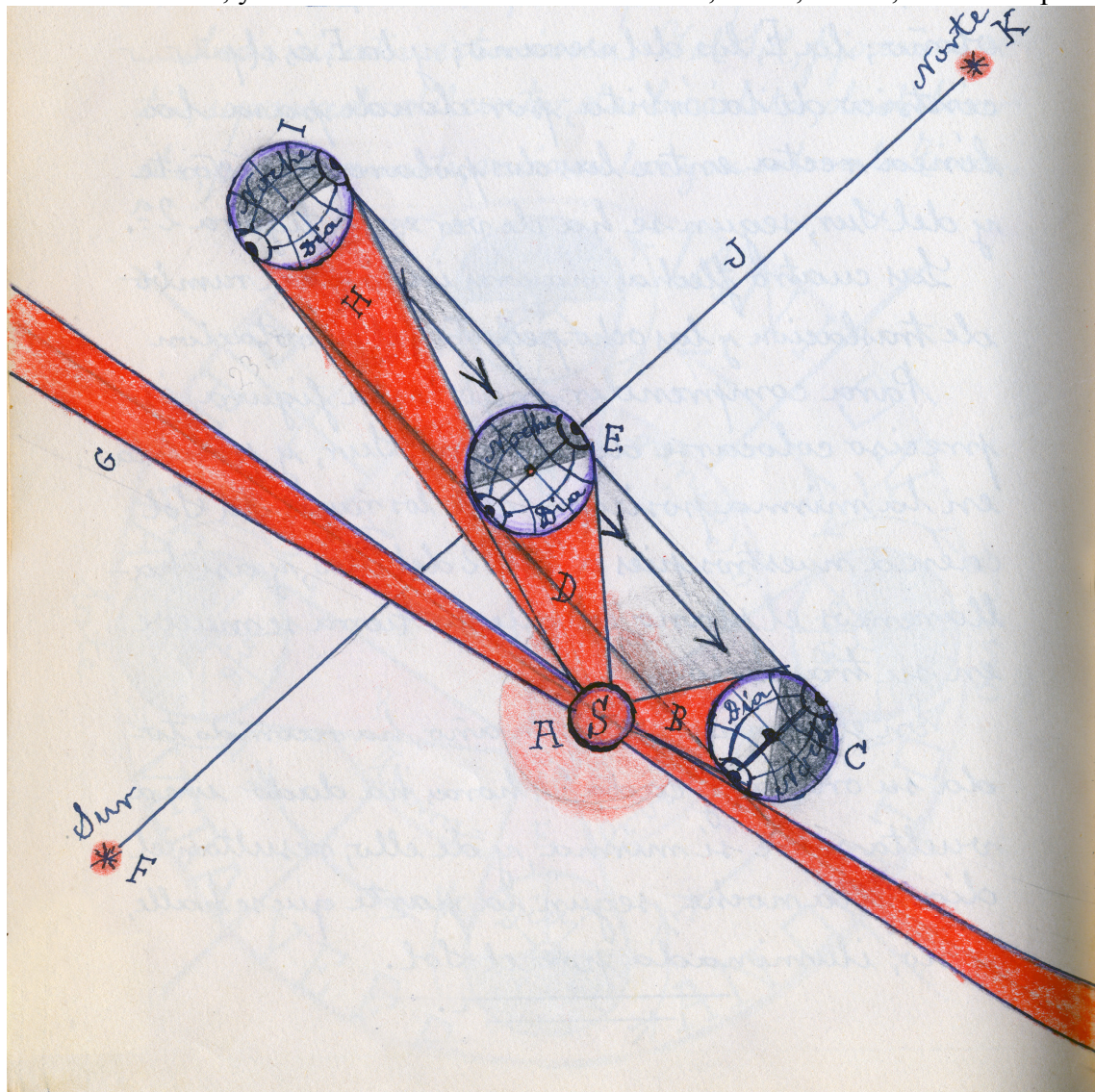
Las cuatro flechas mayores, indican el rumbo de la Tierra, en su traslación, y las ocho pequeñas, el de su rotación.

Para comprender mejor esta figura, es preciso colocarse de cara al Sur, y ponerla en la misma inclinación que los rayos del Sol caen a nuestros pies a las doce horas del día, y así, hallaremos el plano en que la Tierra se mueve en sus dos movimientos de traslación y rotación.

En ella se ve la Tierra en cada una de las cuatro estaciones del año, y la forma, distancia y oblicuidad con que el Sol reparte su luz y su calor sobre nuestro Planeta. En el transcurso de un año, la Tierra, ha recorrido toda su órbita, y cada veinticuatro horas, ha dado una vuelta sobre sí misma, o sobre su propio eje, y de ello resultan el día y la noche según la parte que se halle, o no, iluminada por el Sol

FIGURA 2^a

Orbita de la Tierra, y Círculo máximo de la esfera Celeste, vistos, ambos, de canto o perfil.



EXPLICACION A LA FIGURA 2^a

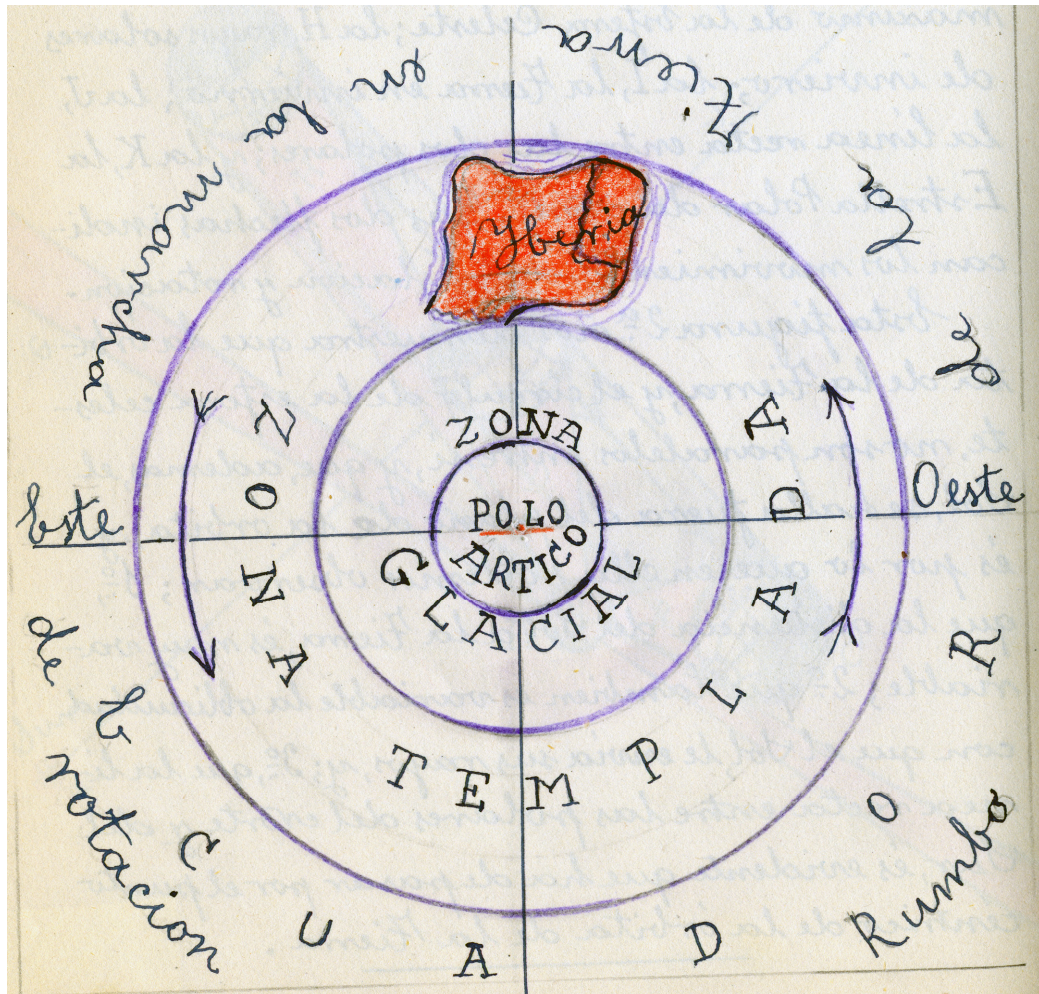
La A, indica el punto donde está el Sol; la B, los rayos solares del verano; la C, el sitio de la Tierra en el verano; la D, los rayos solares de la primavera y el otoño; la E, el sitio de la Tierra en la primavera; la F, la estrella polar del Sur; la G, el círculo de la esfera Celeste; la H, los rayos solares de invierno; la I, el sitio de la Tierra en el invierno; la J, la línea recta entre las dos polares; y la K, la estrella polar del Norte; las dos flechas indican los movimientos de traslación y rotación de la Tierra.

Esta figura segunda nos demuestra que la órbita de la Tierra y el círculo de la esfera celeste, no son paralelos entre sí, sino que forman, entre ambos, un ángulo de 23,28 grados, y que además se halla fuera del plano de dicha órbita, y es por lo que en ella, podemos observar; 1°, que la distancia del Sol a la Tierra es muy variable según el sitio en que ésta se encuentre durante el año; 2°, que también es variable la oblicuidad con que el Sol envía sus rayos a la Tierra; 3°, que la línea recta entreas dos estrellas polares del Norte y del Sur, es evidente que ha de pasar por el punto céntrico de la órbita de la Tierra.

La estrella Polar del Sur, nunca será visible para los habitantes del hemisferio Norte.

FIGURA 3ª

En esta figura se manifiesta el hemisferio Norte, con su zonas Glaciar y Templada, y en ésta, la Península Ibérica. Las dos flechas indican el rumbo de rotación.



EXPLICACION A LA FIGURA 3ª

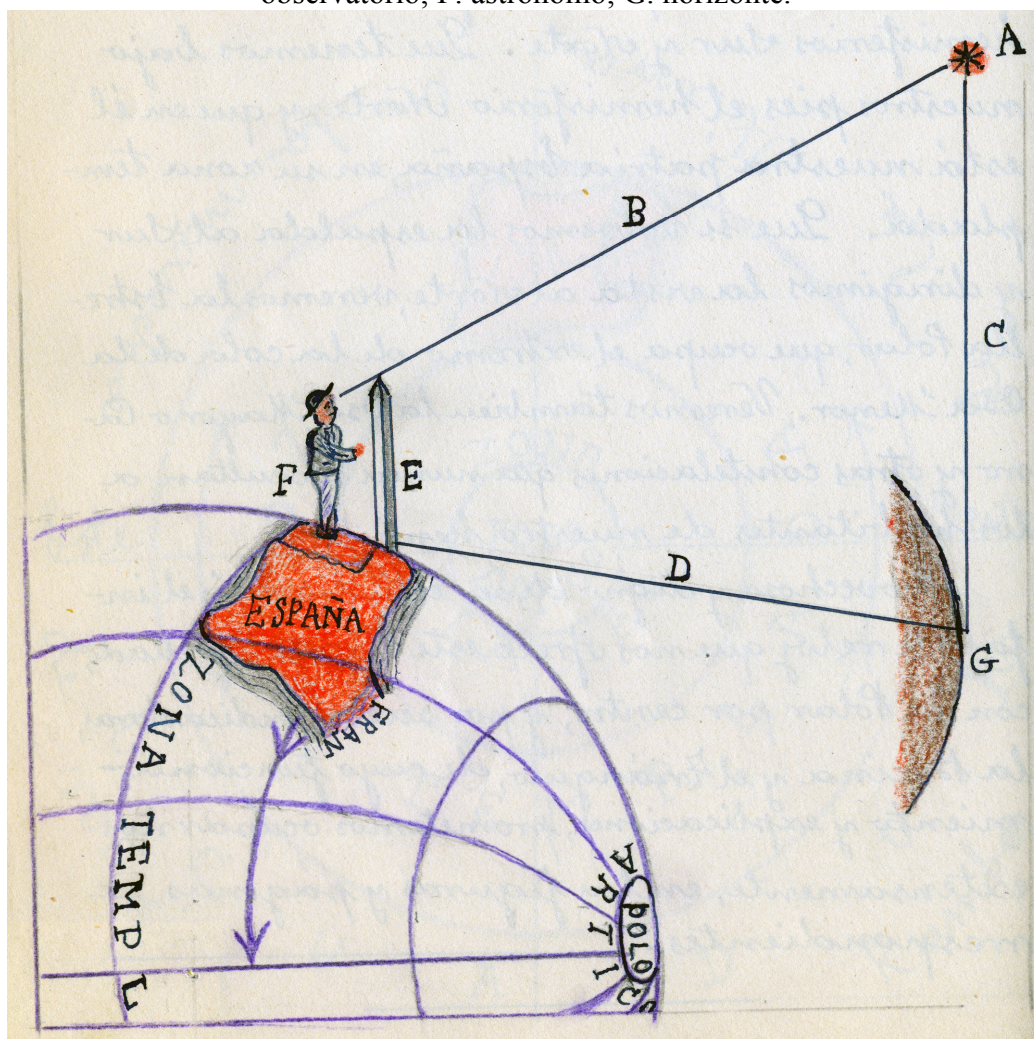
Para comprender mejor esta figura hay que colocarse de cara al Sur; considerar la Tierra como si fuese una naranja de gran tamaño, y que se halla dividida, transversalmente, en dos partes iguales, llamadas hemisferios Sur y Norte; que tenemos bajo nuestros pies el hemisferio Norte y que en él, está nuestra patria España, en su zona templada.

Que si volvemos la espalda al Sur, y dirigimos la vista al Norte, veremos la Estrella Polar, que ocupa el extremo de la cola de la Osa Menor; veremos también la Osa Mayor o carro, y otras constelaciones que, por no llegar a ser nunca cubiertas por la Tierra, nunca se ocultan para los habitantes de este Hemisferio.

Provechoso y digno de ser estudiado es el magnífico reloj que nos presenta este círculo estrellado, con la Polar por centro, y por saetas indicadoras la Bocina y el Triángulo, de cuyo funcionamiento y explicaciones prometemos ocuparnos extensamente, en las figuras y páginas correspondientes.

FIGURA 4ª

En esta figura, se ve un observatorio muy barato, y un astrónomo más barato.
A. Estrella Polar; B. línea de la visión; C. altura a la estrella; D. horizonte visible; E. observatorio; F. astrónomo; G. horizonte.



EXPLICACION A LA FIGURA 4ª

Este español que vemos en la figura 4ª, deseoso de saber si la Estrella Polar cambia o no de lugar, se ha construido un sencillo observatorio; bajo sus pies ha fijado una piedra de igual tamaño que estos, sobre la que está colocado, y muy próximo a él, ha colocado también, un poste de madera que termina en punta aguda, por la cual pasa rozando la línea visual que dirige a dicha estrella. Esta experiencia la ha practicado en varias noches de cada uno de los meses del año, y de sus averiguaciones, ha sacado el convencimiento de que la estrella no se mueve, o si se mueve, tiene que ser muy poco. Y si siempre está la estrella a igual altura de nuestro horizonte, éste, por proyección, forma un círculo a su alrededor, puesto que los ciento cincuenta millones de kilómetros que suponemos a su altura, y siendo los radios iguales, es evidente que la órbita de la Tierra es un círculo, pues si la órbita fuera una elipse, nuestro horizonte formaría a su alrededor una figura con radios diferentes o desiguales.

Otra cosa parecida a la anterior, se me ocurre respecto a las cuatro estaciones del año y también a los días y las noches. Si el Sol ocupara el punto céntrico de la órbita, no existirían dichas estaciones, puesto que la temperatura de todo el año, sería única e invariable. Y si la Tierra no tuviera el movimiento de rotación, el día sería eterno, en la parte iluminada por el Sol, y la noche también sería eterna, en la parte no iluminada.

FIGURA 5ª

El hemisferio Norte de la Tierra que, con sus movimientos de traslación y rotación, y los hombres que en él habitamos constituimos el eterno motor que impulsa el reloj de la figura 6ª. Estas figuras 5ª y 6ª, a pesar de la inmensa distancia que las separa, (quizá, cien año luz) se han dibujado unidas y frente a frente, para la mejor comprensión de su funcionamiento. Los cuatro hombres de la figura 5ª, son uno solo, que, insensiblemente transportado por la Tierra, camina con ella.

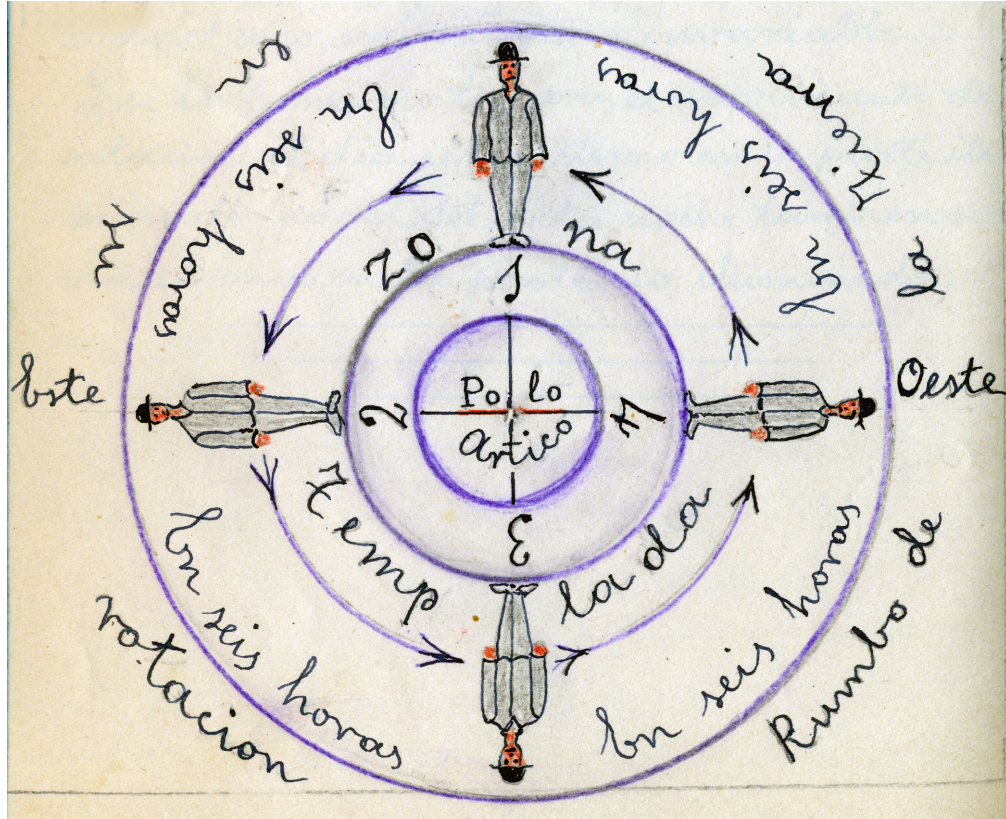
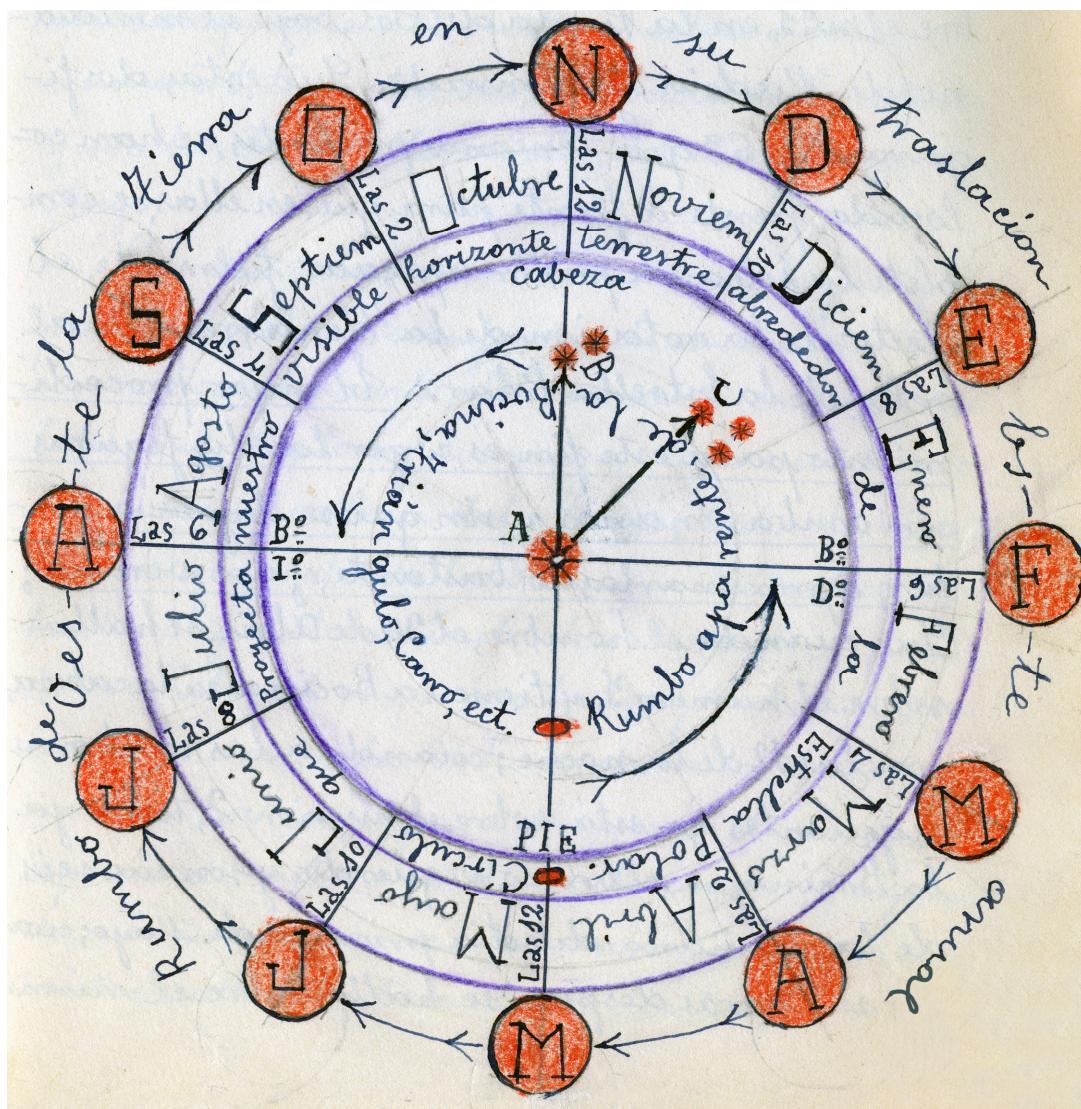


FIGURA 6ª

La Estrella Polar y su Reloj. A. Estrella, B. Bocina, C. Triángulo.

¡Oh, gran Dios...! ¡Gloria a ti...!, que con tu omnipotente palabra “Hágase”, fue hecho este sencillo infalible y eterno reloj que hemos dibujado con ambas figuras 5ª y 6ª, y que, desde la Creación rige, y ha de regir hasta el fin del mundo, todos los millones de millones de relojes contruidos por la mano del hombre... ¡Tus obras Señor, son inmutables, asombrosas y eternas...!



EXPLICACION A LA FIGURA 5ª

Para comprender mejor esta figura 5ª, hay que tener presente: Que los cuatro hombres que se han dibujado en ella, son uno solo, el cual, como punto de referencia, está colocado, sobre el número 1, en la Puerta del Sol, bajo el meridiano de Madrid y Greenwich. Que estas dos figuras 5ª y 6ª que tenemos presentes, se han colocado frente a frente para que, en ellas, se complete la idea de poder apreciar, fielmente, el efecto de la rotación de la Tierra, respecto al reloj de la Estrella Polar. El mejor procedimiento para este fin, es coger las dos figuras en ambas manos y, sin que se lleguen a juntar, aproximarlas lo bastante, y así veremos. Que cuando el hombre, el treinta de abril, se halla colocado sobre el número uno, y tiene la Bocina en la cabeza, son las doce de la

noche; cuando, a las seis horas siguientes, se ha colocado sobre el número dos, tiene ya, la Bocina en el brazo izquierdo, y son las seis de la mañana, del día primero de mayo; cuando, seis horas después, se halla sobre el número tres, tiene la bocina en el pie, y son las doce horas del referido día primero de mayo; cuando, a las seis horas siguientes, ya se halla sobre el número cuatro, tiene la Bocina en el brazo derecho y son las seis de la tarde de dicho día; y cuando, seis horas después, ha vuelto a colocarse sobre el número uno, tiene; otra vez, la Bocina en la cabeza, y son las doce horas de la noche del referido primero de mayo.

Que, este recorrido, ni lo siente ni lo fatiga, pero, el hombre, a semejanza de un aspa de un molino de viento, diariamente, como los árboles, como las torres, como los mares, y todo cuanto existe sobre la corteza de la Tierra; todos los días transcurridos desde la creación, y los restantes hasta el fin del mundo, ha de recorrer los 40.000 kilómetros que son la longitud de su circunferencia, en las veinticuatro horas de cada día. Que la Tierra, para atravesar el inmenso espacio de cada uno de los doce meses, y siguiendo, a la vez, su avance de traslación, ha de dar tantas vueltas de rotación, como días tenga el respectivo mes.

Que, según demostramos en la figura 6ª, la bocina se halla en la cabeza y la Tierra en el pie, y son las doce de la noche del día 30 de abril, y, por consiguiente, el observador sabe, que, en este minuto, la Tierra, ha terminado de dar las treinta vueltas de dicho mes, y que, en este mismo minuto, también, empieza a dar la primera de las correspondientes al mes de mayo.

EXPLICACION A LA FIGURA 6ª

En esta figura 6ª y según indican las flechas del centro, vemos el rumbo “aparente” que llevan la Bocina y el Triángulo, y vemos también, que las flechas que indican el rumbo de la Tierra, se hallan totalmente opuestas, más no por eso hemos de creer que sean las estrellas las que caminan. Este mismo fenómeno, se nos presenta cuando caminamos dentro de un coche cerrado, a gran velocidad, y, observamos el continuo y rápido fluir de los postes del teléfono que, a pesar de que sabemos que están clavados en los costados del camino, nos falta poco para creer que corren con rumbo contrario, y sin embargo, somos nosotros los que corremos.

Para facilitar la comprensión de este infalible reloj de la Polar, se advierte que, cada 24 horas, cambia su horario en cuatro minutos menos; cada quince días, una hora menos; y cada mes, dos horas menos, y, así tenemos. Que según antes se ha dicho, cuando el día primero de mayo se halla la Bocina en la cabeza, son las doce de la noche; cuando, el primero de junio, se halla en dicho sitio, las diez de la noche; el primero de julio, las ocho; el primero de agosto, las seis; el primero de septiembre, las cuatro; y el primero de octubre, las dos.

Y siguiendo este orden, y en virtud del transcurso de los seis citados meses, la Tierra se halla diametralmente opuesta en su órbita, y, en su consecuencia, la figura 6ª, se halla totalmente invertida en sus cuatro puntos más esenciales, y, entonces, la Bocina, el día primero de noviembre, se halla en el pie, y son las doce de la noche; y cuando, el primero de diciembre, se halla en dicho sitio, son las diez de la noche; cuando, el primero de enero, las ocho; el primero de febrero, las seis; el primero de marzo, las cuatro, y el de abril, las dos.

Y, en este caso, considero muy oportuno aclarar a mis queridos lectores, que, la Bocina, la Polar y el observador de este reloj, solamente se encuentran en línea recta-vertical, en dos ocasiones durante el año, y muy pocos minutos; una, el primero de mayo a las doce de la noche, en que se hallan, la Bocina en la cabeza, la Polar en el centro, y el observador en la Tierra, coincidente en el pie. Y la otra, el primero de noviembre, a las doce de la noche, en que se hallan, la Polar en el centro, la Bocina en el pie, y el observador en la Tierra, coincidente en la cabeza. Con esto creemos dejar demostrado (aún cuando antes decíamos que la Bocina va marcando dos horas menos en cada mes) que, esta marcha, es solo “aparente”, puesto que la Bocina y el Triángulo, están fijos en el espacio, como la Osa Mayor, la Casiopea y otras estrellas y constelaciones que, a simple vista, observamos sobre nuestro horizonte septentrional y que, todas ellas, manifiestan girar alrededor de la Polar. Todo el “aparente movimiento circular, con que manifiestan girar dichas estrellas y constelaciones, solamente depende del continuo rodar del mundo en que nosotros habitamos.

También se advierte que, desde la estrella delantera del triángulo a la delantera de la Bocina, van tres horas de distancia; este dato ayuda mucho para deducir y calcular las horas intermedias, ya que en la esfera de este magnífico reloj no hay horas ni minutos escritos.

El observador ha de colocarse de frente a la estrella Polar, en posición de “firmes” como un soldado ante sus jefes, con la cabeza erguida para poder apreciar, fielmente, la exactitud de las líneas vertical y horizontal, según se hallan en la figura 6ª, y tener en cuenta que, en la vertical, se dice; arriba “cabeza” y, abajo, “pie”. Y que, en la horizontal, se dice; a la derecha, “brazo derecho”, y a la izquierda, “brazo izquierdo”, y ha de medir, con su vista y su cálculo, las distancias o diferencias anterior y posterior para poder apreciar, fielmente, hasta los minutos.

Este magnífico reloj es de suma utilidad, en particular, para los trabajadores del campo, pues aún cuando durante el día no lo permite el Sol, es un reloj que, por la noche, tienen en el bolsillo, y que pueden consultar cuando duermen en la era junto al trillo, o en la siega, que se acuestan en un surco y como Ceres, reclinan su cabeza sobre un haz de doradas espigas, y quieren madrugar antes del alba para gozar las agradables brisas matinales, despabilando a las alondras al acompasado y monótono ras, ras de la hoz, que va tumbando la mies sobre el vencejo, ya que, la Tierra, no ha de tardar mucho en descubrir el Sol que, como un enorme disco de fuego, extenderá sus ardientes rayos sobre el suave oleaje de los dorados trigales y las curtidas espaldas del segador que, orgulloso porque trabaja en julio, sabe que recoge el pan de todo el año como justa recompensa de su honrado y ejemplar trabajo.

Muchas y muy grandes maravillas de la creación tenemos que admirar en este planeta en que habitamos; las tenemos a nuestra vista y a nuestro alcance y, sin embargo, el misterio nos rodea por todas partes.

Pero toda esta magnificencia que vemos y palpamos sobre la Tierra, no es nada en comparación con lo que el hombre puede, hoy, admirar en el espacio de la esfera celeste, con el auxilio de los modernos telescopios que, sondeando el vacío infinito en todas direcciones, espacia su vista por entre miradas de mundos, cuya fantástica visión será, quizá, bastante para anular su vista y su cerebro ¡Dichoso, y mil veces dichoso, el hombre que, dedicado al cotidiano manejo del espectroscopio, ha llegado a arrancar varios secretos al universo...!

Dichoso y grande, más grande que cualquiera otro de los mortales, y que su elevada ocupación es la que se acerca más, entre los hombres, a conocer y admirar la omnipotencia y la sabiduría de nuestro Dios...

Y, sin embargo, también comprendemos que este hombre, tan grande mientras se halla pegado a su telescopio observando infinidad de mundos de diamante, quizá, en luz y volumen, superiores a nuestro Sol, que, una vez apartado de su aparato, y reteniendo, todavía, en su retina, la grandiosidad de todo cuanto acaba de ver, y recobrada la noción de su propio ser, se quedará, tristemente, confundido, anonadado y tan ínfimamente pequeño como el más invisible microbio...

¡Solo Dios, es grande, porque es omnipotente; porque con su palabra hizo el Universo; y porque con su infinita sabiduría y su providencia, mantiene el eterno equilibrio de su divina creación...!

Finalizaba el año 1885, en el que, todavía seguíamos en la aldea de las “Casas de Abajo”, y yo, había ya cumplido mis catorce años de edad, y, en uno de los últimos días de dicho año, y, precisamente, en aquel histórico veinticinco de noviembre, en que falleció nuestro amado Rey de España D. Alfonso XII, y durante el tiempo del crepúsculo vespertino, veníamos de labrar los cuatro labradores caballeros en las mulas, y observamos en el cielo un extraordinario corrimiento de estrellas, el cual comprendía toda la bóveda celeste y en todas direcciones, semejando un fantástico espectáculo de fuegos artificiales como quizá, nunca más se haya visto.

Cuando, ya de noche, llegamos a la Aldea, las gentes estaban por las calles comentando, cada uno a su manera, el referido fenómeno y entre ellos, no faltó quien asegurara que aquello era un cierto presagio de que vendrían sobre la Tierra guerras, calamidades y no sé cuantas desdichas más. Yo a pesar de mi corta edad, no creía en aquellas supersticiones, fundado en que aquello, más bien sería una cosa de los astros, que se produciría de tiempo en tiempo..., pero, seguí pensando...

Y aquel, creo que, para mí, fue así como el guión que me marcó una de las sendas que yo, sin provecho alguno, había de recorrer durante mi vida. Desde aquel día puedo decir que me aficioné a la astronomía; desde aquel día he mirado mucho al cielo; he leído con avidez cualquier artículo sobre este particular; he pensado mucho y querido conocer el misterio de las cuatro estaciones del año, y la causa de las diferentes temperaturas de cada una y de los meteoros del invierno y del verano.

Ya, en El Peral, a mi edad de diecisiete o dieciocho años, había varios labradores que me enseñaron a conocer la hora en el reloj que forma la estrella polar, lo cual me interesaba en grado sumo, y aprendí muy pronto porque es muy sencillo de aprender. Pero aquellos labradores no me pudieron enseñar (porque no lo sabían) eso de los cuatro minutos diarios que hay que bajar para que el reloj mecánico hecho por el hombre, vaya al compás con el de la estrella. Aquellos labradores que tanto habían mirado su reloj, tenían la firme creencia de que el rumbo que “manifiestan” llevar la Bocina y el Triángulo, así como también la Osa Mayor o Carro y otras constelaciones que nunca se ocultan a nuestro hemisferio norte de la Tierra, era efectivo; que era verídico; que era real.

Pero entonces, corría el siglo XIX...

Yo, si puede ser, tengo que saber el por qué de las cosas, y hace varios años, leí, no recuerdo en donde, que la Tierra para dar la vuelta sobre sí misma, solo emplea 23 horas y 56 minutos, y no las 24 que, se dice, que tiene el día; y aquí está el por qué de esos cuatro minutos...

En aquellos tiempos no había ningún labrador que llevara reloj en el bolsillo, y así, el del Norte, nos era utilísimo.

Y ya creo que queda demostrado cual es el origen de las cuatro estaciones del año, así como también el origen del día y de la noche. Así tenemos que, Dios, con su infinita sabiduría nos puso entre cada dos inviernos un verano, y entre cada dos veranos nos puso un invierno; asimismo, nos puso entre cada dos noches un día, y entre cada dos días una noche, con cuya sapientísima combinación, fundó la eterna causa de la vida del hombre, de los animales y de las plantas, que se van sucediendo unos a otros sin solución de continuidad, como si realmente, la creación estuviera en marcha...

Y aún decimos, u oímos decir, que Dios, para convencernos de que existe, (horrible blasfemia) nos haga un milagro a la vista ¡A! ¿Es que no son suficientes los millones de milagros que vemos y palpamos en todas partes y a todas horas, para convencernos? ¿Queremos ver mayor y más cierto milagro que el que nos rodea, vemos y palpamos donde quiera que nos encontremos, y sin que podamos argüir la más insignificante razón en contra de su existencia? Todos los años se recolectan en España como en todas las naciones de la Tierra, muchos millones de quintales métricos de cereales, legumbres, frutas, vinos, aceite y otros productos agrícolas que por ser tantos, no es casi imposible enumerar.

Y esto no lo podemos negar ni combatir porque los vemos, los recolectamos, los palpamos y “nos los comemos” por ser nuestro principal alimento, es decir; “el pan nuestro de cada día”; ¿de qué vivimos? y ¿Por qué vivimos...?

Y yo que soy el tonto más tonto de todos los mortales, no veo la necesidad de que Dios haya de realizar ese nuevo milagro que el hombre desea ver, teniendo como tiene, los ojos cerrados a la realidad. Es el hombre, quien está, por interés propio, obligado a abrir sus ojos, porque abriéndolos y queriendo ver, no ha de encontrar un punto en donde fijarlos, sin que allí no encuentre lo que desea, puesto que todo lo existente procede de un milagro...

Milagro, es todo aquello que es superior al orden natural y a las fuerzas humanas.

¿Con qué poder, y sin emplear en ello materia alguna, se crían esos millones de quintales de frutos, de tantas clases y sabores que recolectamos y consumimos anualmente?

¿Serán entre todos los hombres de la Tierra, capaces de crear una manzana, una flor, o, siquiera, un grano de trigo? Creemos que no.

¿Y cómo, sin fallar uno, todos los años, admiramos por todas las regiones de la Tierra, verdaderos mares de dorados trigales, con los que se ha de abastecer el pan de todo el género humano; extensísimos predios de viñas y olivares que con sus vinos y sus aceites habría para regar toda la Tierra; feraces y pintorescas arboledas en que la naranja, la pera, la manzana y otros

frutos a cual más exquisito, se recolectan por millones de quintales? ¿Y cómo todos estos frutos y en todas sus especies, son tan provisos, que todos ellos aparecen siempre provistos de su germen o semilla con que se vienen propagando desde la creación hasta el fin del mundo?

¿Y donde estarán en la época del invierno que no se ven por ninguna parte, y, además, ni aún hojas tenían los árboles?

Y, si estaban en alguna parte, ¿quién, cómo y cuando, los ha traído al árbol, para que constituyan una deliciosa maravilla y un alimento tan succulento y tan agradable a la humanidad...?

Pero es bien seguro que a estas afirmaciones mías ha de haber quien me diga:

Pero hombre, Juan-Diego; tú que naciste labrando y estás toda tu vida en el campo, ¿aún no sabes como se crían esos frutos?; pues bien estás viendo que, para que se críen las plantas y los frutos, está la tierra, que, cual madre amorosa, abraza sus troncos y sus raíces a fin de que absorban de su fecundo seno, la humedad que tanto bien les hace y que jamás se agota; está la atmósfera que, con sus lluvias y demás meteoros, fertiliza la tierra; están las cuatro estaciones del año, que con sus cambios de temperatura, son tan propicias a la formación y madurez de los frutos; está el Sol que, a torrentes, derrama sobre la Tierra su luz y su calor; y sobre todos estos elementos, está la sabia naturaleza, que es la que todo lo crea y vivifica, porque, ella, es la realización de todo lo que se pueda concebir. Y además de todo lo dicho, están los expertos agricultores, que labran y cavan la tierra; plantan, riegan y podan los árboles y siembran las semillas; después, vienen las lluvias que humedecen la tierra a fin de que todo se críe exuberante y prometedor... Y todo esto es lo que vemos con nuestros propios ojos, y sin que nos sea necesario, quebrarnos la cabeza en averiguar que otros puedan ser los misterios que merezcan aplicarse en este tan discutido, como tan claro asunto...

Pero yo, ante estos absurdos argumentos, me quedo como si nada me hubieran dicho, y me reafirmo más en mis convicciones.

La creación de los frutos que anualmente se recolectan, se realiza sin emplear en ella materia alguna; luego, esta creación, es un milagro hecho por Dios, puesto que es superior al orden de la naturaleza y a las fuerzas humanas.

Dios, en el acto de la creación, ya sabía que el hombre, los animales y las plantas, habían de necesitar agua y humedad, y a este efecto hizo la Tierra con sus mares, sus ríos, su atmósfera con sus lluvias y demás meteoros; que habían de necesitar luz y calor, y creó el Sol; que habían de necesitar aire, y cambios de temperatura, y ordenó las cuatro estaciones del año. Y a estos elementos que conocemos, y quizá, a otros que desconocemos, es a lo que nos hemos acostumbrado a llamar “la sabia naturaleza”.

Pero, ni la Tierra, ni las lluvias, ni las cuatro estaciones del año, ni el Sol, ni la naturaleza tienen inteligencia, ni arte, ni sabiduría, ni vida propia, y por consiguiente, no pueden ser creadores. Estos elementos fueron creados por Dios; y Dios es quien los rige y gobierna como eficaces colaboradores a su sapientísima creación; y si el agricultor cava y labra la tierra, es cumpliendo el divino precepto, cuyo trabajo le recompensa con el justo aumento de sus cosechas.

¿Es que labrar y cavar la tierra, plantar, podar y regar los árboles y sembrar las semillas, es tan sabio y tan milagroso como el hacer circular la savia por los troncos y las ramas de los árboles; hacer brotar la flor; hacer cuajar y madurar el fruto; hacer nacer y crecer la mies de los cereales; formar las innumerables espigas con su millones y más millones de celdillas en donde, en cada una, se ha de alojar un grano de trigo que, por ser tantos, nunca se podrían enumerar ni es posible que haya cerebro humano que los pueda calcular?

Y esta sabia combinación de elementos, todos ellos indispensables a todo lo que vive y se mueve en el inmenso piélago de nuestra galaxia o sistema solar, (reconociendo nuestra disparatada comparación) no deja de tener cierta semejanza con una gran fábrica industrial instalada por el hombre. En la implantación de esta fábrica, se ha invertido un tesoro de arte, de ingenio, de sabiduría y de amor y cariño para conseguir que sea una maravilla en todos, los órdenes que han sido el objeto de su creación. La vemos dotada de todo el herramental indispensable a su mejor funcionamiento. Maquinaria de todos los sistemas, enormes calderas de vapor, eléctricos motores, poleas, ejes, enormes volantes, resistentes y gruesas correas, tubos, hornos, fraguas, martillos, limas, etc. etc., y según la clase de industria a que se halla destinada. Amplias naves,

espaciosos almacenes y modernas oficinas. Ningún gasto se ha omitido para lograr su máximo rendimiento y la perfección de sus productos, con los que se ha de abastecer el comercio e industrias derivadas.

Y ya que la vemos terminada y dotada de todos los artefactos que le son precisos a su funcionamiento, ¿Podremos esperar de ella que por su propio impulso se ponga en movimiento, y que salgan en serie y perfectamente trabajados, aquellos productos que la fábrica sea susceptible de producir? Creemos que no ¿Por qué?, porque le falta la inteligencia, el arte y la sabiduría de un docto ingeniero, que, teórica y prácticamente, esté capacitado para dirigirla; le faltan oficinistas y mecánicos que aplicando hábilmente la química, la física y las matemáticas, colaboren con la dirección, y también los expertos obreros, para completar el personal preciso.

Y cuando ya todo completo, y cada uno en su puesto, veremos, con justificada admiración, como se compenetran el capital, la técnica y el trabajo, y veremos también salir de sus talleres máquinas y herramientas agrícolas, camiones de transporte, coches, curtidos, tejidos, y todo cuanto exigen la comodidad y el bienestar de la vida racional en su floreciente progreso...

Las cosas inanimadas, no pueden producir vida ni movimiento alguno, porque la lógica nos dice que “nadie” puede dar lo que no tiene.

Tenemos sobre una mesa, el arco y el violín del insigne Sarasate; son dos objetos que están, exclusivamente, fabricados para la música, y son perfectos; pero como estos dos objetos carecen de vida, de inteligencia, de arte y de movimientos propios, nunca podrán producir música alguna por sí mismos, pero cuando estos dos objetos son manejados por el insigne maestro, que está dotado de vida, de movimiento, de amor a la música y sobre todo de un arte tan místico y tan divino, estos dos objetos, al suavísimo y delicado rozar del arco sobre las bien templadas cuerdas del violín, producen tan divinas sinfonías, que, ¡cada una de sus notas, vale un mundo!, ya que con ellas hechizan las almas y arrastran a las muchedumbres...

Y si esos elementos carecen de arte, de inteligencia, de sabiduría, de amor, y, por consiguiente, de vida, y “nadie puede dar lo que no tiene”, ¿en dónde hemos de buscar el origen de la vida, más que en la “Vida Universal”, que es el mismo Dios...?

Dios, sin amor paternal, no hubiera creado las cuatro estaciones del año, puesto que su principal propósito, parece ser el de proporcionar a la humanidad todo lo indispensable a la vida, como son los animales y las plantas con las apropiadas temperaturas durante cada estación del año.

Si queremos atribuir a la naturaleza sabiduría y potestad creadoras, tendremos que atormentar nuestra pobre inteligencia y andar por caminos escabrosos, largos y tortuosos, sin que jamás lleguemos a tranquilizar nuestra extraviada necesidad. En cambio si queremos reconocer a Dios como único sabio y creador del universo, el camino es corto, recto y llano, puesto que lo hemos de encontrar en nuestro propio ser; tenemos un alma dotada de memoria, entendimiento y libre albedrío, y ella es la que guía nuestros pasos y nuestras acciones por la vida. Tenemos un cuerpo que, su organismo, es una de las maravillas más grandiosas de la creación..., porque en toda su estructura, se manifiesta el amor, la sabiduría y la omnipotencia de nuestro divino Hacedor.

¡Y sin embargo, obcecados en buscar tres pies al gato, llegamos a asegurar que, el hombre, ha venido al mundo por derivación directa del antipático y grotesco simio...!

Ya hemos visto que las cosas inanimadas, por su inconsciencia, no pueden ser creadoras, estas han de ser creadas y regidas por el amor, la inteligencia y el poder de un ente creador...

¡Que pena, que nos da el no saber lo que decimos!; ¡y no es menos la de, cuando aquello que queremos decir, tampoco sabemos decirlo...!

Me falta la ilustración, me falta la elocuencia..., sí, me falta, aquella sobrenatural elocuencia con que hablaron y escribieron aquellos, “los pocos sabios que en el mundo han sido”...

Y así mis queridos lectores, para no cansaros más, solo me resta deciros que el hombre, por muy inculto que sea, sabe, “previamente”, cuando va a obrar bien o mal; y como Dios le concedió el libre albedrío, puede inclinarse al bien o al mal obrar; más como también le concedió la “bastante inteligencia” para saber buscar y encontrar a su Dios, ya que en el universo, no hay un solo punto en que no se le pueda encontrar, a fin de tenerle y amarle sobre todas las cosas y cumplir sus mandamientos, le conviene mucho el saber, que cuanto más lo busque, más o encuentra; que cuanto más lo encuentra, más lo conoce; que cuanto más lo conoce, más lo

admira; que cuanto más lo admira, más lo bendice, y que cuanto más lo bendice; ¡más confía en su infinita misericordia...!

Y cuando el hombre, ya convencido por su propio raciocinio, adquiere la fe y la confianza en la infinita misericordia de Dios, adquiere también un valor sobrenatural, y no le hacen vacilar las tribulaciones de este “valle de lágrimas”. No considera carga penosa el trabajo, porque sabe que el trabajo es un precepto divino, y porque sabe que es, salud para el cuerpo y alegría para el alma, y que, de estos dos insuperables beneficios, no puede disfrutar el desgraciado que adquiere el vergonzoso vicio de la vagancia. Quiere y anhela la paz fraternal con todos sus semejantes, para que su vivir en este mundo, sea un fiel trasunto de aquel que ha de gozar en el Cielo. No envidia las riquezas porque sabe que, con ellas, no se puede comprar la completa felicidad para los cuatro días que estamos en esta vida, y mucho menos se podrá comprar la eterna bienaventuranza, porque al juicio final, hemos de comparecer todos desnudos y sin dinero y en el cual, no se podrá mentir ni aportar testigos de favor, porque allí ya está todo escrito, y Dios con su recta e infalible justicia, solo concederá su gloria a aquel que aquí haya cumplido la ley que entregó a Moisés en el Sinaí... Se resigna cristianamente ante la dolorosa pérdida de los seres que le son más queridos, porque como los ha educado con su ejemplo, no teme por ellos ante la divina justicia; y tampoco teme su propia muerte, porque sabe que la muerte, es solo el desprendimiento de la pesada envoltura corporal, para que, su alma, pueda volar libremente a las gloriosas mansiones de la vida eterna...

Y como final de este epílogo, solo nos queda que decir, que, en todas las creaciones tiene que haber habido un creador inteligente y que todo creador ama a su creación, como una madre ama a sus hijos y quiere para ellos la más completa felicidad. Y como Dios creó y ama a todos los hombre, creemos, que no los habrá creado para gozarse en sus dolores, viéndolos arrastrar sus penas y trabajos en este “valle de lágrimas” para, después, enterrarlos en la noche oscura y eterna de una sepultura... ¿Es ahí, en esa tenebrosa y horripilante sepultura, en donde, después de su doloroso paso por la Tierra, ha de terminar el hombre, para llegar a convertirse en la nada absoluta...? En tal caso, ¿qué beneficio reportarían la sabiduría, y la omnipotencia paternal, invertidos por Dios en la esmerada y sapientísima creación del hombre...?

La fe y la lógica, tienen un imperativo tan absoluto y tan concluyente, que de ellas, solo se pueden sacar deducciones tan poderosas como las que siguen; Dios, con su voluntad, con su palabra y por amor al hombre, hizo el universo; por amor al hombre y con su omnipotente impulso, comunicó a la Tierra sus dos movimientos de traslación y rotación, de cuya sabia combinación dependen las cuatro estaciones del año; y por amor al hombre y sin materia alguna, crea anualmente, millones de millones de quintales métricos de todas clases de frutos, lo cual supone también muchos millones de milagros, aún cuando solamente los vean, aquellos hombres que quieran abrir sus ojos para mirarlos y admirarlos...

Negando el milagro, negamos la omnipotencia de Dios; y al negar la omnipotencia de Dios, nos negamos a nosotros mismos, y a todas las maravillas que encierra el universo, y en tal caso, solo existiría la nada absoluta. Pero como el universo existe, y nosotros con él también existimos, esto, por medio de la luz de la fe, nos ilumina y nos lleva a reconocer como auténticos milagros, los insondables misterios de nuestra religión, convencidos de que, para Dios, no hay nada que pueda ser imposible...

¡Del milagro, como hecho sobrenatural, dimanan los misterios que, el hombre, "obsesionado en el materialismo", jamás podrá llegar a comprender...!

Y ya admitidas nuestras consideraciones, ¿podremos poner en duda la gloriosa resurrección del Hijo de dios y su milagrosa ascensión al reino de los cielos? ¿La resurrección de Lázaro, con solo decirle, “levántate y anda”? ¿La resurrección de la carne, por la que “se han de volver a juntar nuestros propios cuerpos con nuestras propias almas, a vida inmortal y eterna”...?

La fe y la lógica nos dicen que el fin del hombre no está en este mundo; que el fin del hombre, ha de ser más elevado y más glorioso, si sabemos y queremos aprovechar el raciocinio y el libre albedrío con que Dios nos distinguió entre todos los seres de la creación...

El autor

SOBRE
“LA DICHA DEL AHORRO”
O
“COSAS DE UN ABUELO”

Mi corto poema “La dicha del ahorro o cosas de un abuelo”, preocupó por espacio de algún tiempo mi pobre imaginación, en consecuencia de que yo poseía una pequeña finca plantada de viña con algunas olivas, en el paraje llamado “La Cañadilla”, de este término municipal, la cual me tenía así como enamorado; y no a mí solo, sino también a los propietarios circunvecinos, a cuya finca es a la que me refiero en dicho poema.

Ya, desde mi casamiento en Rubielos Altos, me había aficionado mucho a las olivas, porque los padres de mi inolvidable Piedad (q.e.p.d.) poseían bastantes y cosechaban aceite sobrado para su casa; y cuando ya nos decidimos a seguir viviendo en el Campillo, vendimos las olivas de Rubielos, resueltos a comprar otras aquí. Hice, al efecto, varias gestiones pero como solo se suelen vender aquellas que no dan fruto, no me agradaban y así estuvimos algunos años, hasta 1914, en que me decidí a plantarlas yo; para ello fui a Rubielos Altos y escogí los plantones que necesitaba, y en la referida finca planté treinta olivas y unas doscientas vides.

La ilusión y el esmero con que yo las planté y las crié, no es asunto tan fácil para que yo lo pueda escribir en verso ni en prosa; yo no podía consentir que una pequeña rama estuviera agobiada por otra más fuerte, ni hubiera rijos o chupones por los troncos; hierbas que, inútilmente, esquilmaran el terreno; que una cabra u oveja mordiera las ramas; que la tierra aguantara, días y más días, la costra que las violentas lluvias de la primavera y del verano forman sobre el terreno, y cuya costra le roba la humedad que le es tan precisa. Si esto pasaba, había que binarlas inmediatamente para evitar la evaporación de la humedad.

¡Cuántos y cuántos viajes, con motivo y sin él, hacía yo a mis olivicas!; ¡y qué satisfacción la mía cuando yo estaba en mis olivicas!; no me cansaba nunca... ¿Cómo me había de cansar si, en cambio, me daba mucha pena el tener que venirme cuando al atardecer, la Tierra nos oculta el Sol?

¡Y qué alegría verlas recién binadas, sin una hierba, la tierra tan fresca, tan jugosa y tan sonriente...!

Y qué gusto, por la noche, les daba a las liebres y los chorlitos en corretear y restregarse por entre las vides y las olivas, sobre la tierra tan incitante y tan mullida... Y yo, algunas noches, en la cama soñaba que estos bichos me estaban pisoteando y apretando la tierra. Y yo, soñando, al dar el brusco movimiento de brazos para echarlos fuera, me despertaba, y, entonces, me reía de mi simpleza y sentía el haberme despertado por tan poca cosa, porque, ¿cuánto se podría apretar la tierra por pasar una liebre o un chorlito? Y en cambio, yo, hubiera gozado viendo y comprendiendo que también a los animales les gusta pasear sobre la tierra bien cultivada, es decir; que también poseen el sentimiento de la belleza.

En todo aquello que nos propongamos crear, debe intervenir de una manera decisiva, el sentimiento del arte, unido a la inteligencia, la sabiduría y el amor paternal; amor de propietario; amor de dueño, que todo lo ve; que todo lo estudia y analiza y que todo lo sacrifica en beneficio de su propia creación. Y esto es lo que hizo Dios, según antes hemos dicho, para colocar al hombre en el paraíso o gloria terrenal. Y esto es, también, lo que hacen los agricultores en los distintos cultivos de la tierra, porque además de la utilidad que pueda reportarles, se extasían gozosos en la contemplación del árbol plantado por su mano. Y esto hacen el arquitecto, el escultor, el pintor, el poeta, el músico... ¡El amor es la palanca que todo lo mueve, y sin el amor, no es posible la vida...!

A esta pequeña finca, siempre he dedicado yo mis mayores y más delicadas atenciones; primero, porque la compramos con el importe del ahorro bendito de mi inolvidable Piedad (q.e.p.d.) cuya virtud le era muy habitual; segundo, porque de ella, hemos recogido mucho aceite; y tercero, porque ella me ha inspirado este pequeño poema que dedico a mis queridos nietos, con el fin de

inculcarles la santa virtud del ahorro, ya que yo considero, que ella, es la fuente de la felicidad y la dicha del hogar.

Este pequeño y pobre poema consta de treinta y cuatro estrofas de ocho versos cada una, que suman doscientos setenta y dos versos; de ellos, riman todos los que son pares o sea ciento treinta y seis, los cuales terminan en otras tantas palabras que tienen su terminación en las vocales i, a, y de las cuales, se han repetido algunas pero son muy pocas. Y así, aún cuando careciendo de las reglas que presta el arte, ya que la rebelde musa, siempre me niega su divina inspiración, escribí mi ya citado poema, a los fines ya indicados, que es el siguiente.

El Autor

“LA DICHA DEL AHORRO”
O
“COSAS DE UN ABUELO”

Yo tenía un pequeño “puñaico” de duros
que, por ser tan poquitos, en la mano cabían;
y aquel era el fruto del ahorro bendito
que mi esposa, virtuosa, igual que la hormiga,
con cierto cuidado guardaba en el arca,
entre los dobleces de la ropa limpia;
y ufana por verlos, contaba y sonaba
los más de los días.

Y con este pequeño “puñaico” de duros,
reunido en diez años, perrica a perrica,
adquirí una pequeña parcela de tierra
relativa al dinero, pues ella es tan chica,
que alargando un poquito la mano, se alcanza,
sin perder el aplomo, a la opuesta orilla;
y se halla enclavada en el bello paraje
de “La Cañadilla”.

Y comprendo que en esta pequeña parcela,
están compensadas las rudas fatigas
de cuando fui joven y mozo de mulas,
ese oficio que tiene, también, sus artistas
que hacen del arado, pincel prodigioso,
y de los barbechos, lienzos en que imitan
cuadros de Velázquez, como el de “Las Lanzas”,
o el de “Las Meninas”...

Los mozos de mulas que calzan abarcas;
que nunca estudiaron la geometría,
y saben del triángulo, del ángulo recto,
de las paralelas y la perspectiva;
que, rígido el brazo, empuñan la esteva,
poniendo en el surco, su amor y su vida,
y rasgan la tierra, con aire gallardo,
sus mulas tordillas.

Y allí plasma el rústico su genio y su arte,
al ir dibujando los surcos que brillan
igual que los rayos de luz rutilante,
sin más mecanismo que el pulso y la vista,
dejándose en ellos sudor que fecunda
inmensos trigales de rubias espigas;
pues son los gañanes, pintores del campo,
y... ¡Honor de Castilla...!

Igual que un chiquillo con zapatos nuevos,
estaba yo, al verme dueño de esta finca,
adquirida por medio de mil privaciones
y el ahorro bendito de mi mujercica;
porque la compramos “mirando al mañana”,
y sin quedar un duro después de la firma;
por eso la quiero, la estimo y custodio,
como a una reliquia...

Y al pensar aplicarle apropiado cultivo,
pensé en las olivas, y pensé en la viña;
más por ser tan difícil partir el terreno,
al plantar la viña, le asocié las olivas;
por mi propia mano, planté las estacas,
y en aquel verano, brotaron tan vivas
que sus tallos robustos, pujantes, lozanos,
causaban envidia.

Pasaron los años, poquitos, muy pocos,
y ya fueron mozas la viña y olivas;
sus troncos y ramas son mudos testigos
del cultivo intenso que la sabia activa;
el céfiro blando, apacible, las mece;
fragantes aromas mi pecho respira
y absorto, extasiado en arrobos plácidos,
mi mente delira...

Hoy no cabe en su marco por frondosa y bella,
aquella parcela que estuvo perdida,
y entre frutos sin tasa y goces sin cuento,
da ciento por uno, muy agradecida;
y es que no hay más riqueza en el mundo,
que la del trabajo que en el bien se inspira,
y que paga con creces, de su amable seno,
la tierra bendita...

Paraíso inmenso de eterna ventura,
si se laborea y se fertiliza;
que no hay tierra fértil si está abandonada,
y no hay tierra estéril si bien se cultiva;
que, a todas, alcanzan las lluvias de mayo,
del invierno, cano, las escarchas frías;
las brisas suaves de la primavera,
y el Sol que calcina...

En todas, el árbol que desde pequeño,
se cava, se abona, se quiere y se mima,
nos da, agradecido, su fruto exquisito
pintado de grana y repleto de almíbar,
con tal abundancia, que obliga a ponerles
apoyo a sus ramas sobre unas horquillas;
con tierra en cultivo y fe en el trabajo,
¡qué alegre, es la vida...!

¿Qué es la industria, el comercio, las ciencias, las artes,
si la agricultura no les fuera unida?
¿Qué es la tierra si no la trabaja
el brazo del hombre, que la fecundiza?
Pues si ella es la madre que pródiga en frutos
mantiene a sus hijos amante y propicia,
también les exige filiales ofrendas
y tiernas caricias...

Y en estas verdades que son inconclusas,
se apoya mi fe que nunca vacila;
y así, a manos llenas y el cesto en el brazo,
reparto el abono con tanta avaricia,
que siempre me falta; y un tanto irritado,
pienso que es injusto el peso o medida,
y siempre ambicioso, ¡hasta el saco!, entierro
al pie de una oliva.

Mediado el invierno y en un buen tempero,
les doy una cava profunda y sin prisa;
¡qué bien que se queda, ahora, la tierra,
que está por los hielos, porosa y mullida!;
ni un terrón le queda igual que un garbanzo
y por tan disuelta, parece cernida;
y, así, de la atmósfera, absorbe el nitrógeno
y se meteoriza...

Y en la primavera, cada vez que llueve
y se forma costra, les doy una bina
que mata la hierba, esponja la tierra
que apretó la lluvia, y presta a la viña
su verde esmeralda, y el manto nevado
a las olivicas que, de tan floridas,
al cuajar el fruto, alfombran la tierra
con la flor que tiran.

Y, allí está el encanto de la primavera,
cuando, el alba, esparce su luz matutina;
cantan las perdices; trinan los pardillos;
se oye el tintineo de varias esquilas
y escucho la flauta de algún pastorcillo
que guarda el ganado en las lomas vecinas;
y yo, entusiasmado, admiro el conjunto
de tanta armonía...

Y canta el labriego sobre la besana
con voz que estremece la extensa campiña;
y ruedan los carros repletos de gentes
cantando y gritando, que van a las viñas;
y ante esta algazara de voces y gritos
que el eco repite contra la colina,
el Sol se despierta, dorando las cumbres
en la lejanía...

Y allí entretenido, limpiando las vides,
paso varias horas sin sentir fatiga;
que allí, está la calma que yo tanto anhelo;
allí, no hay rencores ni existe la envidia,
y es donde se sigue con rumbo seguro,
de Fray Luis de León “La Senda escondida”
¿Será, este aquel huerto, que él,
“en la ladera del monte”, tenía...?

Y ya en el verano, las vides pompudas,
cuando yo las miro, alegres me miran
y me dicen, “amo”; ¿no ves qué racimos
grandes como perros, prietos como piñas?,
pues este es el premio con que te pagamos
lo bien que nos cavas, lo bien que nos binas.
Ya verás que vino, cuando a la tinaja
pongas la canilla.

Y es que allí, las vides son como carrascas;
hay, ¡unos sarmientos!, que cruzan sus guías
tres o cuatro bancos; y ¡unas pampanazas!,
que, una sola, sirve para una sombrilla;
y, ¡es tanto el follaje!, que allí siempre hay liebres
que al fresco se encaman a dormir tranquilas;
y algunas lo pagan, porque en la paella
con arroz, se guisan...

También las olivas se muestran ufanas
y de tanto fruto, al peso, se inclinan;
y si la cabeza meto entre las ramas,
me tocan la cara las aceitunicas;
y, con mucho mimo, me quitan la gorra,
y el viento que sopla impetuoso, la tira,
la sube, la baja, y a larga distancia
ondulando, gira.

Y ellas jubilosas, celebran la broma
en unión del viento, con gran chillariza;
subiendo y bajando, sin cesar, las faldas,
y brazos y greñas, hasta el cielo empinan;
y haciendo mil giros con todo el ramaje
en danza grotesca estalla la risa
y el campo alborotan con sus carcajadas
y su algarabía...

Y al finar otoño, ya, las aceitunas,
de tan sazonadas, están renegridas;
cojamos el fruto, que aún hace buen tiempo
y por si nevara, cojámoslo aprisa;
llenemos de aceite todos los cacharros,
la tinaja grande y las dos redinas;
¿y con el que sobra y no cabe, que hacemos?
pues... buscar vasijas.

Sigamos gastando del aceite viejo
y dejemos el nuevo, que el tiempo lo afina;
¡ay que ver!, qué sartenes de aceite dorado
que gasta la abuela friendo sardinas
cuando hace la cena; pues ellas se vuelven,
se suben, se bajan, se escapan y, brincan,
como entre las olas del Mediterráneo
cuando estaban vivas.

¿Y en los picatostes? ¿Y en las ensaladas?
pues, ¡no digo nada!, cuando guisa migas
que llaman “de niño” con bastante azúcar
y además les pone algunas torrijas...
qué burbujas que hacen por entre el aceite;
qué agradable al gusto esta golosina;
y para comerlas, mejor que calientes,
las comemos frías.

Pues, ¿y los gazpachos con torta de trigo,
(que, a quien tiene aceite, no le falta harina)
con ajo, patatas, alguna canela,
y el caldo y la carne de liebre o gallina?,
¡qué bien que se corren!; ¡qué bien se voltean!,
y que bien se tuestan con una gavilla;
y nunca se pegan porque siempre tienen
el aceite encima.

Pues y, ¡cuando hacemos ajo en el mortero,
qué charco de aceite tiene siempre arriba!
¿Y si con patatas, o bien con cebolla
o espárragos tiernos hacemos tortilla...?
Pero, ¿a que seguir?; no hay comida mala;
el aceite arregla todas las comidas,
y donde lo tienen, hasta el picaporte
de la puerta, brilla.

¡Ah!, se me olvidaba el rico ajioli
que se hace con huevo y es cosa exquisita;
y nos lo comemos con tiernas chuletas
asadas al fuego sobre las parrillas;
qué bien que le dice al rico vinillo
de nuestra cosecha, que está, que echa chispas,
y mientras comemos, el porrón no para
y al techo se mira...

¿Pues y el que empleamos en llenar las orzas,
cuando se hace el frito de las longanizas
y otros preparados que se hacen del cerdo,
como los chorizos, lomos y costillas,
que si no se frien y cubren de aceite,
damos por seguro que se perderían
y así se mantienen frescos todo el año,
como el primer día...?

Cuando el gato inquieto, glotón y goloso,
arquea su lomo y la pata estira
con tan “mala pata” que la sartén vuelca
y de aceite embalsa toda la cocina,
no se le regaña; no ha pasado nada,
y por tan poca cosa, no se le castiga,
se pone otro aceite, porque hasta los bordes
está la redina.

El aceite es oro, por tan necesario,
pero el cosechero, jamás lo escatima;
más el desdichado que olivas no tiene
y ha de ir al comercio a por media libra
que es caro y muy malo, cuando a guisar va,
la sartén prepara y la alcuza inclina
y dice, ¡bueno!, ¡bueno!, ¿sabéis lo que echa?,
pues... una mentira.

Y todo este aceite que inunda mi casa
es el premio justo de la economía
con que vive siempre la mujer virtuosa
del hombre que cobra una paga mezquina;
que arregla su casa, “mirando al mañana”;
y en lucha constante, discreta y activa
contra la indigencia, merece laureles
como una heroína..

Que es de su familia, guardián que no duerme;
galeno que cura, la más honda herida;
piloto que salva, rugiendo las olas,
de horrible naufragio, su pobre barquilla;
que cuando el desmayo o la negra duda
abate a los suyos, ella, los anima
con sabios consejos, y, cual viva antorcha,
su mente ilumina...

Y yo que estos versos estoy hilvanando
al grato recuerdo de mis olivicas,
adquiridas a costa de mil privaciones
y el ahorro bendito de mi mujercica,
comprendo que es Ella, quien me hace poeta,
y que los escribo porque, Ella, me dicta
LA DICHA DEL AHORRO, para nuestros nietos,
¡que es mi mayor dicha...!

En Campillo de Altobuey, año de 1928.

“SOBRE UNA CARTA A MIS HIJOS”

Cuando, en el año 1920, mi querida esposa y yo, nos fuimos, otra vez, a vivir a Rubielos Altos, y a pesar de que yo, entre las secretarías del Ayuntamiento y el Juzgado Municipal, y la administración de la hacienda del Sr. Fernández Navarro, reunía y cobraba un buen sueldo, nos parecía imposible el poder continuar nuestra residencia en dicho pueblo. Pueblo pequeño, pero que no le faltan sus naturales atractivos, ya que, como un delicioso jardín, se halla rodeado de viñedos, olivares y pinares.

Pero a pesar de que a Rubielos Altos, teníamos nosotros tantos y tan puros afectos; a pesar de que todos sus vecinos eran amigos o familiares nuestros, y nos apreciaban, quizá, más de lo que nos merecíamos; de que en Rubielos Altos había nacido mi pobre mujer, y en él tuvimos la dicha de conocernos, enamorarnos y casarnos; el pueblo donde también (como los suyos) vivieron mis padres y mis hermanos, y en cuyo cementerio de la Ermita de San Pedro, descansan los restos de mi querido padre (que en gloria esté); el pueblo en cuyos llanos, yo, había labrado sus fértiles tierras con tanta ilusión y tanta fama de buen labrador; el pueblo por cuyos caminos y casi todos los domingos, tirábamos a la bola en partida con mi cuñado Miguel Romero, hermano de mi pobre mujer, que siempre, en este deporte, fue el campeón de toda esta comarca, porque sin duda alguna, lo había Dios dotado de aquel hercúleo brazo que hacía silbar a las bolas, y de aquella mano tan maestra para guiarlas sin tropiezos, y sin importarle que fueran de libra o de arroba, con cuyas ventajas, raro tenía que ser el competidor que no terminase por acobardarse y ser derrotado. Y sin embargo, a pesar de tantos y tan gratos recuerdos, de todas las consideraciones de que éramos objeto, y de tan a gusto como hubiéramos estado en Rubielos, nos parecía que allí estábamos, como desterrados... ¿Por qué? Porque nos faltaba el amoroso trato de nuestros hijos que se habían quedado en el Campillo, y, con ellos, aún cuando ya los dos estaban casados, habíamos estado en continuo contacto conviviendo juntos en nuestra casa de la Plaza Vieja, (que entonces se le llamaba) colindante con la ermita del Santo Cristo.

Nos faltaba el mutuo amor, es decir, nos faltaba, amar y ser amados sin el fatal obstáculo de la separación, ya que sin estos emocionantes goces, no puede haber un corazón plenamente satisfecho, y no obstante nuestra separación, estuvimos en Rubielos Altos, cerca de siete años; solo por la vida... ¡Qué cara que nos cuesta la vida! ¡Por la vida, tenemos, muchas veces que sacrificar las más puras emociones de nuestra alma, y someternos a soportar las crueles amarguras de la ausencia...! Y en esta ausencia, desde Rubielos Altos y con fecha 24 de junio de 1921, escribí a mis hijos al Campillo, la carta que empieza seguidamente.

El Autor

CARTA “A MIS QUERIDOS HIJOS”

Hijos míos: Desde que vinimos
a Rubielos Altos,
están conspirando contra mi sosiego
continuos cuidados;
cual marino alejado del puerto
en los golfos del grande Océano,
que se deja su amor y sus goces,
de la costa, en un pueblo lejano;
como el ave que deja su nido
sin calor, sin arrullos, ni encantos,
do le azotan el cierzo y la nieve,
con rudeza cruel y duro sarcasmo...
Yo recuerdo mi nido de amores,
al calor de la ermita del Cristo, pegado
donde fue tan completa mi dicha,
la paz tan cristiana y mutuo el amparo.
¿Qué ser hay más feliz que un padre, en el mundo
si se ve, de sus hijos queridos, rodeado...?
¡Y hoy me considero,
aquí, desterrado!

En mis tardes de tedio profundo,
me marchó a los llanos,
eligiendo, entre todos sus puntos,
el punto más alto.
Y en estos instantes grandiosos, sublimes,
me anonadan, del Dios soberano,
su poder, su grandeza y sus obras
que mi vista se espacia mirando.
Y, allá, en lontananza, diviso el Campillo,
que el Sol ilumina con brillantes rayos;
y anhelante mi vista se extiende
por Santa Quiteria, sus cumbres, sus campos,
por la alta Torre, segundo Himalaya...
Panorama bello de atractivos varios;
natural conjunto de grata armonía
que semeja, del Greco, artístico cuadro
que embelesa, confunde y eleva las almas,
la existencia del mundo, dudando,
y en mi ser infunde
placer sobrehumano...

Y mi vista se fija en un punto
algo extenso y blanco,
que claro diviso y conozco al instante
que es el camposanto;
misteriosa mansión de la muerte
y de la vida, misterioso arcano;
vergel de recuerdos que el hierro eterniza...
Panteones soberbios que brillan cual faro
que indican el puerto donde se terminan
afanes, vigiliyas y goces humanos...
Donde en nicho humilde, que un ángel defiende,
reposan por siempre los restos sagrados
de nuestra María, y con ella, unidos
nuestros corazones, en tan fuertes lazos,
que los tiempos y siglos, de cierto no pueden
con sus garras jamás desatarlos,
pues que eterna es la unión que nos une,
que los tiempos y siglos serán consumados,
antes de que olvidemos
este amor tan santo...

Y, en estos momentos, mi pecho se inunda
de amor, y extasiado,
mi mente camina y a vosotros llega
veloz como el rayo;
y contemplo a la chica en su cuna
a veces durmiendo, y despierta a ratos,
tan alegre, juguetona y hermosa
que parece arrancada del cuadro
que eterniza de Murillo el nombre
y es el asombro del género humano;
y la veo que ríe y, a veces, que llora
poniendo sus gritos en sitios lejanos;
y yo, delirante, frenético y loco,
a pesar de sus gritos la cojo en mis brazos;
se serena y, de fijo, se extraña al mirarme,
su pura inocencia sin mancha, mostrando;
sus lindas manzanas absorbo en mis besos
y la estrecho a mi pecho, y mis labios,
a los suyos se funden
en amor sacrosanto.

Y me llenan de gozo y de dicha inefables
estos cortos ratos
que os miro viviendo en unión fraternal
de buenos hermanos;
compartiendo fatigas, el pan y la dicha,
sin miras mezquinas ni enconos mundanos.
Y entonces mi pecho se dilata y respira;
mi mente despierta del dulce letargo,
y pienso en que debo regresar a casa,
porque el Sol declina y toca a su ocaso.
Mi saludo os envió en soliloquio mudo,
y pensativo y triste descendo del llano
siguiendo el camino que a casa conduce
partiendo viñedos, corto y solitario...
Y penetro en casa caviloso y triste
sin pensar en nada, y en todo pensando...
Y vuestra madre, entonces, me sale al encuentro
pensando en vosotros, ¿quién podrá dudarlo?,
y me dice, concisa,
¡qué solos que estamos...!

En Rubielos Altos 24 de junio de 1921

SOBRE MI SONETO TITULADO “DOS GLORIAS”

Cuando el general D. Miguel Primo de Ribera, en el año 1923, destituyó al gobierno de España, e implantó en su lugar, el Directorio Militar bajo su propia presidencia, era yo el secretario del ayuntamiento de Rubielos Altos. Uno de los primeros decretos del directorio, fue sobre la revisión e inspección de todas las cuentas pretéritas y presentes de la administración de los municipios; aquel decreto, por inflexible y minucioso, puso a “caldo” a muchos funcionarios de la administración municipal, ya que serían muy pocos los que podrían tener la seguridad de quedar impunes.

En Rubielos Altos, no había nada que temer, porque yo, en aquella fecha, solo llevaba de secretario unos dos años, y como todo había pasado por mi mano y no había de malversar ni consentir que nadie malversara un céntimo del Ayuntamiento, aquello de la inflexible y minuciosa inspección de las cuentas municipales, me tenía sin cuidado alguno, ya que en el caso de existir alguna falta, forzosamente, había de corresponder a ejercicios anteriores, y por ello, ninguna responsabilidad me había de alcanzar.

¡Qué satisfacción y qué tranquilidad de conciencia la del hombre que jamás se aparta del suave y recto camino trazado por Dios...!

Fue el primer golpe de estado que yo había visto ocurrir en España, y me hizo una gran sensación; ¿cuál sería la suficiente causa para producir un efecto tan extraordinario?; ¿sería que el Dictador, a semejanza de la doncella de Orleáns, poseído del más acendrado patriotismo, se considerara llamado por Dios para hacer de España un invencible y floreciente imperio?

El gobierno de una nación, no creo yo que será una carga liviana, porque no será fácil satisfacer las ambiciones particulares de la grey, y esto, obligará al gobernante, a proceder, con miras generales, igual que el cirujano que, por salvar la vida de un sujeto, ha de cercenar la parte enferma que pudiera ocasionar la muerte del paciente.

Yo no he sabido, ni he querido saber nunca, quien ha gobernado bien o mal; yo, solo valgo para obedecer, acatar y respetar las leyes, y es más; creo que quien carga sobre sus hombros el múltiple, intrincado y pesado fardo del gobierno, hará lo posible por gobernar bien, ya que tiene en su mano el medio de alcanzar, en esta vida, la gloria terrenal que le han de conceder sus agradecidos vasallos, y después la gloria celestial que Dios, con su recta e infalible justicia, no ha de dejar sin premio, tan tremendo y heroico sacrificio. Y estas mis pobres consideraciones, son las que me indujeron a escribir el siguiente.

El autor

“DOS GLORIAS” SONETO

Sin con el fin de administrar justicia,
el cetro del poder, ávido, anhelas,
si moderas los tributos y gabelas
y extirpas el baldón de la estulticia.

Si frenando la sórdida avaricia,
contra el tirano, al infeliz consuelas,
y, ante tu grey, al legislar, revelas,
de Licurgo y Solón, la gran pericia.

Y si a la patria hiciste mil favores,
ella, feliz ensalzará tu historia
modelando en el bronce tus loores.

Y haciendo perdurable tu memoria,
serán inmarcesibles tus honores;
¡y, Dios que es justo, te dará su gloria!

Rubielos Altos, año de 1923

SOBRE MI SONETO A LA SANTISIMA “VIRGEN DE LA LOMA”

El día ocho de septiembre de 1924, estando nosotros en Rubielos Altos, coronaron en Campillo de Altobuey, a su patrona la Virgen de la Loma. Ya en aquella fecha, mis dos hijos se habían marchado del pueblo, y habían alquilado la casa; mi hijo marchó a Madrid y mi hija a Utiel, cada uno con su familia.

Cuando nosotros tuvimos noticias de la Coronación de la Virgen, faltaban ya muy pocos días para su fiesta y, a la vez, como ya nuestra casa de la Plaza Vieja estaba alquilada y nuestros hijos no estaban en Campillo, no nos fue posible asistir a dicha coronación, y, sintiéndolo mucho, tuvimos que desistir de ello; fue para nosotros una gran pesadilla.

Aquella circunstancia me infundió la idea de dedicar a la Virgen un soneto, pero un soneto que fuese la mejor poesía que yo pudiera escribir, ya que se trataba de nuestra Madre y Reina del Cielo y de la Tierra. Lo difícil que había en ello es que, para escribir bien un soneto, se necesita poseer un arte exquisito, y más siendo para dedicarlo como salutación a la Virgen, porque además de poseer el sentimiento del arte, se necesita ser un místico, es decir; se necesita poder escribirlo con el alma...

En la mitología antigua, figura Apolo como el Dios de la poesía, y Lord Birón que, quizá, haya sido el mejor poeta que haya tenido Inglaterra, dijo; que el soneto, lo había inventado Apolo, para martirizar y hacer sufrir a los poetas, porque el soneto, a pesar de ser un poema corto, que solo se compone de catorce versos, cuando está bien hecho, puede decirse en él, tanto o más que en un largo poema. En el soneto, ha de ser justo el metro, justa la rima y justa la cadencia de sus versos, sin la disonancia de un acento que malogre un hermoso pensamiento. En sus dos cuartetos han de rimar los versos 1, 4, 5, y 8; y también han de rimar los versos 2, 3, 6 y 7. En la rima de los tercetos, puede, el poeta, elegir la que le convenga.

El soneto es una composición poética que expresa un pensamiento que se va desarrollando progresivamente, hasta que en su último verso, termina con un rasgo compendioso, y notable. Pero el saber todo esto, no es saber hacer un soneto; esto es como saber bien un camino, y no poderlo andar por falta de piernas.

Pero tenía que escribirlo, porque ya era una promesa.

El autor.

**“A NUESTRA SEÑORA LA VIRGEN DE LA LOMA”
PATRONA DE CAMPILLO DE ALTOBUEY,
EN EL DIA DE SU FIESTA Y SU CORONACION.
S O N E T O**

¡Salve, Madre de Dios! Cuya grandeza
canta hoy el Cielo en divina melodía;
salve, canta la Tierra, ¡oh madre mía!
para ensalzar tu virginal pureza.

Salve, repite el bruto de mayor fiereza;
salve, las avecillas cuando apunta el día;
salve, mares y vientos, a porfía,
y salve, canta toda la naturaleza.

Salve, Virgen de la Loma, soberana,
de tu pueblo, a la vez, Madre y patrona;
con nuestros corazones formamos tu peana.

Salve mil veces, el Campillo entona,
y hoy te ofrenda la joya más galana
¡Con que tu frente inmaculada se corona!

En Rubielos Altos, 8 de septiembre, 1924.

Recuerdo muy bien que, cuando el día 8 de septiembre de 1924, viviendo en Rubielos Altos y como buen campillano, me propuse escribir el soneto anterior, mi pensamiento, voló al Campillo para unirse al de aquel católico y fervoroso pueblo que, congregado en la plazuela que antecede a la entrada del Convento, presenciaba la solemnísima ceremonia de la coronación de su excelsa patrona la Santísima Virgen de la Loma, cuyo acto, al que asistieron hasta los inválidos, fue celebrado por el Ilmo. Señor Obispo de Cuenca. Fue un día de júbilo para los campillanos, como para los coros celestiales y para todas las criaturas de la Tierra, que glorificaban a la inmaculada madre de Dios y de los hombres, saludándola con estas sublimes palabras; ¡Dios de salve, reina y madre de misericordia; vida, dulzura y esperanza nuestra; Dios te salve...! Y, compenetrado en aquella grandiosa ceremonia de la coronación, y escogiendo las más puras azucenas de mi modesto jardín, pude formar este soneto que, carente de toda noción literaria, viví y sentí en aquella memorable fecha, y ahora copio en mi libro, para conocimiento de mis queridos lectores.
El autor

SOBRE MI SONETO “HEROISMO PATERNAL”

Finalizaba el año 1925, y mi Germán residía en Madrid, cuando, un día, recibimos un telegrama de su mujer, en el cual, nos llamaba con toda urgencia, porque Germán se hallaba enfermo, y su estado era muy grave.

El dolor que nos causó esta noticia no es para describirlo aquí, porque además, el telegrama, nos lo entregaron al tercer día de haber sido depositado, y lo más que podíamos suponer es que ya hubiese muerto, y quizá estar ya enterrado. Nuestra situación era desesperante y sin saber qué camino tomar, pero no había otro que el de coger un carruaje, ir a la Roda, coger el tren e ir a Madrid como así se hizo, con la rapidez que nos fue posible.

El viaje que mi pobre mujer y yo llevamos hasta Madrid, tampoco es para poderlo escribir ahora, lo único que hacíamos era llorar y más llorar, sin saber ya de donde podrían salir tantas y tan amargas lágrimas, y aunque no hablábamos una palabra nuestros pensamientos se fundían en uno solo, esto es, en que nuestro querido hijo Germán, seguramente, estaría ya enterrado, y sin haber podido nosotros estar a su lado... ¡Qué pena tan atroz para nosotros! ¡Haberlo visto casi ciego, y ya cuando podría ser maestro de escuela ser, el pobre, tan desgraciado...! Y nosotros que ya se nos había muerto nuestra querida María; de 20 años, y ahora otro golpe no menos grande... ¡Dios mío, Dios mío! Ya no nos sería posible la vida... Y en estas tristes consideraciones y sin darnos cuenta de nada cuanto nos rodeaba, ni del tiempo transcurrido desde nuestra salida de Rubielos Altos, paró el tren su enloquecedora trepidación y nos encontramos en la estación de Atocha, en Madrid...

Yo conocía muy poco las calles de Madrid, pero me creía capaz de ir sin preguntar a nadie, al número 118 de la calle de Lagasca que, aunque nunca había yo estado en ella, sabía que era una de las del barrio de Salamanca, y que desemboca a la calle de Alcalá. Salimos de la estación y cogimos Prado arriba; las piernas nos temblaban porque, entre la desconfianza y la ansiedad, sabíamos que nos íbamos acercando al desenlace de la tragedia.

Hay ocasiones en que, el hombre, haciéndose fuerte, puede aminorar la magnitud de la desgracia, pero en el caso de la muerte de un hijo, solo queda el afrontar el golpe brutal de la pena, y apurar su cáliz hasta su última gota...

Yo caminaba delante, y mi pobre mujer seguía mis pasos, y, a veces, la esperaba para que se cogiera a mí brazo. Yo desfallecido, iba pensando en mi pobre María y como si hablara con ella le decía; ¡hija mía; mi vivir no es vivir...! ¡Cuánto hubiera yo ganado si me hubiese muerto cuando tú, porque mis penas no tienen fin...! Pero aquello que yo acababa de decir, me parecía una locura, o más bien, una cobardía, puesto que si hubiera muerto, ¿quién se iba a acordar de ella?; ¿quién iba a rogar a Dios a fin de que le concediera su gloria?, y me arrepentía de haber dicho tal disparate... Había que apurar el cáliz hasta su última gota... Mi pobre mujer iba muda y transida de agudo dolor; yo caminaba despacio para no fatigarla, y como ya habíamos llegado a la Cibeles, cogimos el rumbo hacia la Puerta de Alcalá...

Yo, mentalmente, seguía hablando con mi hija María, y le decía; si yo muero, seguramente, tu recuerdo se extinguirá en el mundo, y tampoco habrá quien rece por tu alma, y esto me horroriza..., tanto, que, convirtiéndome en héroe, acepté el sacrificio de vivir pensando siempre, a cambio de que yo pueda rogar por tu alma, y tenerte siempre viva en mi cerebro y en mi corazón...

Ya habíamos pasado la Puerta de Alcalá, habíamos entrado en la calle de Lagasca y seguíamos leyendo los números de la derecha. Nuestra resistencia física se iba agotando, porque no habíamos tomado alimento alguno, y porque a medida que andábamos, nos íbamos acercando al trance fatal, y se aferraba en nosotros la idea de que nuestro querido hijo habría fallecido, y esto para nosotros sería un golpe terrible. Por fin y a pesar de nuestro gran rendimiento, leímos el número 118 de la interminable calle de Lagasca, y aquella era la casa en que vivía nuestro hijo. Acudió el sereno y le preguntamos si nos podría decir algo de cómo se encontraba nuestro hijo, pero el pobre hombre no pudo decirnos nada porque nada sabía; nos abrió la puerta y, al pasar,

fue el portero, quien al saber que éramos los padres de Germán Garrido, nos dijo que hacía dos días que se había notado en él una franca mejoría y que podía asegurarse que el peligro había desaparecido. Esto nos tranquilizó en extremo y ya éramos otros. Dimos por ello mil gracias a Dios y al portero, y con mucha dificultad, por el cansancio, subimos hasta llegar a la puerta del piso cuarto en que habitaba mi hijo y su mujer que al vernos llegar recibieron tan gran alegría que allí se confundieron con las nuestras sus lágrimas, sus besos y sus abrazos. Nos estuvimos con ellos unos días y cuando salimos para Rubielos Altos, ya quedaba nuestro hijo restablecido y habían desaparecido nuestros temores.

Ya en Rubielos Altos, me preocupaban aquellos pensamientos que en Madrid, cuando, a las doce de la noche, íbamos por El Prado, La Cibeles, Puerta de Alcalá y calle de Lagasca; aquellos pensamientos tenía yo que escribirlos en una cuartilla de papel, como recuerdo de nuestro atribulado viaje. Y conforme y sumiso a la soberana voluntad de Dios, por ser quien todo lo gobierna, y ya tiene previsto el fin de nuestras vidas, escribí el siguiente soneto.

El autor

“HEROISMO PATERNAL”

¡Hija mía!, mi “vivir”, no es vivir;
solo es, ir añadiendo a mi cadena
eslabones de dolor, de amarga pena,
que mi alma, ya no puede resistir.

¡Cuán cómodo sería, para mí el morir,
dejando esta existencia, de dolores, llena!
más, temo que, a mi muerte, en la mente ajena,
tu amor y tu recuerdo, se lleguen a extinguir.

Y, cual héroe que asalta la muralla
despreciando el peligro y la metralla...
Para hacer perdurable tu memoria
y rogar para que Dios te dé su gloria...
Yo desprecio el dolor, heroicamente,
y no temo el “vivir” eternamente.

En Rubielos Altos, año de 1925.

**“AL OBRERO DEL CAMPO”
SONETO**

Curtido el rostro por el Sol y el viento;
rendido el músculo y el pecho fatigado,
tu cuerpo, hacia la tierra, va encorvado,
famélico, extenuado y harapiento.

Honradez y virtud son tu alimento,
y tus armas, la hoz, la azada y el arado;
odias el vicio, y, al trabajo honrado
consagras tus esfuerzos y tu aliento.

Y, agotando la savia de tus venas,
en ruda lucha contra el duro suelo,
nos repartes el pan, a manos llenas.

Loable es tu misión, tu heroico anhelo
y santa abnegación en tus faenas,
que, solo Dios, las premia allá en el Cielo.

En Rubielos Altos, año de 1926.

SOBRE MI SONETO TITULADO “LA ESPERA DE LA LIEBRE EN LUNA LLENA”

Cuando ya, en el año 1927, dejé el empleo y la secretaría del ayuntamiento del pueblo de Rubielos Altos, y regresamos otra vez al Campillo, a seguir con el cultivo de mis pocas fincas y escribir documentos para el público, ya traía yo alguna afición al ejercicio de la caza. Yo comprendía que esta afición, como la de todos los vicios, perjudica nuestra salud y nuestros propios intereses, pero como el vicio siempre acaba por dominar al incauto infeliz que se le acerca, ya que su funesto origen dimana del mayor mal de nuestros males; de aquel mal maldito que fue la causa de la desdichada falta cometida por nuestros primeros padres Adam y Eva... Y, yo, sin darme cuenta de mi único y “pequeño vicio”, a veces cogía la escopeta y me iba de caza, pero siempre con el firme propósito de escribir por la noche aquellos documentos que, por dicha causa, había dejado de escribir por el día, y no fueron pocas las noches que, a las dos o las tres de la mañana, aún estaba yo escribiendo en mi mesa para, el día siguiente, entregar los documentos a los interesados.

No me parecía prudente el ir a cazar yo solo, y como el vicio es también, quizá, el mayor y más poderoso aliciente para encontrar un compañero, no tardé mucho en unirme a un convecino llamado Florencio Moril, el cual también tenía gran afición a la caza y simpatizamos de tal modo que, desde entonces, siempre íbamos de caza juntos.

Ambos éramos de la misma edad y habíamos remontado ya los sesenta años y, por tanto, a veces, en tal de ir a buscar la caza subiendo y bajando cerros, laderas y barrancos, preferíamos estar sentados a la espera de las liebres; pero como, si el buscar la caza nos parecía trabajoso y malo, el esperarla, nos parecía tan malo o peor, puesto que la espera da muchos fallos, ya que para matar una liebre nos costaba hacer muchos viajes en balde, pues unas veces por no haberlas visto, y otras que, habiéndolas visto, no se habían acercado al tiro, resultaba que, entre el tiempo y el trabajo invertido sin matar una liebre, valía más que diez liebres, porque en aquellos miserables tiempos, una liebre valía tres miserables pesetas.

Y ya cuando estos caros desengaños nos hacían comprender el error a que nuestro mal vicio nos arrastraba, razonábamos con algo de sentido común y acabábamos diciendo: Nada, nada; ya lo dice el refrán; “Barata es la caza cuando se compra en la plaza”. Y entonces se nos pasaban varios días sin ir de caza; pero esto solía durar poco.

En este término municipal no ha existido nunca ningún vedado de caza y el término en toda su extensión, siempre ha estado libre para el que, con arreglo a la ley, quisiera cazar, y como aunque nunca ha habido mucha caza, siempre ha habido alguna, todos los años, al levantarse la veda, acudían al Campillo varias cuadrillas de valencianos que cazaban largas temporadas y en absoluta libertad.

Moril usaba una buena escopeta, y además la manejaba bastante bien y así, cuando soltaba el tiro, era una pieza que ya considerábamos que estaba en el morral.

Ibamos siempre provistos de nuestras respectivas licencias para usar armas de caza y para cazar, y una tarde de uno de los últimos días del mes de septiembre, salimos de caza con rumbo a la “Torreta” y al cerro de “Santa Quiteria”, cuyo terreno es muy accidentado, montuoso y pedregoso en extremo; yo no tuve ocasión de disparar mi escopeta, pero Moril había soltado dos escopetazos y había recogido dos estupendos perdigones.

Habíamos andado mucho subiendo y bajando cerros y más cerros, y ya casi agotados por el cansancio, habíamos llegado al “Vallejo de la Emilia”; dispuestos a sentarnos y descansar un rato. Este pintoresco vallejo, está formado en la confluencia de otros cuatro más pequeños que forman la cuenca o vertiente del que lleva este nombre, el cual conserva, hasta que desemboca en la Cañada Romera.

En dicha confluencia o reunión de dichos cuatro vallejos, se forma una parcela de terreno, plano como una mesa y de una extensión aproximada a una hectárea, la cual en varias ocasiones ha estado laborizada, y se halla poblada de grama y algunas mielgas, cuyo pasto ya seco en extremo

a causa de haber sido un verano sin lluvias, era el único que las liebres podían encontrar en aquella redonda de monte. Nos desprendimos de los morrales y de las escopetas, y examinando detenidamente el añojal, vimos que las liebres acudían a escarbar y roer las raíces de la grama, y nos convencimos de que allí se podía matar alguna liebre, bien fuera durante el crepúsculo de la tarde, o bien con la luz de la Luna ya que, precisamente, en aquel día entraba el cuarto del plenilunio. Y como la tarde estaba tranquila y hermosa, el cielo sin nubes, el viaje ya hecho y el descanso nos era tan necesario, decidimos quedarnos a hacer la espera, convencidos en que, en el caso de no ver la liebre durante la luz vespertina, había que aguantar y seguir esperando con la de la Luna que, forzosamente, había de ser diáfana, inmaculada. Esto convenido y teniendo en cuenta la dirección del blando vientecillo que apenas se percibía, y con el fin de abarcar entre ambos la mayor parte del añojal, poco antes de que se ocultara el Sol, ya teníamos, cada uno, hecho su puesto con todas las precauciones necesarias al mejor resultado de nuestro propósito. No se quedaron sin poner sobre las piedras que nos servirían de asiento, unas ramas verdes de romero para tolerar un poco nuestra incómoda y larga velada, así como tampoco el papelito blanco y engomado, puesto sobre el punto de mira en la escopeta, que tanto ayuda para afinar la puntería.

Y ya, traspuesto el Sol por completo y también puestos de acuerdo sobre la hora de marcharnos al pueblo, cada uno nos colocamos en nuestra atalaya, quedándose, el vallejo, sumido en el más absoluto silencio... Solo, de cuando en cuando y no muy lejos, se oía el aflautado, monótono y acompasado ¡vooooy!; ¡vooooy!; ¡vooooy!, del mochuelo.

El Sol había dejado sobre el horizonte una extensa aureola dorada y sanguínea, la cual se iba esfumando a medida que el véspero también se iba extinguiendo, a influjo de la consiguiente oscuridad...; la tiniebla se enseñoreaba del Vallejo de la Emilia y sus contornos; el cielo se adornaba de parpadeantes estrellas y luceros; el añojal se confundía con el monte que le rodeaba, y los dos sabuesos, aún no habían visto liebre alguna. Estábamos ya casi a oscuras, pero cada uno en su puesto, esperando... esperando, con una paciencia ejemplar ante esta inesperada transición.

La salida de la Luna se había retardado desde la puesta del Sol, y esto me indicaba que el momento del plenilunio había tenido lugar en las primeras horas de aquella mañana. Mas, cuando ya transcurridos otros pocos minutos más, se manifestaba en el Oriente la nacarada aureola anunciando la maravillosa aparición de la Luna llena. El monte, a lo lejos, se oscurecía más ceñudo y hosco ante el grandioso disco del satélite, y se dibujaban sobre la indefinida línea del horizonte, las cónicas siluetas de los enebros y las sabinas que, cual encapuchados nazarenos, se destacaban, sobre el fondo espeso y oscuro del montizal... Sobre la tersa superficie del añojal que, más bien que una finca laborable, semejava un lago de tranquilas aguas, se iba extendiendo el impetuoso torrente de la plateada luz de la Luna, mientras que ella, ufana y sonriente por su triunfo sobre las tinieblas y los astros..., se elevaba majestuosa y soberana, surcando la inmensidad del espacio sin fin...

Todo cuanto en aquellos momentos me rodeaba, era para mí, tan maravilloso y tan sublime, que yo, anonadado ante la magnificencia del cuadro que a mi vista se ofrecía, y considerándome tan ínfimamente pequeño, que, emocionado, acabé por exclamar.

¡Oh gran Dios...! ¡Cuán grande es tu grandeza...! ¡Cuán grande son tu sabiduría tu omnipotencia, tu amor al hombre y tu providencia paternal...! Y no encontrando frases para dedicarle mis más expresivas alabanzas, seguía pensando..., pensando, y mis pensamientos quedaban reafirmados ante esta evidencia tan manifiesta.

Hacia pocos momentos que había visto ocultarse el Sol por el lejano occidente; sabía que su potente luz, refractada por la Luna, era la misma que brillaba ahora sobre el Vallejo de la Emilia; sabía que el día anterior, por ser creciente, los rayos solares, para llegar a la Luna, habían pasado por sobre nuestro hemisferio terrestre, y que hoy, por ser menguante, pasaban ya por sobre el hemisferio opuesto al nuestro.

La Luna, sola y magnífica, continuaba ascendiendo en el espacio, la noche seguía plácida y poética; el mochuelo no cesaba en sus aflautadas notas, y yo, como no veía liebre ni bulto alguno que se le pareciera, también seguía absorto en mis deleitables pensamientos, y me preguntaba...

¿Cuántos millones de kilómetros recorrerá la luz del Sol desde el lejano Occidente, pasando por la Tierra, llegar a la Luna en el extremo oriente, y después regresar de nuevo a la Tierra y llegar al Vallejo en el que yo me encuentro sentado...? ¿Cuántos millones de toneladas pesarán el Sol, la Luna, la Tierra, los demás planetas y todos los astros y mundos que, profusamente, ocupan el inmensurable ámbito del universo...?; ¿y en dónde podríamos encontrar la base o pedestal en que se apoyan...?; ¿y en dónde, también el motor que impulsa el eterno movimiento de todos ellos y que, cada uno de por sí, y con tan absoluta precisión se mueven...?

Y totalmente confundido para contestarme a estas misteriosas preguntas, solo en mi escaso raciocinio y apoyado en la fe y la lógica racional, terminé, como siempre, alabando a Dios y reconocerlo como único creador de todo cuanto existe en el universo, y seguí diciendo: ¡Dios, en el mismo instante en que tronó su potente voz cuando dijo, “Hágase”, todo lo dejó hecho según su absoluta y soberana voluntad; y ante su saber y su poder infinitos, de nada sirvieron las inconcebibles distancias, ni el incalculable peso de los mundos...; que su maravillosa obra, solamente apoyada, en el vacío infinito, jamás ha de necesitar pedestal ni cimiento que la sustente, para ser sólida, única, inmutable y eterna; y que los retumbantes ecos de su portentosa y milagrosa palabra, que jamás se extinguirán, invadiendo hasta los más apartados confines del espacio, repercutieron en todos y cada uno de los mundos y quedaron impulsados en sus distintos movimientos, y para toda la eternidad...!

Y poseído por estos razonamientos, acudió a mi mente, aquella célebre frase del griego Arquímedes, que fue filósofo, físico, astrónomo y matemático, y quizá, uno de los más grandes genios de la antigüedad, que vivió trescientos años antes de la venida de nuestro Señor Jesucristo, el cual, en una de sus conferencias, dijo a los que le escuchaban: “Dadme una palanca y un punto de apoyo en el espacio, y revolveré el mundo”... En esta frase que ha causado su justa admiración al mundo científico, Arquímedes, aseguraba que él solo provisto de la palanca y el punto de apoyo que pedía, daría la vuelta a la Tierra dejándola, después, del lado que a él le conviniera. Que Arquímedes fue sabio y grande entre los hombres no nos cabe duda, porque después de dos mil trescientos años transcurridos, su fama como tal, ha llegado hasta nosotros; pero tampoco se nos oculta que, su afirmación, solo la hizo como demostración de su teoría, ya que él sabía que la Tierra “navega sin cesar por el vacío”, y que el hombre como todos los hombres juntos, se hallan incapacitados para remover y organizar los mundos...

Y como las liebres no venían ni asomaban por parte alguna, la paciencia se iba agotando, porque, “el que espera, desespera”, pero no obstante había que continuar; Moril se haría la misma cuenta que yo; ¿en qué estaría pensando él? Teníamos tiempo...

Yo de cuando en cuando, extendía la vista sobre el añojal; el mochuelo seguía sus nocturnos cánticos; a veces me encaraba con la Luna que la tenía enfrente, y me extasiaba mirándola, y como ella también me miraba, quise saludarle y le dije: ¡Oh Luna...!; ¡honor y alegría de la noche...!; ¡fiel espejo del Sol...!; ¡promesa de esperanza, te invoca el labrador...!

¡Cuando en la noche horrenda, del cárdeno nublado, el relámpago enciende los ámbitos del mundo y el trueno se repite, con destructor afán...; la Tierra se estremece y el ronco torbellino que arrastra en sus entrañas el rayo y el granizo, amenaza con furia, sus campos arrasar...! Y entonces en tu suelo, de volcánicas lavas, pedruscos nacarados y escorias calcinadas, del Astro Rey, propicia, reverberas su luz... Te elevas victoriosa sobre la tempestad, y en girones disuelves, sus densos nubarrones que, cual fantasmas, huyen, en procesión veloz... Y quedan sobre el campo, la calma bienhechora y las brisas de la noche, que, en débiles neblinas, descienden al sembrado en célico rocío... ¡Y el labrador bendice tu amparo y protección; que así crece la espiga; así se grana el trigo, y así, para sus hijos, ya no le falta el pan...! ¡Y así, yo te bendigo, cuando admiro extasiado tu esplendorosa faz, que alumbra, del espacio del cielo y de la Tierra, la inmensa inmensidad...!

La Luna que, sin duda había escuchado mis sinceras alabanzas, quiso demostrarme su regia gratitud, enviándome su más expresiva sonrisa...

Y los dos locos, más locos que el célebre manchego, también habían dejado sus blandos lechos y estaban sentados sobre las duras peñas, sin más honra ni provecho que la de matar una liebre, “que no venía”, y que ya iban desconfiando de llegar a verle la cola... Pero ya, (aunque sin perder

la esperanza de ver la liebre), era la negra honrilla la que nos obligaba a seguir esperando, porque, para los dos, nos era algo denigrante el levantarse primero, y yo, como la noche era tan apacible y hermosa y convidaba a las más puras meditaciones del alma, envidiaba a Zorrilla, Campoamor, Gabriel y Galán y otros, porque yo también quería escribir algo aunque no fuese más que un soneto dedicado a aquella noche deliciosa...

Pero, la musa, siempre rebelde a mis invocaciones, no acudía en mi auxilio. No obstante, yo persistía, persistía, y rumiaba frases incoherentes que me era imposible traducir al verso, ni lograr establecer la armonía entre la cadencia y la rima, y aquella noche comprendí que el alma es la vida, que, según vive, así ama; que según ama, así siente, y lo que siente, canta...

Y así rumiando, rumiando por esbozar siquiera un soneto, miraba atento y suplicante hacia la Luna enajenado y anegado por un afán poético...; hasta el extremo de olvidarme del sitio en que me encontraba; de si estaba, o no, acompañado de mi amigo Moril, y si seguía, o no, el mochuelo, entonando sus aflautadas notas...

Y cuando más embriagado me encontraba en hilvanar los versos del soneto que quizá no llegara a su mitad, súbitamente y de una manera bien definida, llamó mi atención un brusco movimiento que observé por entre los romeros de los sinuosos límites del monte con el añojal. Aquella brusca sacudida, me hizo despertar de mi letargo, y mi penetrante vista clavada en aquel sitio, pronto me convenció de que allí había dos liebres y que seguramente vendrían a escarbar y roer las raíces de la grama.

La musa poética se me fue al Parnaso, y yo estaba completamente despierto. Entonces me di cuenta de que estaba en el Vallejo de la Emilia, acompañado de mi amigo Moril; de que el mochuelo continuaba sus acompasados y monótonas notas; que tenía ante mi vista un estupendo par de liebres y la escopeta preparada entre mis manos, y, sobre el punto de mira, el papelito engomado que a influjo de la luz de la Luna, brillaba como una fosfórica luciérnaga para conseguir afinar la puntería...

El pecho me latía acelerado y yo, pensando en todo, me decía, si en estos momentos se levanta Moril, “me pierde”; pero, también pensaba que él, aunque desde más lejos, también las estaba viendo, y que por nada se levantaría.

La Luna derramaba a raudales su potente luz, y tal era su claridad, que las liebres, quizá por ello, temerosas de salir al claro del añojal, venían despacio, poco a poco... Pero venían... Siempre viniendo, pero despacio...; a veces daban algunos brincos... Siempre juntas... Despacio... Pero venían...; yo siempre prudente y sin parpadear, quería asegurarlas dejándolas venir al tiro... ¿Qué diría Moril, si por no dejarlas llegar al radio del alcance de la escopeta, les disparaba en sitio que, probablemente, me quedaba sin ninguna?, yo quería matar las dos y en estos casos, la mucha prudencia suele ser poca, además, el amor propio entre ambos era extremado; nuestro lema diario se basaba en que no basta con ver una liebre, hay que tirarle; y no basta con tirarle, hay que matarla, y..., meterla en el morral.

Las liebres, aunque despacio, se iban acercando; sin duda no se daban cuenta del peligro que, a cada paso, tenían más cerca; yo no me dormía ni parpadeaba y seguía con la vista y la escopeta los movimientos y cambios de rumbo de ellas. Y, de repente, salieron retozando, y dando un giro en forma de semicírculo, vinieron al tiro quedando separadas por unos dos metros de distancia...

Había llegado el momento oportuno; y como ya estaba prevenido, disparé a la primera, y la segunda se me quedó de bolo, a la que, con un imperceptible cambio de puntería, disparé también. Disipado el humo de ambos tiros, solo veía que una sola había quedado en el sitio, pero seguro de que a las dos había apuntado bien, confiaba en que la otra no estaría muy apartada del tiro.

Acto seguido llegó Moril, que, un poco malhumorado porque las liebres no le habían entrado a él, dijo que también había presenciado toda la escena; le conté lo sucedido y como yo, convino en que pronto la entraríamos en el morral. Dimos unos cuantos pasos en su busca y al momento, ya teníamos una liebre para cada uno, con la cual, y el perdigón que ya teníamos, habíamos reunido una caza que valía cuatro pesetas para cada uno; y esto después de haber recorrido casi la mitad del término municipal, estar tres horas sentados sobre una peña dura y de haber “tenido

mucha suerte”, según aseguraba Moril y que yo no le quitaba la razón, puesto que las más de las veces, volvíamos a casa con el morral vacío y bien maduros...

Y así acabó nuestra cacería en aquella memorable salida, de la cual aún nos restaba regresar al pueblo y ya, sobre las diez de la noche, cargados con los arreos de nuestro andantesco y andante ejercicio, salíamos del célebre Vallejo de la Emilia renqueando y siguiendo la angosta senda de la Torreta, tan contentos y tan gallardos que el gozo nos reventaba por nuestras cartucheras, a semejanza del desventurado D. Quijote cuando después de haber sido armado caballero y, “a la del Alba”, salió de la venta y caminaba loco de contento y en busca de aventuras, con lo cual se justifica aquello de que, también él, había sido amigo de la caza, como nosotros.

Y cuando ahora, con nuestros ochenta y dos años sobre los hombros, sin vista, sin piernas, pero ya con alguna más cordura que entonces, nos reunimos ambos a tomar el sol, y recordamos con pena, aquellas locas andanzas a que nuestro “pequeño vicio” nos arrastraba, decimos con D. Quijote, ya con su sano juicio, y estando otorgando su testamento, dijo a los que le rodeaban:

“Ya, en los nidos de antaño, no hay pájaros hogaño”. Después de los tres o cuatro días siguientes, tenía yo escrito el soneto que sigue.

El autor

“LA ESPERA DE LA LIEBRE” EN “LUNA LLENA”

Traspone, lento, el Sol por Occidente,
orlado de arboles de oro y grana;
el cielo, de topacios se engalana,
y la noche se aproxima, lentamente.

Más, de pronto, aparece en el oriente,
el disco de la Luna, soberana,
que, dominando la tiniebla, ufana,
nos presenta su cara sonriente.

Majestuosa, se eleva en su carrera
derramando a torrentes luz de plata,
que ofrece al cazador que está en espera.

Y vigilando, escondido entre una mata,
el ritmo de su pecho se acelera,
al venir la liebre, que, triunfante, mata.

Campillo de Altobuey, año de 1930

“SOBRE UNA TARJETA DE FELICITACION DE CUMPLEAÑOS”

Mi querida nieta María Real Garrido, hija de mi Victoria y de mi yerno José Real, nació aquí en Campillo de Altobuey, en nuestra casa de la Plaza Vieja, el día 30 de noviembre de 1920, y, por tanto, en igual día del 32, cumplió los 12 años de edad, en cuya fecha, ella con sus padres, residía en Sagunto hacía ya tres años. A esta nieta, la habíamos criado y tenido mi mujer y yo entre Rubielos Altos y el Campillo, unos nueve años, en cuyo tiempo, le habíamos cogido un cariño casi superior al de los hijos, ya que debido a su compañía pudimos resistir la larga ausencia de nuestros hijos. Y cuando sus padres se la llevaron a Sagunto, fue para nosotros una separación tan dura de soportar, que no la podíamos olvidar, y entonces fue cuando al cumplir los doce años, por correo y en sobre certificado, le envié la siguiente felicitación de su cumpleaños, y con ella las más puras emociones de mi alma, ya que al escribirla, corrían por mis mejillas candentes lágrimas de gozo y de amor paternal, que, también iban dentro del sobre, y cuya tarjeta, decía:
El autor

A MI QUERIDA NIETA MARIA REAL GARRIDO EN EL DIA DE SU CUMPLEAÑOS. “FELICITACION”

¿Por qué secreto impulso, en este día,
sobre el terso papel garrapatea
trémula de emoción la pluma mía?;

¿por qué, mi mente oscurecida, pulsa
las tensas cuerdas de la dulce lira
importunando a la rebelde musa?;

¿por qué, mi pensamiento, en férreo anhelo,
cruza los horizontes y a ti llega
cual paloma feliz, en raudo vuelo?

Porque es esta la fecha venturosa
en que cumples doce años; y, por eso,
en tu alma infantil y candorosa,
se extasía mi mágico embeleso;
y por verte vivir siempre dichosa,
en tu alba frente sentirás el beso...
De tu abuelo.

Campillo de Altobuey, a 30 de noviembre del año 1932.

SOBRE MI SONETO “EL AMOR DE MADRE”

Ya tocaba a su fin el año 1935, y aún vivíamos en nuestra casa de la Plaza Vieja, hoy llamada plaza de José Antonio. Yo había cumplido mis 64 años de edad, y, por tanto, ya me iba acostumbrando a tomar el sol, que, tan amigo ha sido y será siempre, de los viejos; y como para ello tenía yo que andar muy poco, puesto que la puerta de mi casa se halla en el rincón de dicha plaza, y este rincón es un sitio espacioso y formado por un ángulo recto, entre dos casas colindantes, cuyas paredes miden unos doce metros de altura, y allí entra el sol con toda su energía y nunca pasan los vientos del norte; este rincón es el sitio más abrigado del pueblo, y en él pasaba yo muchos ratos en los días crudos del invierno, ya que siempre ha sido y es el sitio en donde se reúnen los viejos con su báculo; otros más jóvenes, con el esparto y la pleita; las mujeres con sus labores, y los chiquillos con la pelota o el trompo.

Allí hay sitio y sol para todos, y allí se sostienen varias conversaciones a la vez.

Era un día ventoso y frío del mes de diciembre, pero el cielo estaba sin nubes, brunido y azul como una chapa de acero; y el sol, sin obstáculo alguno, enfocaba sus cálidos rayos al rincón que estaba rebosante de contertulios de ambos sexos. Yo, casi como de costumbre, cogí un libro de Gabriel Miró, y una silla, y me uní al corro que ya se había formado; a los pocos momentos llegó también una mujer joven que por su aspecto, no tenía más de 25 años de edad; esta mujer no traía utensilios de labor alguna, pues solamente una pequeña silla en un brazo, y, en el otro un chico de siete u ocho meses, envuelto y abrigado, solícitamente, en sus mantillas.

Como el sitio y la temperatura eran tan benignos, no tardó en desliarlo de sus limpias envolturas, y de ponerlo en su regazo frente al sol.

El pequeño se solazaba al tibio calor de los rayos solares, y haciendo varias flexiones con las piernas y los brazos, manifestaba salud, vigor y alegría. Estaba rollizo y hermoso, y tenía su carne sonrosada y torneada a semejanza de las diosas de Fidias, o de los angelotes de Rafael o de Murillo.

La madre, que manifestaba que aquel era su primer hijo, no atendía la algazara de las variadas conversaciones, ni apartaba su mirada del pequeño que, a los mimos y caricias de ella, reía y reía; y riendo, miraba a su madre y la madre, también reía de verlo reír; y el bebé reía más al ver a su madre llorar de tanto reír, y ésta, por cada sonrisa, le atizaba ochenta o cien besos en pago; y si seguía riendo, le asestaba otros doscientos de propina. Pero se daba el caso de que, si el pequeño se incomodaba y lloriqueaba por tanto besucón, la madre, entonces, le repetía cuatrocientos más, porque lloraba; y si seguía llorando, con tantas muecas y pucheros como hacía con aquella boca que parecía un capullo a medio abrir, también había propina...

Para muchos de los que allí estábamos, aquella emocionante escena entre la madre y el hijo, pasaba desapercibida, pero yo, aunque hacía como que leía, no podía leer ni disimular mi curiosidad por ver hasta donde llegaba la pasión maternal de aquella enajenada y santa madre que repartía tantos besos por todo el cuerpo de un hijo tan pequeño. y sintiendo el no haber empezado a contar cuando ella empezó a besar, me preguntaba yo mismo; ¿quién sería capaz de enumerar la cuenta de tantos besos..? Y me acordaba del célebre griego Pitágoras, el filósofo y matemático... Pero, ca; si esta madre llega a tener seis u ocho hijos, no; no puede haber nadie que sea capaz; ¡no llega a tanto el saber humano!; decía yo.

Y entonces comprendí, que es más fácil contar los granos de arena de todos los mares, que los besos que a sus hijos da una madre extasiada de amor maternal, y de que este amor le ha sido infundido por el mismo Dios, para hacerla colaboradora de su divina providencia; ¡el amor divino, que es infinito y todo lo vivifica...!

Y cuando aquella madre se dio cuenta de que el sol, dentro de poco rato, se ocultaría detrás de los tejados de las casas vecinas, envolvió solícitamente al pequeño, lo cogió en sus brazos, cogió la silla, se despidió cortésmente de los que allí nos quedábamos, y siguió rumbo a su casa; y según se iba alejando, así se iba extinguiendo el rumor de los apasionados y resonantes besos, que, seguramente, hasta su casa, le fue propinando al pequeño.

Y yo, con este motivo, escribí después.

“EL AMOR DE MADRE”

Es fuente inagotable que ternezas mana;
es, el amor divino que, de Dios, dimana...

S O N E T O

Con su ciencia, Pitágoras resuelve
intrincados problemas; cuenta al momento,
los átomos de polvo con que, el viento,
nuestro planeta, inmensurable, envuelve.

Igual cuenta las gotas cuando llueve,
y las estrellas del ancho firmamento;
y a tanto llega su genial talento,
que el infinito espacio, a cubicar se atreve.

De la insondable eternidad, los días,
igual reduce a numerales fijos
que si cuenta, de un cesto, las sandías.

Pero ha de cometer yerros prolijos,
si pretende contar, con sus teorías,
los besos que una madre da a sus hijos.

Campillo de Altobuey, año de 1935.

SOBRE MI EPIGRAMA “CORTANDO ABARCAS DE GOMA”

Ya estábamos en marzo de 1940; año en que yo cumplía mis 69 años de edad. Los ingresos de mi casa eran ya muy reducidos y por ello, había que hacer algo para ir viviendo; ya no era ocasión oportuna para aprender un oficio; y fue cuando me decidí a comprar ruedas de goma, ya usadas, y dedicarme a construir y vender abarcas para la gente del campo.

Esto, sí me atrevía yo a poderlo hacer sin instrucción alguna, puesto que siempre he gastado abarcas y nunca las he encargado a nadie, era yo mi zapatero y también las podría hacer para el público.

Resuelto a ello, me construí una mesa al efecto, me compré un torno viejo, de herrero para sujetar y desbastar las ruedas; varias cuchillas de zapatero y otros objetos indispensables al oficio. Esto de hacer abarcas para la venta, es como todas las industrias; hay fábricas que, solo en maquinaria y herramientas, tienen invertidos varios millones de pesetas y estas fábricas dan un rendimiento proporcionado al capital invertido. Pero yo con 69 años, sin medios económicos y con dos o tres cuchillas que nunca cortaban bien, ¿qué número de pares de abarcas podía yo hacer al día?, ¿qué exigentes podían ser mis ambiciones, ni qué satisfacción podían alcanzar mis necesidades?

La goma es un cuerpo que, por su elasticidad, no deja correr libremente a la cuchilla y muy pronto destruye el filo de ésta, y así pasó que, un día, estaba yo en el torno desbastando unas abarcas, y, como la cuchilla no iba bien, tenía yo que hacer un gran esfuerzo para conseguir mi propósito; y un intento, y otro intento, y varios más sin conseguirlo, me esforcé cuanto pude, y, entonces, resbaló la cuchilla y fue a chocar con el dedo índice de la mano izquierda, y me di un tajo tan atroz, que me quedé helado.

Y esto es lógico, que si la cuchilla va bien, camina suave y con poco esfuerzo y no pasa nada; pero cuando va roma, hay que esforzarla, y, cuando, huyendo de la resistencia, resbala, pobre de la mano o de lo que coja al chocar.

Como había quedado herido y en una parte tan esencial para el trabajo, tuve que suspenderlo y dedicarme a curar la herida; pero como la mano derecha estaba útil aún podía escribir, y se me ocurrió escribir sobre lo mío, ya que lo tenía tan a la vista; y por ser de actualidad escribí.

El autor.

EPIGRAMA
“CORTANDO ABARCAS DE GOMA”

Cortando abarcas de goma,
el zapatero Mariano,
(y esto no es bola ni es broma)
por ir la cuchilla roma;
se dio un gran tajo en la mano.

En esto, a la calle abajo,
un afilador vocea
en demanda de trabajo,
y Mariano, viendo el tajo,
dijo; ----“llámalo tú, Andrea”

Y ella, para protestar,
enfurecida, le chilla;
----eres un loco de atar;
que te acabas de cortar
y afilas, aún, la cuchilla.

Campillo de Altobuey, año de 1940.

“SOBRE MI PLEGARIA”
A LA
“SANTISIMA VIRGEN DEL REMEDIO”
“PATRONA DE CHELVA”

Caducaba el mes de diciembre, y con él también caducaba el año 1942. Hacía ya tres años que residían en Chelva mi hija Victoria y su marido José Real, el cual desempeñaba el cargo de representante de la fábrica de harinas propiedad de D^a Adoración Roger, en la cual continúa en esta fecha de hoy.

En compañía de ellos y, durante una temporada, se hallaba también mi pobre mujer (q.e.p.d.) y me llamaron para que pasáramos juntos las navidades, cuyo llamamiento coincidió con mi propósito, y me marché a Chelva y allí estuve una larga temporada.

Llegó el tercero de la pascua, o sea, el día 27 del referido mes de diciembre de 1942, y, este día amaneció espléndido, sereno e incitante a pasarlo en el campo, y toda la familia hasta los pequeños (excepto la abuela que no se atrevió a tanto) nos pusimos de acuerdo para ir a pasar el día a la Ermita del Remedio. Hechos todos los preparativos, nos pusimos en marcha dispuestos a pasar todo el día en aquella cristiana y alegre romería; el sendero es agreste y pedregoso, y la ascensión a la Ermita muy accidentada y empinada, pero el romero, siempre se supera a todos esos inconvenientes, porque le guía un místico y misterioso impulso, pues sabe que va a arrodillarse ante la venerada imagen de la Madre de Dios, y de quien espera que le ha de conceder salud y bienestar en esta vida y la eterna bienaventuranza en la otra.

Yo, como era la primera vez que subía al Remedio, me fijaba mucho en todo, y pensando en que, por aquel sendero, habían subido y bajado innumerables generaciones guiadas por su fervorosa devoción a la Virgen; por aquel único sendero y, a trechos, sobre las escarpadas rocas, ya desgastados por la erosión del mucho subir y bajar, a semejanza de un copioso hormiguero, y cada uno con su fe y su esperanza de alcanzar la salud para los enfermos; el regreso de los ausentes; la libertad de los reclusos y la gloria eterna para sus difuntos, entonaban al coro y en voces varias, los litúrgicos salmos a su patrona, cuyos cánticos de aquellas diversas voces entre ancianos, adultos, mujeres y chiquillos, unas veces bajo los abrasadores rayos del sol, y otras, quizá, por la noche a la luz de la Luna o, quizá a la débil luz de las antorchas o luminarias, expandían sus ecos que, a mí me parecía escuchar entre las oquedades de aquellos profundos barrancos, o repercutir contra las altas y agrestes lomas, cuando bajando o subiendo, llevaban a hombros y sobre las andas, a su adorada y excelsa Patrona la Santísima Virgen del Remedio. En aquel sendero y para salvar los pasos difíciles entre graníticas rocas y barrancos, habían, sus primitivos fundadores, colocado con todo el esmero y previsión que les fue posible, ciclópeos pedruscos para salvar aquellas enormes desigualdades que de otro modo, hubieran sido imposible atravesar.

Y por este único y empinado sendero, tuvieron que transportar todos los materiales para la construcción de este Santuario.

Y en estas gratas contemplaciones llegamos a la Ermita sin fatiga alguna. Estaban solos el ermitaño y su humilde familia y nos recibieron muy afablemente; después nos abrieron la puerta de la Iglesia y pasamos a la capilla en donde se halla la Santísima Virgen del Remedio, y puestos de rodillas ante la venerada imagen de la Reina del Cielo y de la Tierra, rezamos nuestras fervorosas oraciones, en acción de gracias por habernos concedido nuestra ansiada visita, para llegar a contemplar la grandeza de su trono y la dulzura virginal de su divino rostro.

Después de un corto rato de estancia ante su divina presencia y de repetir nuestro agradecimiento, salimos a la plazuela que antecede al Santuario, y que se halla rodeada de varios árboles, en cuyo centro y a pesar de tan elevado sitio, hay una hermosa e inagotable fuente de agua siempre fresca y cristalina. Más tarde ya nos dedicamos a ejercicios de alpinismo en aquellos resbaladizos puntales, y a contemplar aquellos asombrosos panoramas, salpicados de fantásticos macizos cubiertos de pinares, que, ante la vista, se extienden en todas direcciones, ya que aquel es un punto de los más culminantes de toda la región levantina.

El día continuaba invariable y como si quisiera dejar en nosotros un grato recuerdo de nuestra ascensión al Remedio, mis cinco nietos correteaban y saltaban por entre los riscos y las breñas, como brincaban y triscaban los corderillos de Belén, celebrando el feliz nacimiento del Dios-Niño; y nosotros, los mayores, sumidos en nuestras misteriosas contemplaciones, hubiéramos querido leer algo sobre la fecha y fundación de este Santuario.

Y cuando ya declinaba la tarde, volvimos, de nuevo, a la Ermita para rezar a la Virgen nuestras oraciones de despedida y agradecimiento, y entregarle nuestra donación según costumbre. Después nos despedimos del ermitaño y su familia a quienes también entregamos nuestra limosna y les reiteramos nuestra sincera gratitud.

Y ya, con el propósito de llegar al pueblo antes del crepúsculo, nos decidimos a bajar por la carretera que ya faltaba poco para darla por terminada, pero que ya nos dimos perfecta cuenta de la gran importancia de sus obras, de lo atrevido de su planteamiento y de los obstáculos naturales que Chelva, como baluarte de la fe, tuvo que vencer para acercarse a la Ermita de su Excelsa Patrona Nuestra Sra. la Virgen del Remedio.

Y fue el día 27 de diciembre de 1942, la fecha memorable que jamás se extinguirá en nuestro pensamiento, cuando nosotros, protegidos por un claro y sereno día de sol de invierno, subimos a visitar a la Excelsa Patrona de Chelva en su capilla del Remedio. Y aquella misma noche ya acudieron a mi mente, varios pensamientos sobre escribir algunos versos que, aunque carentes de arte y literatura, ensalzaran el tesoro de las gracias de la Virgen del Remedio, y perpetuaran, en nosotros, el día feliz de nuestra ascensión a su Ermita, y, al efecto, empecé a escribir la siguiente plegaria.

El autor.

PLEGARIA
“A LA SANTISIMA VIRGEN DEL REMEDIO”
“PATRONA DE CHELVA”

¡Oh Madre del Remedio!: Virgen bendita;
Tú eres nuestra esperanza, nuestro consuelo,
y en el Pico de Chelva, cerca del Cielo,
entre olorosos pinos, se alza tu Ermita.

Semejante a la nieve de la montaña,
se divisa de lejos por su blancura;
rutilante cual piedra preciosa y pura,
irradia sus destellos por toda España.

Desde el pueblo a la Ermita, no hay paso llano,
que, del abismo, arrancan las altas lomas,
pero vamos volando como palomas,
porque Tú, desde arriba, nos das la mano.

Por la escarpada roca de las pendientes,
cigzagueante y largo, sube el sendero
que reuniendo piedras con todo esmero,
hicieron los chelvanos; ¡héroes creyentes...!

¡Baluartes de la fe!; que en las edades,
en litúrgicos salmos, y voces varias,
al Remedio entonaban tiernas plegarias,
que, aún, sus ecos, repiten las oquedades.

Aquellos te aclamaron como Patrona,
henchidos de tu gracia sus corazones,
llegando hasta nosotros sus tradiciones,
porque, el pueblo de Chelva, no te abandona.

No te abandona, Madre; laten a una,
todos los corazones de los chelvanos,
al escuchar tu nombre, que balbuceamos
al compás del columpio de nuestra cuna.

Quiero estar a tu lado y con fe sincera,
despreciando los medios, los sacrificios,
los abismos, las cumbres y precipicios,
ha llevado al Remedio la carretera.

Que fue, de nuestros padres, místico anhelo,
y nosotros la damos por concluida;
¿Qué es subir a la cumbre, Madre querida,
si esperamos, contigo, subir al Cielo?

Tu Remedio es el faro a cuyos fulgores,
en día se convierte la noche oscura,
y nos indica el puerto de la ventura
donde tenemos puestos nuestros amores.

Tu Remedio es el paño que enjuga el llanto,
de quien llora sus culpas arrepentido,
bálsamo que conforta al afligido,
y gracia a quien se acoge bajo tu manto.

Tu Remedio es la antorcha de llama viva,
que alumbró al viandante que erró el camino,
y al ver que se desvía de su destino,
amorosa, le llamas, Tú, desde arriba.

¡Refugium Peccatorum! ¡Cuanta ternura
y cuánta misericordia, Madre adorada,
hay en tu corazón!; y en la mirada
de tus divinos ojos, ¡cuánta dulzura!

¡Qué dicha, oh Madre mía!, ser yo tu hijo
porque tú eres mi Madre, (bendito nombre)
desde el Monte Calvario, cuando el Dios-Hombre
pendiente de la cruz, así lo dijo.

Y desde entonces eres intercesora
entre Dios y los hombres; ¡oh amor profundo
de Aquel, que, con su sangre, redimió al mundo
y nos legó a su Madre, por defensora!

Y a Tí nos acogemos cual las ovejas
se acogen al redil que les da abrigo,
y, a la vez, las defiende del enemigo;
¡qué será de nosotros si Tú nos dejas!

Ampáranos en nuestras tribulaciones,
y que el Remedio sea nuestra ventura
que, a raudales, envíe desde esa altura,
sobre el pueblo de Chelva, tus bendiciones.

Y, al derramar tus gracias, piadosa y tierna,
concédenos la gracia, Madre querida,
de vivir en tu gracia toda esta vida,
para vivir contigo, la vida eterna.
“AMEN”

En Chelva, a 27 de diciembre de 1942.

“SOBRE MI SONETO A CERVANTES” EN EL CUARTO CENTENARIO A SU NACIMIENTO

Fue en los años 1945 ó 46, cuando mi yerno José Real, desde Chelva y dentro de una carta, me envió un recorte de un periódico, en el cual se anunciaba un concurso de sonetos, con motivo del cuarto centenario del nacimiento de Cervantes, publicado por la institución “Fernando el Católico”, de la Excelentísima Diputación Provincial de Zaragoza.

En las bases del concurso, se decía que el objeto era el hacer una lujosa edición con los sonetos que, a juicio del jurado, lo merecieran, para exaltar la figura de Cervantes. Se daría un premio de mil pesetas, al autor del mejor soneto, y además, se darían gratis, 25 ejemplares a cada uno de los autores de aquellos sonetos que a juicio del jurado lo merecieran. Los concursantes habían de enviar sus trabajos a la secretaría de la referida institución: Isaac Peral, nº 1, en Zaragoza.

En su carta, mi yerno José me decía que hiciera un soneto y lo enviara, ya que con ello no perdía nada, y, ¿quién sabe?, de los cobardes nada se escribe; me decía. Yo, gracias a Dios, me conozco y sabía que me era imposible hacer un soneto que mereciera ser publicado, y mucho menos esperar el premio de las mil pesetas, ni tampoco el de los 25 ejemplares, pero, ¿quién sabe? Con tal de que yo obtuviera un tomo aunque fuera comprándolo... Pero no; mi soneto si lo envío, es seguro que irá a parar a la estufa. Pero, ¿y si hubiera pocos concursantes y por esta razón recurrieran a publicar el mío, y yo lo leyera en letra impresa al lado de los sonetos de los más célebres poetas de España y, ¡nada menos!, que para ensalzar la egregia figura de nuestro gran Cervantes...?

El asunto era tentador, estimulante, pero, ¡era, yo, tan pequeño...! Más como yo no podía perder fama ni dinero... ¿Y si mi yerno tenía razón...? hasta que por último dije; escúpulos atrás. Y me consideré obligado a poner mi grano de arena, más que por la mía propia, por la honra de nuestro glorioso Manco de Lepanto.

Y, afinando mi pluma cuanto yo la pude afinar, escribí y remití mi pobre soneto al domicilio de dicha institución de Zaragoza.

Pero desde aquel día hasta el presente año 1953, no he vuelto a saber nada sobre si se celebró o no, el concurso, ni sobre si se hizo o no, la edición de los sonetos, y esto me hace suponer que en cualquiera de ambos casos, mi soneto haya tenido el mismo fin que tuvieron aquellos fatales libros de D. Quijote, los cuales, saliendo volando por la ventana, iban a parar al corral, en donde les esperaban las llamas que supieron darles el premio merecido, es decir; ¡humo sin dejar ceniza...!

De lo que pudo pasar, no puedo ni debo quejarme, ya que ni perdí fama ni dinero (porque nunca he tenido) y si siento el que no se haya publicado mi soneto, tiene que ser por si, en mí, existe algo de amor propio, pero no porque crea yo, que la figura de Cervantes necesita honra prestada, ya que su fama abarca todas las naciones de la Tierra, y ha de tener tanta duración como toda la humanidad.

No obstante, y para que lo conozcan mis queridos lectores, lo copio a continuación, el cual, es el siguiente.

El autor.

**“A DON MIGUEL DE CERVANTES”
EN EL
“IV CENTENARIO DE SU NACIMIENTO”
SONETO**

Como artífice del habla castellana,
grabada la dejó en su “D. Quijote”;
de la andante caterva duro azote,
y fiel espejo de la especie humana.

Su péñola festiva y soberana,
sobre la envidia se mantuvo a flote;
y de “Manco de Lepanto” ganó el mote,
en holocausto de la fe cristiana.

Las olas sepultaron palpitantes
reliquias de su carne, y quedó solo,
el brazo que veneran los gigantes.

Pues nunca faltarán “Hijos de Apolo”,
que, ensalzando la gesta de Cervantes,
sus glorias cantarán de polo a polo.

Campillo de Altobuey, año de 1945.

SOBRE MIS CUARTETOS “EL HOMBRE Y SU VIDA”

Son las ocho de la mañana del día 7 de julio de este año 1953; es el día de San Fermín, patrón de Pamplona, y, hoy, se cumplen mis 82 años de edad. En esta cumbre de la vida y en confuso tropel, acuden a mi mente las muchas y amargas penas que han atormentado mi pobre espíritu, restándome, quizá, las tres cuartas partes de la vida, y de ello resulta que he vivido poco y he sufrido mucho; pero si miramos a esta vida, saco yo la siguiente conclusión.

Si la vida larga, es corta
por las penas que soporta,
esta vida, ya no importa.

Si la corta se hace larga
porque la dicha la alarga,
por corta, resulta amarga.

Y si la larga fue corta,
y la otra es corta también,
como, aquí, no hay otra vida,
no es posible el vivir bien.

Y por eso yo nunca he creído que la completa felicidad la pueda encontrar nadie en este mundo, puesto que no existe, y, por eso, nunca me ha faltado la bastante resignación para andar por este escabroso “valle de lágrimas”, y que a la vez, creo que son todos los vivientes, los que, como yo, también pudieran lamentarse.

Desde esta cumbre de mi vida, se aprecian en su justo valor, la candorosa inocencia de la infancia, las locas y arriesgadas travesuras de la adolescencia; la viril e impetuosa agilidad de la juventud; la prudente cordura y plena experiencia de la edad viril; los múltiples y amargos desengaños de la senectud, y el tristísimo y lamentable estado de la decrepitud... ¡Breve compendio de la vida humana!

Venimos a la vida ya provistos de nuestra madre, porque sin ella, no nos sería posible el vivir, y nos ama tanto, que, sin vacilar, daría su sangre y su vida por nosotros, y, es a ella a quien, también, podemos llamar en este mundo, ¡el humano y divino ángel de nuestra guarda...!

Después, y ya encontrándonos hombres, hemos de ser nosotros mismos los que guiemos nuestros pasos y nuestras acciones por la Tierra, y como en la juventud falta la experiencia y suelen sobrar las ilusiones, no es raro cometer graves imprudencias que sean causa de fatales efectos. Más tarde, ya nos creemos capaces para todo, pero unas veces porque no hemos planteado bien el asunto; otras, porque las cosas, no han venido derechas, y otras porque han resultado..., como tenían que resultar..., y en vez de triunfar en nuestra empresa, nos ha salido mal el negocio y hemos perdido el capital, la ganancia, el trabajo, las ilusiones de seguir trabajando, y, hasta la fe y la confianza en nosotros mismos.

El hombre, toda su vida, ha de caminar con los ojos vendados, y, en vano, se esfuerza por escrutar el porvenir; y como no puede prevenirse contra el futuro, forzosamente, ha de sufrir crueles desengaños, que nunca vienen desprovistos de duras consecuencias; unas veces reniega de su suerte; otras de sus más leales amigos; a veces, de sí mismo, y hasta se queja del cielo, porque cree, que el cielo no le ayuda.

Y ya casi demente y desesperado, no se da cuenta de que en esas dudas y vacilaciones, se ha remontado a los cincuenta y tantos años de edad, y de que la vejez le sigue los pasos y lo acecha codiciando su presa.

Y como los años “corren” a galope tendido y su edad “vuela” con ellos, comprende cuan inútilmente ha perdido un tiempo precioso sin conseguir sus anhelos; y es entonces cuando se

enfrenta, cara a cara, con la amarga verdad; entonces ve lo que nunca había visto; ve que no le quedan energías, y ya no espera volver a recuperarlas; que todo lo caduco ha de morir, y que, de aquello que caduca, no nos queda nada... Y es entonces cuando piensa en su alma, porque sabe que su alma, ¡es inmortal y eterna...!

¡Dichoso y mil veces dichoso, el hombre, que, habiendo, siempre vivido en el santo temor de Dios, y en santa y sana paz con su conciencia y con su prójimo, y ya en los últimos días de su vida, asistido de la consoladora luz de la fe, tiene tiempo para encomendar su alma a la infinita misericordia de su creador...!

Los siguientes cuartetos, han sido escritos como síntesis de mis anteriores consideraciones.

El autor

“EL HOMBRE Y SU VIDA “CUARTETOS”

Viene el hombre a la vida, deseado,
y lo colman de mismos y caricias;
y en su infancia es caballo desbocado,
en busca de quiméricas delicias.

Y, ya en su adolescente fantasía,
la sed de oro, a atormentarle empieza;
y en plena edad viril, soñando, ansía
coronar de laureles su cabeza...

¡Inútil batallar!; ¡vana porfía!;
cargado de tristeza y desengaños
lo atrapa la vejez caduca y fría
que viene, galopando, con los años.

Y, entonces, mira la verdad amarga,
que se yergue, severa, ante sus ojos;
cuando ya no puede soportar la carga
del pesado montón de sus despojos...

Campillo de Altobuey, año de 1950.

“EL HOMBRE, SU CUERPO Y SU ALMA”

Queridos lectores: Hemos terminado de escribir nuestras consideraciones sobre El Hombre y su Vida, pero como los pensamientos se van sucediendo unos a otros y, además, se engarzan entre sí, sin que esté en nosotros la posibilidad de evitar esta correlación que nos parece inevitable, acabamos por creernos verdaderamente obligados a continuar el mismo o parecido tema, ya que nos parece que, sobre lo que queda escrito, debemos seguir escribiendo (y esto, por obligación ineludible) mucho más, respecto a “El Hombre, su Cuerpo y su Alma”.

Ya comprenderéis que lo que yo haya de escribir bajo este referido epígrafe, no ha de ser un tratado de Religión ni mucho menos, porque mis pobres pensamientos no llegan a tanto, y además, porque la Religión Cristiana, tan sabia y verdadera, ya desde Adam y al correr de los siglos, está escrita por los Patriarcas, los Profetas, los Evangelistas, los Apóstoles, los Teólogos y los Santos, todos ellos, con arreglo a la vida y milagros de Nuestro Señor Jesucristo y a sus divinas revelaciones, hoy contenidas en las sagradas escrituras de nuestra Madre la Iglesia Católica, Apostólica Romana.

Más, por sí acaso, por esto que quiero escribir aquí, se me pudiera tildar de machacón, quiero hacer constar que cuando vemos que un asunto tan importantísimo, (como es el de la salvación de nuestra alma) y vemos al propio interesado tan tan despreocupado de aquello que tanto le interesa, y que en cambio, por insensatas debilidades, se precipita por la infernal corriente de los siete pecados capitales que solo pueden conducirlo a una eterna expiación, todos los hombres que sientan un verdadero amor al prójimo, estamos obligados a advertir mil, y mil veces más, al desdichado que falto de la luz de la fe, camina ciego; hacia el profundo y eterno abismo.

No lo dudemos; existe el bien y el mal; como el amor y el odio; como la luz y la oscuridad; como la esperanza y la desesperación... Y existen estas virtudes celestiales, porque existe Dios, que es la fuente del bien, del amor, de la luz y de la esperanza. Y existen esas desdichas infernales, porque existe Lucifer, que es la fuente de todo mal; de todo odio, de toda oscuridad y de toda desesperación.

Y, como de ello, resultan dos polos diametralmente opuestos, y el hombre, ni puede ni debe estar en ambos a la vez, y además sabe que, forzosamente, en uno de ellos ha de estar, nos creemos muy obligados a advertirle que la elección no es dudosa, porque estando siempre unido a su Dios, nada tiene que temer, puesto que quien está con el bien, no está con el mal, quien solo tiene amor nunca tendrá odio; quien está en la luz, no está en la oscuridad; y quien está fortalecido por la virtud de la esperanza, nunca estará atormentado por la fobia de la desesperación...

Para lograr tanto bien, hay que ser constantes y muy decididos; nada de dudas e indecisiones. No esperemos nunca, que la parte sana de una manzana medio podrida, llegue a sanar a la parte enferma, porque, aquella enfermará también, y la manzana se pudrirá por completo.

El hombre, arrastrado por la impetuosa corriente del materialismo, y falta de la luz de la fe cristiana, solo ve en los falsos placeres de esta vida, esa felicidad que, tan inútilmente busca, y, cambiando los términos, cree que los siete vicios infernales, son para él, las siete virtudes celestiales y, ciego en su apasionamiento, se estrella contra el muro del imposible... Pero, ¡ay!, ¡cuanta zozobra y cuanta amargura!, ¡embustes y derroche de dinero!, ¡infructuosos sacrificios y vergonzosas situaciones! Con todo el oro del mundo, no hay bastante para saciar las infernales exigencias de esas siete víboras que, habiendo hecho en nuestro pecho el nido, se enroscan a las fibras más sensibles de nuestro pobre corazón, y con su inmundicia y colmillos, nos inyectan la podredumbre de nuestro cuerpo y envenenan nuestra pobre alma, disponiéndola a sufrir el castigo de una eterna expiación...

En cambio, ¡cuán fácilmente podemos satisfacer las humildes exigencias de las siete virtudes celestiales! Su práctica es sumamente pacífica; no nos exigen llevar dinero alguno en el bolsillo; solo se requiere una paz fraternal con todos nuestros semejantes, y por consiguiente nuestro

cuerpo no estará sujeto a inquietudes ni sobresaltos y nuestra alma, limpia de toda culpa; siempre estará dispuesta a remontarse a la gloria que Dios le tiene prometida.

Los frutos de los vicios, no pueden ser otros, que, miseria, arrepentimiento, desesperación y lágrimas... Paz, alegría, fortaleza y esperanza, nos traen las virtudes celestiales. Sí, amigos míos, esto que os digo ha nacido de la experiencia adquirida a través de mis ochenta y dos años de edad.

Y para poder dirigir, debidamente las acciones a nuestro paso por la vida, nos conviene mucho conocer previamente, nuestras obligaciones respecto a la gran obra de la Creación que nos rodea, y el objeto, para el cual, el hombre ha sido creado.

Todas las cosas comprendidas en el inmensurable ámbito del Universo, son consubstanciales entre sí, y éstas a la vez, lo son también con su Creador, y, por consiguiente, en todas y cada una de ellas, ha de existir un sello, un hálito, una semejanza o un reflejo de la infinita sabiduría y omnipotencia de ese Creador. No podemos creer que el creador y su creación puedan ser dos cosas heterogéneas.

Ya hemos dicho en páginas anteriores que el amor de Dios lo satura y rebasa todo hasta los más apartados confines del espacio. Y así es como creemos y, comprendemos que Dios, con toda su divinidad, majestad y grandeza, se halla en todo lugar en “esencia, presencia y potencia”, formando esa unidad real y consustancial con todo lo creado.

Y, de esta maravillosa Creación, compuesta de infinidad de maravillas, en las que se patentiza una sabiduría absoluta, una inteligencia sin límites, un arte tan perfecto y sublime, un amor paternal e inefable y una omnipotencia singularmente única y comparable a la suma de los asombrosos milagros que representa... ¿A quién, sino es a Dios, podemos atribuir la creación del Universo? ¿Cabe en cabeza humana (creada por Dios) el pensar que esta gran obra; haya tenido su origen en una eventualidad? ¿Cabe el pensar que cuando solo existía Dios en sí mismo, y aún no existían, ni siquiera, el tiempo ni el espacio; naciera este Universo, del vientre de una montaña, de un peñasco, de un átomo, o de entre las corrompidas aguas de una charca?

¿Es que hemos de cerrar nuestros ojos a tan clara evidencia? ¿Es que no nos damos cuenta de que si tratamos de buscar otros orígenes a la Creación, lo único que podemos conseguir, será dejar al descubierto la desdichada y pequeñez de nuestra pobre alma? ¡Cuidado!

Y creyendo que Dios creó el Universo; debemos también creer que lo hizo con previa iniciativa y objetividad de gloria, servicio, provecho y deleite que redundase en beneficio de sí mismo y de sus criaturas.

Y, así mismo, estamos también obligados a creer que Dios, entre todos los seres de su creación, eligió al hombre como único beneficiario, a cuyo fin lo hizo a su imagen y semejanza, para que se deleitase ante la deslumbrante visión de tantas maravillas y se aprovechara de la profusión de tantos animales, plantas y frutos de que gozamos en esta vida, confortándonos además, con la esperanza de poder gozar de su esplendorosa presencia en el Cielo que nos tiene prometido.

Cuando el hombre quiere resguardarse del sol y de la lluvia, se hizo la casa; para atravesar un río, se hizo el puente; para transportar grandes mercancías, el ferrocarril; para surcar los mares, el navío; para coger frutos con que alimentarse, planta los árboles y labra la tierra, y para su deleite, cultiva las flores y fomenta las bellas artes en todas sus manifestaciones...

Y todas estas previsiones del hombre, ¿no son un fiel reflejo de aquellas que hubieron de preceder a la asombrosa obra de la Creación...?

Pero, amigos míos, entendámonos, y para entendernos, hemos de hablar claro. El arquitecto, hace la casa, el relojero, el reloj, y el zapatero, los zapatos. Pero, sin las materias primas que estos artífices encuentran en la creación, amén de las facultades físicas e intelectuales que Dios pudo concederles, estos artífices, estarían plenamente incapacitados para construir la casa, el reloj y los zapatos...

Más como quizá, no nos hayamos explicado bastante claro, (siendo una verdad como el puño) creemos oportuno continuar el mismo tema, dirigiéndonos a todos los hombres, y escuchemos todos... ¡Cuidado, mucho cuidado! Arquitecto, relojero, zapatero, escultor, pintor, filósofo, científico, literato, mecánico, labrador, torero, sastre, herrero, capitalista, obrero, etc, etc; los altos, los medianos y los bajos...; ¡cuidado con el engreimiento, el orgullo y la soberbia...!

Nada es nuestro, porque todo nos lo da quien todo lo tiene, y quien, por darnos todo, derramó su preciosísima sangre en una cruz para salvarnos de las asechanzas del demonio.

El engreimiento, el orgullo y la soberbia, no entrarán jamás en el Cielo... De esto, ya tenemos amarga experiencia en el desventurado episodio del Paraíso Terrenal...

Todo cuanto existe en el Universo, dimana de la vida universal, que es el mismo Dios, y la creación, aún cuando tan variadísima en su conjunto, debemos considerarla como un cuerpo único y homogéneo.

También, (aunque tan diferentes en sustancia) son homogéneas la Tierra y la Mar; ambas, se abrazan mutuamente como la hiedra y el árbol... Separadas, no les será posible la existencia, mientras que, unidas jamás suspenderán su continuo rodar por los ignotos raíles de su órbita...

Y, homogéneas también, son con el hombre, la tierra en que labró, el árbol que plantó, la estatua que esculpió, el cuadro que pintó, el libro que escribió, la patria en que nació, y, hasta las piedras de las calles de la aldea en que vivió.

Muchos son; infinito es el número de los animales que pueblan los continentes de la Tierra, y los mares que la rodean.

Todos ellos, según sus variadísimas especies o familias, se hallan dotados de sus apropiados atributos, de sus defensas, de sus determinados gustos respecto a sus alimentos y vestidos según conviene a las necesidades y clase de la vida de cada especie.

Unos, vestidos de liviana pluma; otros, de espeso y fuerte pelaje, estos, provistos de potentes garras con aceradas y ganchudas uñas; aquellos, armados de poderosas mandíbulas pobladas de afilados dientes y retraídos colmillos; otros, mostrando sus terribles y afiladas astas que aún desde lejos, a la misma temeridad, infunden serio espanto; y muchos otros que por su nobleza y franca mansedumbre, el hombre, amarrándolos a la carreta y al arado, los destina al cultivo de la tierra.

Tantos son, desde el elefante hasta el insecto que, nuestra incapacidad, nos obliga a renunciar a su enumeración.

Y, no obstante, el infinito número de todos ellos, solo el hombre, que respecto a defensas naturales y resistencia física, hemos de reconocer su inferioridad ante muchos de ellos, este hombre, (repetimos) desprovisto de toda defensa natural, dulce, amable y compasivo ante los débiles ayes del pajarillo que atrapó el milano; dolido, al ver la hormiga que, inconsciente, aplastó cuando cruzó el sendero; escogido por Dios para su gloria y dotado del alma que le encumbra, es la única criatura que ejerce la absoluta soberanía sobre todos los animales de la Creación.

Igual domina a los que, con su raudo vuelo, surcan los espacios, que a los que, con su vertiginosa carrera, atraviesan barrancos, laderas y montañas; a los tigres, leones, y panteras, en la trampa los caza, y rugen de coraje, cual gárrulas cotorras, en sus herradas jaulas. Al espantable toro que escapó del toril, y amenazante y corredor se adueñó de la plaza, con cuatro capotazos lo atolondra, lo hipnotiza y lo para, se le yergue en sus fauces, y con la suave mano, le acaricia la rizada testa y, afiladas astas... El respirar se corta en los tendidos, y como una roca, el toro quiere saber lo que mira, si es hombre, o es fantasma..., le embistió varias veces sin hallar resistencia. El diestro con repetidos retos, lo despierta, y, ya ve, ya sabe que es un hombre... Sus ojos, son dos fraguas y su boca un volcán; sus lomos y su rabo culebrean, culebrean..., y sus pezuñas, caminan hacia atrás..., quiere ganar distancia, para adquirir violencia..., quiere beber la sangre, deshacer la visión, meterse por el pecho y salir por la espalda, las entrañas prendidas en el pitón del asta.

Y acudiendo a los retos del diestro, se le arranca, cual peñasco que rueda de altas cimas hacia el profundo abismo..., en feroz embestida.

¡Inenarrable escena!; que solo al describirla, nuestro ánimo flaquea, el pulso tiembla. “Más, quien nació torero”, ese no tiembla, porque, el torero, es alma; alma que es esencia de prodigio y de arte, destreza, rapidez, gallardía y valor sobrehumano, que a la fiera desprecia... Inmóvil como estatua, impávido le espera; serena la mirada y rígido y fuerte el brazo, en la mano el estoque, y apuntando al morrillo, hasta el puño lo clava partiendo el corazón.

Y, el bruto, tambaleante y en fuertes convulsiones, se derrumba en la arena..., y, a hirvientes borbotones, escapan, por la herida la sangre, la fiereza y la vida del toro, que, ya inmóvil, se asemeja a un gran fardo repleto de trapajos.

¡Oh, cuán poquito vale, para el alma del hombre, la espantable fiereza de las temibles fieras...!

Muchos son; (repetimos), los animales que constituyen la fauna de la Creación, pero ninguno de ellos pudo imponer al Creador su propia voluntad de ser creado, ni tampoco la configuración de su tipo, defensas, clase de vida, flexibilidad y resistencia física. Todos ellos fueron creados bajo, la omnipotente y soberana voluntad de Dios.

No pudo el toro dar su traza para la perfección, configuración, colocación y clase de materia en sus potentes astas, ni la cigüeña a su alargado y rectilíneo pico, ni al suyo en gancho el águila, ni el canguro pudo elegir su flexible y resistente bolsa, ni el ágil ciervo su enramado cuerno; ni el rumiante pidió su complicado estómago, ni el elefante su flexible y poderosa trompa; ni eligieron las aves su plumaje, ni la perdiz y el pavo real sus primorosas plumas adornadas con bellas lentejuelas de rubíes, amatistas, esmeraldas y oro; ni la oveja el tupido vellón con que se abriga, ni los peces, la raída pelliza con que nadan; ni el erizo, su pelaje de afiladas púas, ni la tarda tortuga, su castillo de nacarada concha fabricado; ni las flores, sus delicadas tintas y perfumes, ni los árboles, el sabor de los frutos que nos dan; ni el Sol, el calor y la luz que nos envía; ni los astros sus órbitas ingentes y eterno caminar; ni los ríos, su tortuoso cauce de inmensa longitud; ni su extensión el mar.

Y, ¿para qué seguir? Nunca, la criatura ha podido imponer a su creador la propia voluntad de ser creada. .. Y todos los efectos, por sí mismos, nos inducen a deducir y conocer la verdadera causa que los produjo.

¡Oh, equidad, proporción y conveniencia para todas las criaturas, pues que ninguna formula queja ni protesta; respecto al vestido vitalicio que le dieron...!

Todos los animales, merecen nuestra estimación y nuestra compasión, pues que además de haber sido creados por nuestro Dios, lo fueron, también, para nuestro servicio, nuestro provecho y nuestro deleite. Y son, también, dignos de nuestra compasión, porque ellos, no esperan ni pueden esperar nunca, cambio de condición ni progreso alguno. Igual que, durante los siglos transcurridos desde la Creación, como en todos los restantes a la existencia del Universo, conservarán su mismo instinto de conservación, sus condiciones y clase de vida, sus innatas costumbres y atributos con que fueron creados. Jamás podrán dejar recuerdo algún, ni el más leve testimonio de su paso por la vida..., ni recordar episodios de la historia de sus ascendientes... Nada saben de las pretéritas generaciones que les precedieron, ni de las futuras que les hayan de suceder; para ellos, no hay otra generación que la suya de actualidad; ni saben de donde vienen, ni a donde van; ni conocen las emociones de la risa y el llanto. Su semblante, es grave, taciturno, impassible, siempre cabizbajos, sin expresión alguna de rubor ni vergüenza, y sin que les afecte la pena, el dolor o la muerte de cualquier semejante...

¡Solo el hombre!, predilecto beneficiario de la Creación, ríe, llora, siente, reza, investiga, porfía, confía, y espera, y erguida su frente hacia el Cielo, la mirada dirige a su Dios... Sí; el hombre que, sin suspender sus habituales ocupaciones, eleva su mirada en busca de su ansiada felicidad; el fin último para el que fue creado; el tranquilo remanso de su azarosa vida..., como lo busca el precioso río, a través de su larga carrera por entre espesos breñales, rocosas y angostas gargantas, abruptas montañas, abismos y cascadas, hasta encontrar su ansiado y último remanso, que es la mar.

¡A Dios rogando, y con el mazo dando...! Este antiquísimo refrán que, a pesar de su extremado laconismo, tanta sabiduría encierra, nos da la pauta para la educación de nuestra vida terrena, y sin menoscabo de la otra espiritual.

Y como, para que el hombre pueda lograr una vida racional y humana todo lo tiene a su alcance, puesto que Dios lo creó con amor de padre, no es sensato que nosotros pretendamos reformar los planes a este padre que, por ser la verdad absoluta, no puede engañarse ni engañarnos. Todo hombre viene a la vida, “provisto de su panecillo debajo del brazo”, es decir; viene capacitado para ganarse lo necesario con su trabajo, si a este trabajo va unida una economía proporcional a esa ganancia.

Todo hombre; aún cuando no posea patrimonio alguno, puede abrirse camino para sostener un hogar y crear una familia.

Todos los oficios de que la sociedad se compone, le son indispensables, y por tanto, si suprimimos cualquier profesión u oficio, la sociedad no puede subsistir. Igual que a la sociedad ocurre a una máquina de coser, de segar o de trillar; si a cualquiera de estas máquinas, les falta el más insignificante tornillo, ni cose, ni siega, ni trilla.

Todos los oficios son buenos y en cualquiera de ellos, el hombre honrado, laborioso, inteligente y económico, puede obtener un beneficio capaz para cubrir sus necesidades, y, cubiertas éstas, no tiene por qué envidiar fortunas ajenas.

Siempre han existido pobres y ricos y, forzosamente, hemos de reconocer que siempre seguirán existiendo, puesto que, esto, como todo, dimana de la suprema voluntad de Dios.

Si todos fuésemos ricos, ¿quién aportaría el trabajo que tan indispensable resulta en todos los órdenes de la vida? Si todos fuésemos pobres, ¿quién aportaría los fabulosos capitales que también son indispensables para las grandes empresas, y éstas también lo son para la vida de los pueblos?

No lo dudemos; la diferencia de clases, o fortunas individuales, como todas las diferencias que existen en todas las cosas de la Creación, son de origen divino, y, por tanto, no admiten rectificación ni enmienda.

No creemos que exista razón alguna en que podamos apoyar el antagonismo o malquerencia entre el capitalista y el trabajador; ambos se necesitan mutuamente, y cada uno, por su parte, deben considerarse obligados a cumplir la misión con que han venido a esta vida...

Todos, con verdadero ahínco, nos afanamos por reunir una fortuna con que hacer frente a la vida, y sin embargo, para unos es cosa fácil, mientras que para otros resulta un imposible.

El hombre ha sido creado para vivir en sociedad con sus semejantes, y a este respecto, todos y cada uno, venimos a ella; ya provistos de aquellas dotes que, cada uno, de por sí, haya de aportar al bien social para cumplir mejor nuestra misión individual.

Y como resulta que nuestra vida es tan compleja en sus diversas necesidades, diversas han de ser también, las dotes especiales que Dios haya de repartir entre todos los que pertenecemos a dicha sociedad, tan variadas y diversas han de ser estas dotes, que, por ser tantas y tan distintas, solo pueden ser comparables a la propia fisonomía del individuo que; por ser tan única e inconfundible, jamás en la vida de la Humanidad se han encontrado, (ni encontraremos nunca) dos caras que sean absolutamente iguales...

¿Qué pasaría si las caras o fisonomías de todos los hombres fuesen iguales? ¿Cómo identificar a nuestros padres, esposas, hijos, hermanos, etc.? ¿Cómo el juez, identificar al acusador y al acusado; al criminal, al ladrón, ni a quién había de absolver o castigar?

¡Oh fatal y angustiosa confusión, puesto que ella, por sí sola, nos haría imposible la vida...!

¡Recordemos el histórico episodio, respecto a la proyectada construcción de la torre de Babel...!

Y esta misma confusión e imposibilidad de la vida resultaría si Dios hubiera creado a todos los hombres con iguales dotes, esto es: que todos quisiéramos y supiéramos hacer las mismas cosas, y que ninguno de nosotros, quisiera ni supiera hacer una cosa distinta a la que hicieran los demás. Todos los hombres, grandes o pequeños, y hasta los inválidos, somos útiles a la sociedad; si útil es el sabio que investiga la curación del cáncer, también lo es el obrero que cultiva la tierra.

¡Lástima grande que, aún, pretendamos transformar lo que Dios, con su portentosa sabiduría, su providencia y su amor paternal, hizo en beneficio nuestro...!

Y, no es que yo, con todo esto que os dejo dicho, quiera daros a entender que se deben despreciar los bienes terrenales, no. Los bienes que Dios nos da, no son para que los desdeñemos, despreciemos o tiremos.

Todos tenemos el deber de trabajar, para adquirir la mayor porción de bienes que nos sea posible, porque, con ellos, podemos hacer más grata la vida; con ellos, podemos dar de comer al hambriento y vestir al desnudo, ya que estas obras de caridad cristiana, han de sernos de mucho más provecho que aquella parte que nos reservemos para nosotros mismos.

Además, la prosperidad del ciudadano, implica la de su nación, y, cuando la patria es rica, se fomenta el progreso; se construyen carreteras y vías férreas, puertos, pantanos y canales de riego, que tanto benefician la agricultura; hospitales, escuelas, prospera el comercio, la industria y todo cuanto es indispensable a la vida de los pueblos.

Pero, todos estos bienes, han de venir a nosotros por legítima procedencia, esto es, de nuestra laboriosidad, de nuestra fe en el trabajo, nuestra inteligencia, honradez y economía... Nada por la avaricia, la envidia, el robo, la estafa, el engaño o la mentira; porque, aquello que se adquiere por medio de estas malas artes y después de dejarnos en la más espantosa miseria, se lo suele llevar quien lo ha traído, para con ello mismo, cazar a otro insaciable ambicioso ¡Cuidado!, mucho cuidado.

Y Dios, en el sexto dice de la Creación, y después de haber creado a todos los animales terrestres, creó al hombre a su imagen y semejanza, y le puso por nombre, Adam.

Y, este hombre, tampoco pidió a su creador la forma, el tipo ni la estructura de su cuerpo; este hombre, como todas las criaturas y maravillas de la Creación, fue el resultado perfecto, voluntario y absoluto del ingenio, sabiduría, omnipotencia, amor y providencia de su Creador, el cual, cogiendo un pedazo de arcilla, lo amasó, y, de él, formó el cuerpo del hombre, que constituye una de las más perfectas maravillas del Universo, por la complicada estructura de su esqueleto y la sabia combinación de sus articulaciones; por la armoniosa, fuerte, elástica y simétrica trabazón de su musculatura, que recubre y adorna su cuerpo de pies a cabeza, por las espontáneas y acompasadas palpitations del corazón al expulsar y recoger el impetuoso torrente de la circulación de la sangre, por el misterioso aparato de la digestión, que, con tal puntualidad y precisión digiere y asimila los alimentos de que se nutre, y por la enigmática red del sistema nervioso, por el cual siente y percibe los secretos e innumerables fenómenos que le rodean...

Pero, a la vez, también comprendemos que este cuerpo, sin el alma, solo sería un compuesto de materia orgánica, pero sin vida, sin voluntad, sin memoria, sin inteligencia, sin amor, sin justicia y sin razón..., y, siempre inmóvil, estaría convertido en un amasijo de materia inservible e inerte...

¡La nobleza, la simpatía y la majestuosidad del esbelto semblante del hombre, son el fiel reflejo del alma que lo anima!

Y, si esa sapientísima creación del cuerpo del hombre nos suspende y maravilla, ¿como podremos calificar el superprodigioso milagro de la creación de su alma? Esa alma hecha a imagen y semejanza de su Creador, y capacitada también para hacer milagros, puesto que así (entre los hombres) podemos llamar los hechos que, varios de ellos, en todos los tiempos y a su paso por la vida, han dejado patentes testimonios de sus atrevidas empresas por la tierra, el aire y el mar... En sus laberínticos inventos y descubrimientos, en las artes, en las ciencias, en la Religión y en la santidad... ¡Oh milagro supremo de la infinita sabiduría! ¡Oh amor Divino que tanto ennobleciste y elevaste al hombre como causa suprema y fundamental de la creación del Universo...!

Dios y nuestra alma se hallan compenetrados por el Supremo Amor, y por este mismo amor, el Hijo de Dios; cargando, sobre sí mismo, todas las culpas de la corrompida Humanidad, derramó su preciosísima sangre en el innominoso patíbulo de la cruz. Y, así, también, por este mismo Amor a Dios, derramaron la suya los innumerables mártires del Cristianismo... ¡Oh!, ¡Tú!, ¡Hombre!

Suspende un momento tus zozobras mundanales, y reflexiona cuan grande es la grandeza de tu origen, y reflexiona, también, si con tu conducta correspondes a tu grandeza original... Esto, no te lo pido yo; es a tu alma a quien debes escuchar...

Esa alma que te sirve de Estrella Polar, por ser el motor que impulsa los más íntimos arrebatos de tu conciencia, y que te induce a evitar la guerra y desear la paz con todos tus semejantes, y te enseña a conocer el tranquilo bienestar con que se premian nuestras buenas acciones, así como también nos advierte los insoportables remordimientos de Caín, por su alevoso y horripilante fratricidio...

Esa alma, que ya, desde la cuna, nos enseña a reír y a llorar, a rezar y elevar nuestras más tiernas plegarias hasta el glorioso trono de nuestro Dios, y que, siempre ambiciosa de gloria y de

felicidad, e influida por la gracia creadora, se eleva a las alturas siderales para conocer la asombrosa magnitud de los cielos y los astros, e igualmente desciende a las entrañas del planeta en que habitamos para investigar la incalculable potencia que se oculta en la microscópica pequeñez del átomo...

Colón, llevó la civilización y la verdadera luz a las Américas, y sus indígenas, lograron escuchar la santa palabra de nuestro Dios...

El Dante, en las sublimes páginas de su inmortal poema titulado “La Divina Comedia”, Miguel Angel con su prodigioso pincel sobre los eternos muros de la Capilla Sixtina del Vaticano; ambos, iluminados por la gracia creadora, plasmaron y nos legaron sus teológicas revelaciones, respecto al glorioso premio de nuestras virtudes en el cielo, y al horripilante castigo de la eterna expiación de nuestras culpas, en el infierno... Pero, estos prodigios (o milagros) realizados por el hombre, no proceden por el mero hecho de ser hombres, puesto que, en tal caso, todos los hombres seríamos capaces de hacerlos y, así, el prodigio, dejaría de serlo.

Estos prodigios con que varios hombres, en el transcurso de las edades y de los siglos, han asombrado y asombrarán a las generaciones pretéritas, presentes y futuras, son los predestinados por Dios; aquellos que, poseídos de aquella pequeñísima chispa de su divinidad, lograron alcanzar la gracia creadora...

El cuerpo y el alma del hombre, son el auténtico símil de la flor y su aroma; cuando muere nuestro cuerpo, nuestra alma continúa viviendo, como esencia intangible, incorruptible y eterna... Cuando, del mimbreante tallo que la sustenta, cortamos una flor, sus primorosos y aterciopelados pétalos, se ajan, se decoloran, se marchitan y mueren; pero no obstante, su delicado aroma, como esencia, también intangible, incorruptible y eterna, continúa viviendo entre las diminutas partículas de aquellos pétalos que, ya reducidos a polvo, solo pueden conservarse en un hermético estuche. Después, y, ya, por rutas que solo puede marcar la Providencia, e incorporado a otros aromas como la violeta, el nardo, el clavel, la azucena, el jacinto, el jazmín, y muchísimos otros más, forman tan delicioso conjunto que volando y revolando, y aleteando, cual místicas palomas por entre las etéreas regiones del espacio, van, con su esencia vital, saturando el oxígeno que purifica la sangre de nuestras venas, contenido en el aire que aspiramos...

¿Sería prudente pensar, o creer que el hombre, sin alma, pudiera existir?; o si, él, tiene alma, ¿que no exista Dios...? Queridos lectores; ¡no! y mil veces, ¡no! Pues si vemos que el hombre ya existe, ha de ser con su alma, porque, así en él, se completan timón y piloto, que son dos milagros felices, sublimes, que nadie los crea, sino el mismo Dios... ¡Pues, nunca retorna la nave a su puerto, si dentro no lleva piloto y timón...!

¿Qué busca el excéptico entre las tinieblas de su confusión?. ¿Es acaso, la “gloria terrena” de hallar, para sí cierto parangón con el simio, el caballo o el perro...?

No tenemos ciencia ni diestro escalpelo, y solo nos dictan la fe y la razón... ¡Oh lástima enorme!, ¡compararse a las bestias!; ¡nos da compasión!

¿Hemos dicho algo?, ¿no hemos dicho nada?

¿Quiere más el hombre, siendo, de Dios hijo...?

¿Acaso, es que anhela encontrar un origen distinto y más alto a su excelso “Yo”?

¿Qué más quiere el hombre, (insistimos) siendo hijo de Dios...?

Firmado Juan Diego Garrido

Campillo de Altobuey, año de 1953.

CUENTO

¿QUIÉN ABRIÓ LAS PUERTAS?

Un cuento que no es cuento

En “El Peral”, pueblo pequeño, de la provincia de Cuenca, en donde mis padres Julián y María Antonia (q.e.p.d.) habían nacido, contrajeron matrimonio y criaron su familia.

En la época a que voy a referirme, éramos tres hijos, y, yo, tenía entonces, cuatro años y medio de edad; mis otros dos hermanos Cleto y Alejo, tenían, el primero, nueve, y el segundo poco más de uno. Mi otra hermana Juana, nació varios años después.

La base fundamental de la vida de este pequeño vecindario, era la agricultura, y mi padre, pertenecía, también a la humilde clase de labradores.

Eran los días más rigurosos de aquel invierno y, seguramente, se hallaba en curso el mes de enero del año mil ochocientos setenta y seis.

Las faenas del cultivo de la tierra, se hallaban suspendidas por completo, a causa de los sucesivos temporales de nieves y aguaceros, y las mulas estaban ya, muchos días, encerradas en sus cuadras, y los labradores se dedicaban a no hacer nada, o, cuando más, picaban un manojo de esparto para hacer una sogá para el carro, o un par de bozales para la yunta, cuyo trabajo, igual podían hacer en su propia casa, que en la de sus amigos, vecinos o parientes. Y, muchas veces, se daba el caso de que, alrededor de una lumbre, se juntaban varios de ellos, cada uno con su manojo de esparto debajo del brazo... Y, bien seguro es, que si esto sucedía por la noche después de la cena, siempre había de acabar por envolver entre las brasas del hogar, una grande espuerta de patatas, a las que, seguramente, no pensaban bautizar con agua clara.

Y, allí, se hablaba de todo, se cantaba y se bailaba y, por consiguiente, nadie le hacía caso a su manojo de esparto...

Y cuando ya, las patatas estaban a punto de meterles mano, cada uno, por su parte, trataba de “no quedar mal”, y, “de cuando en cuando”, se iban al jaraiz a dar un auténtico “pase de pecho” a la churrilla... Esta churrilla, era una tinaja de 15 ó 20 arrobas de cabida que, en la pisa de la uva, se llenaba de mosto y orujo, y como según el refrán de los discípulos de Baco, “el vino nuevo, a los tres días es viejo”, la tal churrilla era la que suplía la falta del vino añejo.

Y, unos detrás de otros y por orden, se subían a la silla que siempre estaba junto a la tinaja y, abrazados a ella, y aplicando los labios a una caña hueca que estaba introducida entre el orujo, chupaban y chupaban... Y, chupando... subía el vino... ¡”como una vida mía”...!

Y, todos ellos, mutuamente, se decían, “Estos, si que son pases de pecho, y no los que dan esos maletas como Lagartijo y Frascuelo...”

Y, aunque esto no fuese muy corriente ni peligroso, siempre había alguno que, por haberse arrimado mucho a la churrilla, quedaba tan zarandeado, que ya no sabía ni, siquiera, encontrar la calle en que estaba su casa; y tenía que ser su mujer quien lo había de llevar del brazo y acostarlo como a un chiquillo..., y ya acostado y sin haber pensado en lo que había de hacer al día siguiente, dormía y roncaba “como un santo”... Y, roncando, roncando, brindaba por la salud de las patatas y por la pura sangre de la churrilla...

Además, en aquellos tiempos que debemos llamar felices, no era solo en los grandes temporales del invierno cuando las gentes se reunían, ni tampoco por vínculos de amistad o parentesco. Las gentes, en general, y en cualquiera época del año, estaban más unidas que ahora; el trato era más frecuente entre unos y otros, y las veladas del trastrochar, siempre se alargan más de la cuenta. Y aunque hubiera quien preguntara, ¿Qué hora es ya?, nunca faltaba quien contestara, ¡Aún es temprano y la noche es larga...!

Era evidente que, una vez ya reunidos, no acertaban a separarse.

Y cuando, todos los años, llegaba la matanza del cerdo, allí, no podía faltar nadie de la familia, ni otros varios que no lo eran.

En aquellos felices tiempos, solo existían la mutua estimación, franca nobleza y el trato desinteresado.

Entonces, aún no se conocían estas frías y frecuentes palabrotas ... “esto es mío, y... sálvese el que pueda”.

Nosotros teníamos un tío carnal hermano de mi padre, llamado Manuel Garrido, que vivía en la calle de San Antón. Mi padre y mi tío, a pesar de estar los dos ya casados y con hijos, puede decirse que no tenían el pan partido, pues todo lo de los dos, era de los dos, ya que lo que hubiera en una casa, no faltaba en la otra. La intimidad fraternal era tan sincera y noble, que rayaba en lo ejemplar.

Y, así pasaba que, bien fuera en la casa de nosotros, o bien en la de mi tío Manuel, ya en el verano como en el invierno, siempre estábamos reunidos y enterados de, donde habíamos estado trabajando, y donde estaríamos al día siguiente.

Mi tío, tocaba la guitarra como los propios ángeles, y cantaba con tanto arte y con tan clara y potente voz, que solo por ello, le llamaban de mote “El Gallo”, y cuando se le unía un convecino suyo llamado “El Paborrego”, que tocaba la cítara, a la que, con la uña, arrancaba las más sublimes y armoniosas notas, y a dúo con mi tío, también cantaba haciendo un bajo tan natural y profundo, junto a la lumbre y rodeado de varios amigos, no había nadie que tuviera corazón para abandonar aquella grata y armoniosa orquesta que, ¡quien sabe...! Si pudiera haber competido con aquellas deliciosas sinfonías de Beethoven o de Chopin... Cuando El Gallo y El Paborrego, con su música y sus coplas se entusiasmaban de verdad, a las ocho de la mañana, aún no había dicho nadie que tuviera sueño.

¿Pues, y cuando en una de esas noches apacibles del verano, alumbradas por la plateada luz de la Luna, se les unía el Barbero con su pandereta que, con tanto arte y compás les acompañaba y la percutía y repercutía con los pies, la cabeza, los codos y las rodillas, y, con aquella puntualidad y destreza, hacía más cabriolas en el aire, que una mona entre las ramas de un tilo africano; y hacían aquellas rondallas por las calles con largas paradas en las esquinas, y las gentes, abandonando sus lechos, se les iban uniendo como abejas a la miel...? ¡Que noches aquellas...!

¿Y cuando, todos los años, el día treinta de abril, por la noche, en el atrio de la Iglesia y a la débil luz de tres o cuatro faroles, le cantaban el Mayo a nuestra Patrona la Santísima Virgen del Espino, cuyas bellas estrofas estaban escritas por ellos mismos, en cuya ceremonia les acompañaban varios jóvenes instruidos al efecto, formando un conjunto de variadas voces, pero tan armonioso y sublime, y tanto era el respeto y veneración que, al pueblo, allí reunido, imponía, que todos escuchaban fervorosos aquella religiosa ceremonia, cuyos inspirados cánticos les hechizaba las almas, sin otra solfa ni pentagrama que sus artísticos sentimientos y su propia intuición musical...?

¡Qué hombres aquellos...!

¡Siempre alegres, ocurrentes y campechanos...! ¡Se habían ganado la estimación de todos sus convecinos, alegrando la vida del pueblo con su música y sus cantares...!

Allí, aún no había llegado el cine, el teatro, el casino ni el bar. Ni se conocía el café, el coñac, el champán ni la cerveza.

Las únicas bebidas eran el vino tinto y sano de su propio jaraiz, y el agua pura y cristalina cogida a unos doscientos metros del pueblo, en el nacimiento del Valdemembra, riachuelo que riega la fértil cañada de su nombre.

En El Peral y otros pueblos como éste, en aquellos tiempos, no había alumbrado alguno por las calles, y quien tuviera necesidad de salir por la noche, había de caminar a oscuras, y por ello, las noches de luna, servían de justificada alegría. Tampoco había reloj publico en la torre, ni tres personas que lo llevaran en el bolsillo; para calcular la hora del día, se fijaban en la altura o situación del sol, y por la noche (si era estrellada) se fijaban en el reloj que nos ofrece la Estrella Polar, ya que, entonces, había muchos campesinos que lo entendían bien, y éstos fueron los que, años después me lo enseñaron a mí. Si hoy vivieran ellos, ya les podía yo enseñar ciertos secretos que oculta dicho reloj, y que, ellos, no pudieron llegar a comprender...

Hoy, El Peral, transcurridos los 80 años de la época que nos ocupa, ya no es conocido. El progreso actual ha transformado las costumbres y medios de vida de manera tan radical, que nos sería muy difícil poder describir aquí.

Además, como este cuento que no es cuento, ya, se va pareciendo mucho a aquellos célebres cuentos de Sancho Panza, nos vemos obligados a “recoger velas” y ceñirnos al origen de nuestra narración refiriéndonos al extraordinario suceso que tuvo lugar en aquel mes de enero del año 1876 ya mencionado al principio de este mal pergeñado escrito.

Y, a este efecto, ya quedó dicho, y repetimos aquí, que fue una noche fría y lluviosa de aquel mes de enero, y mis padres se habían ausentado de mi casa, dejándonos, ya acostados, a los tres pequeños hijos.

Cleto y yo, que éramos los dos mayores, estábamos juntos en una cama, y Alejo estaba solo en su cuna, y, ésta, estaba junto a nuestra cama, en el lado de Cleto, en previsión de que él pudiera mecerlo en caso de que se despertara.

Así las cosas; y sin que pudiéramos precisar el tiempo que habíamos estado durmiendo, nos despertó el pequeño, quien sin duda por tener frío o necesidad de mamar, había cogido una barracura de marca mayor.

Cleto, mecía y mecía sin conseguir acallararlo, y cuando ya me decía que estaba cansado de tanto mecer, nos cambiábamos de lado para seguir meciéndolo yo, pero, nada; ni el uno ni el otro, podíamos acallararlo. Había cogido tal ponzoña, que ya no sabíamos que hacer con él ni que resolución tomar.

El pequeño perneaba y se destapaba y cogería frío, y nosotros igual.

Y en nuestro aturdimiento, pensábamos que nuestros padres estarían en casa de nuestro tío Manuel; que allí, estaría también El Paborrego con su cítara, y que habría patatas y algazara..., y nosotros, llorando ya más que el pequeño, nos comían, la pena, el miedo y el frío, y decíamos angustiados..., ¡y Dios sabe cuando vendrán...! ¿Qué hacemos, Virgen del Espino...?

Y pensamos en sacarlo de la cuna y meterlo en la cama con nosotros a ver si los tres juntos y bien tapados, recuperábamos el calor perdido.

Así lo hicimos, pero en el momento que el pequeño notó el cambio de cama, y se vio preso por las ropas y entre nosotros dos, cogió tal barracura, que nos parecía que podría darle algún ataque. Y ya, sin saber a que recurrir, Cleto se tiró al suelo, y, a oscuras, lo cogió en brazos por ver si así callaba, pero, nada.

A mí, al verme solo en la cama, me comía el miedo, y me tiré también, y, juntos, los tres, llorábamos a cual más podía, y, tiritando de frío y muy despacio, guiados por el tacto, dimos con la puerta de la cocina que se hallaba muy próxima a la cama, y ya en la cocina, queríamos encontrar el portal para salir, por la puerta de la calle, e irnos a buscar a nuestros padres...

Y Cleto, decía: ¡Virgen del Espino, llévanos a la puerta...! Mas, en esta angustiada zozobra, nos despistamos de tal manera, tropezando en las sillas y las paredes en aquella tenebrosa oscuridad, que nos parecía estar sumidos en una profunda sima sin fondo ni salida posible...

El pequeño, iba envuelto en sus mantillas, pero nosotros íbamos descalzos y en ropas menores, y el frío era tan intenso, que traspasaba nuestros entumecidos cuerpos, e incesantemente, invocábamos a la Santísima Virgen del Espino... Era ya, la única esperanza que nos quedaba, puesto que conocíamos lo largas que solían ser las tertulias en casa de mi tío, y, el regreso de mis padres, no sería tan pronto como nosotros deseábamos.

El pequeño, a intervalos cortos, dejaba de llorar, y con ello, nos daba la horrible impresión de que sería por hallarse ya desfallecido por el frío, y ante el espanto de estos tetricos pensamientos, quisimos buscar, otra vez, la puerta del dormitorio para meternos de nuevo en la cama y allí, juntos los tres, y abrazados debajo de la ropa, esperar la llegada de nuestros padres aunque mucho tardaran..., pero, ¿quién sería capaz de encontrar, otra vez, la puerta del dormitorio, si ya no teníamos idea de donde nos encontrábamos, y todo estaba ya lleno de sillas y muebles por el suelo, y se nos hacía imposible movernos sin tropezar...?

El frío nos comía, estábamos casi locos; insensibles. Sin cesar invocábamos a la Virgen del Espino... El pequeño ya no lloraba; apenas si respiraba...

Y, nosotros, ya insensibles e inmóviles, tampoco llorábamos...

¡Oh, escena patética y mortificante...!

¡Grupo escultórico, digno modelo del divino cincel de Alonso Cano...!

Y, en aquella angustiosa transición a nuestra horrible tragedia, y rodeados de aquella tenebrosa oscuridad, mi hermano Cleto, con voz entrecortada por la pena y el frío, pero con toda la fe de su alma candorosa y cristiana dijo:

¡Virgen Santísima del Espino!

¿Es que no nos quieres abrir...?

Y acto seguido, dije yo; ¡Cleto!, ¡la luz...! Y Cleto, también dijo; ¡Juan Diego!, ¡la luz...!

¡Y entonces vimos que estábamos en la cocina... y llorábamos de gozo ante aquella luz que iluminó nuestra salida...!

Eran las dos puertas que había para salir al corral, las que estaban semiabiertas; la primera estaba entre la cocina y un amplio portalejo, y la segunda, entre este portalejo y el corral, y las dos puertas estaban en línea recta con el punto en que nosotros estábamos en la cocina. Y es muy lógico, que si, estos tres puntos, no hubieran estado en línea recta, no nos hubiera sido posible el ver la luz en el corral. Tampoco nos hubiera sido posible verla, si una de ambas puertas, hubiera estado cerrada.

¿Quién abrió las puertas...?

Y quiero hacer constar aquí, que aquellas palabras de invocación a la Virgen, que mi Cleto dirigió, en la gravedad de nuestra tribulación, también las tenía yo en la punta de la lengua para haberlas pronunciado igual; sin duda, que, los dos, estábamos poseídos del mismo pensamiento... Y aquella luz, para nosotros, fue la Estrella de Belén..., el bálsamo que, seguramente, nos dio la vida.

Y reanimados por aquella feliz y maravillosa luz, salimos por ambas puertas al corral, y, desde el corral, por el postigo, a la calle que, aunque encharcada y resbaladiza por el barro, nos parecía que nos llevaban en volandas hasta llegar a la casa de mi tío Manuel, y allí estaban nuestros padres y demás contertulios, que quedaron asombrados al vernos entrar desnudos y llenos de barro...

Y cuando ya pasado el sobresalto de todos los presentes y nosotros al grato calor de aquella buena lumbre, y acogidos amorosamente en el dulce regazo de nuestros padres, recuperamos el sosiego y el calor de nuestros entumecidos cuerpos, mi hermano Cleto, a preguntas de alguno de los circunstantes, contestó. Que durante el largo tiempo en el que habíamos pasado mucho miedo y mucho frío, y que viéndonos ya en la imposibilidad de salir de aquella tenebrosa oscuridad, había pedido auxilio a la Virgen del Espino, y que acto seguido y sin habernos movido del sitio en que estábamos, vimos que las dos puertas que daban la salida al corral, estaban abiertas, y, por ellas, entraba la luz que iluminó nuestra salida, cosa que, antes, a pesar de las vueltas que habíamos dado por la casa, no la habíamos visto, y que, por lo raro del caso, y en ocasión tan propicia, él, creía que fue un milagro que hizo la Virgen para sacarnos de aquella horrible tribulación.

Pero, ante aquella rotunda afirmación de mi hermano, alguien de los presentes replicó: Que, en aquel suceso, no veía otro milagro que, el de que, mis padres, al marcharse de la casa, sin duda alguna se habían olvidado de cerrar dichas puertas y que, por ello, estaban abiertas, y que más pronto o más tarde, así las habíamos de haber visto nosotros...

Mis padres eran verdaderos católicos y cristianos y no necesitaban hacer conjeturas sobre el particular, ante el enorme nudo que ahogaba sus gargantas por el grave peligro en que nos vimos, no dieron oídos a la necesidad de aquel materialista, y, arrojándonos convenientemente para salir a la calle, nos fuimos a nuestra casa.

Y, ya en ella, y a la débil luz del candil, pudimos apreciar aquel cuadro de desorden y confusión en donde tanto habíamos luchado por encontrar la luz, y que, por fin y de manera tan prodigiosa, nos concedió la Santísima Virgen del Espino...

Después, en el curso de nuestra vida, hemos recordado, muchas veces aquel milagroso episodio, del cual, pudiendo haber pasado mucho, no hubo nada que lamentar; mi padre, siempre, lo ha interpretado como una feliz advertencia para todos nosotros; para ellos, porque, ya, no nos volvieron a dejar solos, y para nosotros, para que, por nuestros propios ojos, viéramos que la

Santísima Virgen, Madre de Dios y de todos los hombres, y bajo cualquiera de las muchas advocaciones con que la nombra la Religión Cristiana, es, y será siempre, nuestra divina protectora en todas nuestras tribulaciones en este valle de lágrimas.

Advertencia

Con nuestros ojos, lo vemos todo, pero si estos no tienen el auxilio de la luz natural o artificial, entonces, ya no vemos nada, y siguiendo así, nunca podríamos admirar la belleza del mundo que nos rodea...

Igualmente, a nuestra alma, capacitada también para verlo todo, si le falta el divino auxilio de la luz de la fe cristiana, nunca podrá admirar la ayuda, el amparo, la vida, o, quizá, la salvación eterna que, a veces y de manera tan propicia, encontramos en el milagro...

Fin de este cuento

Sucedido en El Peral, en enero del año 1876.

CUENTO

¿QUIÉN MATO LA LIEBRE?

Un cuento que no es cuento

Corría el mes de octubre del año mil novecientos treinta, y yo, tenía mis cincuenta y nueve ya cumplidos, y, como siempre, en el Campillo, había empezado ya la recolección del azafrán, pero, por la escasez de las lluvias, la rosa, venía muy despacio, y aún no habíamos traído, ninguna mañana, para todo el día.

El tiempo continuaba caluroso y tranquilo como en el mes de Septiembre, pero ya iba avanzando octubre, y, a las dos de la tarde, habíamos terminado de limpiar el azafrán.

Miré el almanaque Zaragozano, y vi que, aquel día, entraba el cuarto creciente de la Luna. Poca luz me ofrecía por estar solamente iluminado la mitad de su disco, pero yo, con la vista de lince que entonces tenía, y, en un sitio limpio y llano a la vez, aún me atrevía yo a matar una liebre.

Y como aquella tarde ya no tenía ocupación ninguna, al corto rato, cogí el tapabocas y la escopeta, y salí por el camino del Castillejo, con rumbo a la derruida Corraliza de Capullo que, en tiempos ya pasados, había sido albergue de ganados y pastores, y se halla en la margen izquierda de la Hoz, frente al Peñón de Cautivo.

Cuando llegué a la citada Corraliza, aún quedaba una media hora de sol, en cuyo tiempo me dediqué a inspeccionar el sitio y sus contornos.

Junto a un muro que fue pared, había un puesto de espera de liebres, formado de piedras, ya viejo y medio hundido, y, en su fondo, había una piedra grande que, sin duda, sirvió de asiento al esperero. Delante del puesto, se extendía una pequeña planicie, de unos cuarenta metros de diámetro, y en forma de círculo, plana y limpia como una era de trillar la mies, y, en su centro, había una pequeña piedra, y alrededor de ella, varias cagarrutas de liebre, nuevas algunas, y viejas las más. A la derecha de esta dicha planicie, y diseminadas en una gran extensión, había varias piedras de diferentes tamaños que, sin duda, habían pertenecido a la fábrica de la Corraliza. Por la izquierda y a una distancia de doce a quince metros, terminaba la planicie y continuaba la senda que conduce a la Hoz, internándose por un pequeño altozano cubierto de monte bajo compuesto de matojos, sabinas y romeros que se proyectaban sobre el inmaculado azul de los cielos...

Terminada mi detenida inspección y cuando ya, la Tierra, había totalmente, cubierto el Sol, y en el silencio apacible de aquella tarde otoñal, me metí en el puesto que quedó arreglado a mi satisfacción; hice varios dobleces al tapabocas y lo coloqué sobre la piedra que me serviría de asiento, y, ya sentado, cargué los dos cañones de la escopeta, levanté los gatillos, y la puse sobre las planas piedras del puesto, quedando, aquella, horizontal y con la puntería dirigida a la piedra del centro de la planicie, o sea, de mi campo de operaciones...

El tiempo, transcurría lento, y transcurriendo, se había ya, extinguido la luz del crepúsculo; yo, vigilaba como un lince, pero como no veía liebre alguna, no tenía la mano puesta en la garganta de la escopeta; ya la cogería cuando viera venir la liebre...

Y así, pasaba un cuarto de hora; y así, otro..., confiado en mi destreza para poder matarla donde yo quisiera...

Y..., en esta confianza, y sin haberla visto venir, súbitamente, y como una visión, pero bien definida y clara, tenía la liebre sentada de bolo junto a la piedra del fondo de la planicie; me había sorprendido desarmado... Pero yo, que sin necesidad de hacer movimiento, podía empuñar el arma, le dispararía un escopetazo y, asunto concluido, decía yo... Pero ¡Ah fatalidad...! Cuando ya, cogida la escopeta, quise apuntarle, la liebre había desaparecido; ya no estaba allí, y como cuando vino, ni siquiera la vi marcharse.

No obstante, y a pesar del gran contratiempo, yo seguía esperando tranquilo y confiado en que la liebre volvería a la piedra y entonces, no le daría tiempo para que me hiciera otra jugarreta, y, con ella, seguramente, haríamos los gazpachos al siguiente día; todo era cuestión de esperar un rato más..., pero mi disgusto, me roía, me roía y me atenazaba...

Seguía el tiempo transcurriendo, y la Luna, me enviaba, ya, una luz rojiza, débil y confusa; había bajado mucho; no obstante, mi campo, por su planicie y limpieza, aún me ofrecía la posibilidad de matar la liebre en caso de que volviera, y esto, me hacía resistir y seguir esperando..., esperando; pues, aún cuando no se trataba de un negocio de miles duros, era, para mí, una cuestión de amor propio; me daba vergüenza de mí mismo; no se lo podría contar a nadie, ni aún a mi familia..., ¡qué horror! Haber venido a matar una liebre; haberla tenido delante de la escopeta y como colgada del brazo y tener que irme sin ella, a mi casa, ¡qué horror! Esto no le pasa a nadie más que a mí...

La Luna bajaba y la oscuridad sobre la Tierra se iba acentuando más y más en todos mis contornos.

La impaciencia se había apoderado ya de mis nervios... Era ya hora de estar en mi casa... Yo no cabía ya en el puesto, y el cartucho que pude disparar a la liebre, ya me estorbaba en el cañón; tenía forzosamente, que dispararlo a lo que fuese; a una sabina, a un romero, a una piedra, a una estrella, o a la nada de la oscuridad... A veces apuntaba a nada, con propósito de disparar pero no disparaba..., aún podía venir la liebre a la planicie, pero, nada..., no venía... ¡Y tenía que soltar el tiro...! ¡Y los nervios me zarandeaban a su capricho...! ¡Hasta me producían fuertes escalofríos!

Y ya, en vista de que la Luna, dentro de corto tiempo se ocultaría por detrás del Cerro de los Calderones, el cual se halla en la margen derecha de La Hoz, frenéticamente agarrado a la garganta de la escopeta, sin consciencia de lo que hacía ni rumbo de puntería, puesto que nada veía..., ¡disparé aquel cartucho que tanto me estorbaba en la escopeta...! Sí; disparé el tiro, y seguí sentado como un imbécil, y dije... ¡Sea lo que Dios quiera! ¡Ya he disparado! Y ahora, a mi casa, sin la liebre... Esto, a nadie le ha pasado; solo a mí... ¡Sea lo que dios quiera! ¡Tengamos paciencia!

La verdad es que, esta noche, estoy tonto; varias liebres se me han ido sin poder tirarles, pero nunca me ha cogido la terca manía de tener que disparar el cartucho aquel que pudiera haberles tirado. Y, esta noche, me ha cogido la idiotez de dispararlo, y creo que, si no lo disparo, ¿quién sabe?, lo que me hubiera pasado; y seguí diciendo: ¡Y, ahora, a mi casa, sin la liebre, y..., sin el cartucho...!

Y me puse de pie, con el tapabocas y la escopeta al hombro; y salí del puesto decidido a coger la senda para mi casa. Pero, ya fuera del puesto, giré la vista a la piedra de la planicie, e inducido por la curiosidad, quise saber la distancia que había desde el puesto al sitio en que estuvo la liebre, y vi que resultaron unos treinta pasos, que son la distancia a que, cualquier escopeta, mata una liebre... Y esto me faltaba para recriminarme yo mismo, por mi idiotez de que la liebre me cogiera desprevenido cuando llegó a la piedra. Y, allí, junto a la piedra y de pie como una estatua, pensaba yo, que, aquella liebre estaría ya en los bancales de la Hoz recortando la grama de los barbechos..., cuando, muy bien, ya podía estar colgada de las patas en un clavo de mi cocina... ¡Qué fatalidad! ¡Sea lo que Dios quiera!

Y, entonces, para ver si podía o no, llegar a mi casa con la luz de la Luna volvía la cabeza para mirarla, y mi vista, se extendió también, por entre aquellas varias piedras que había diseminadas por el suelo, y vi que, entre ellas, se destacaba un punto blanco, que yo supuse que sería un trozo de yeso duro, lavado por las lluvias y que habría pertenecido a la obra de la Corraliza; pero, me dije: ¿Por qué ahora, con tan poca luz lo veo, y no le he visto esta tarde con el Sol?

Y picado también por la curiosidad, y muy ajeno de lo que realmente pudiera ser, me dirigí a donde estaba, y según me iba acercando, así iba aumentando su blancura y, al llegar, vi, que..., ¡era la liebre...! Sí; la liebre que estaba patas arriba de cuya postura me mostraba la blancura de su panza... Sí; la liebre, que yo, tan estúpidamente había matado sin luz, sin puntería y a una distancia de sesenta pasos largos, desde el puesto... ¿Qué había pasado allí? Y repetía: ¡Dios mío! ¿Qué ha pasado aquí?

Y, como el tiempo apremiaba, cogí la liebre cuyo cuerpo y nervios aún estaban calientes y palpitantes, y elevándola cuanto pude, y poseído de profunda emoción, exclamé: ¡Dios mío! ¡Sí, me llevo la liebre...!

No se trataba de un negocio de miles duros, pero, ¿quién sabe?, quizá aquel misterioso suceso haya sido, para mí, más valioso que todos lo duros del mundo...

Y sin detenerme más, cogí la senda, rumbo a mi casa; y según caminaba repetía yo; ¡Señor! ¡Y me llevo la liebre! ¿Qué habrá pasado allí? Porque, según yo tiré el tiro “por tirarlo”, había millones de probabilidades para no matar la liebre, mientras que para matarla, solo había una..., y..., yo, la maté... ¿Fue una “casualidad”?

Pero habían sido varias las “casualidades” que yo presencié aquella noche en la derruida Corraliza de Capullo.

Y, caminando, caminando, me decía; ¿Por qué, la fatalidad de sorprenderme la liebre sin tener la mano puesta en la escopeta para haberle disparado al verla? Esto no me era habitual, puesto que, al sentarme, siempre estaba preparado, y nunca me sorprendía.

¿Por qué, me cogió aquella irresistible y pertinaz idea de tener que disparar el tiro a cualquier cosa; a una sabina, una piedra, a la Luna, o a la misma oscuridad, puesto que aquel cartucho que pude disparar a la liebre, ya no me era posible retenerlo en el cañón?, cosa, también, que, nunca, me había sucedido en casos análogos...

¿Por qué, yo, que al salir del puesto, ya tenía el firme propósito de salir a la senda para llegar lo más pronto posible a mi casa, y que en vez de hacerlo así, decidí contar los pasos que había desde el puesto a la piedra en que estuvo la liebre? Esto también fue raro, porque yo no quería quedarme a oscuras en el camino.

¿Por qué, estando yo junto a la piedra de la planicie, volví la cabeza para ver la altura que quedaba a la Luna, y, a la vez, vi también aquel punto que, por su blancura, creí que solamente podía ser un trozo de yeso lavado por las lluvias, y que realmente, es la liebre que colgaré en un clavo de mi cocina?

Y caminaba deprisa, ayudado por la agonizante luz de la Luna, y caminando, pensaba yo.. Que si la liebre, ya muerta, no hubiera estado con la panza y las patas hacia arriba, no me hubiera sido posible el verla a treinta pasos de distancia y con tan escasa luz, y allí, aunque muerta, se hubiera quedado. De modo que, si prodigioso fue el matarla, no fue menos el quedarse panza arriba.

Caminaba, caminaba, y cuando ya, bajando la pendiente cuesta del camino del Castillejo, vi, como la Tierra, entre sus monstruosas fauces, y poco a poco, se iba chupando la débil chispita que, aún, fulguraba entre la Luna, a semejanza de una diminuta colilla de cigarro que el empedernido fumador, mascujea y apura entre sus labios; y yo, gozoso por mi triunfo y con mi liebre, atravesé la vega, casi a oscuras.

Y cuando ya, mi caminata tocó a su fin porque ya estaba en la Plaza Vieja, mi Piedad, al verme abrir la puerta y conocer mis pasos según subía yo las escaleras, la oía yo decir; ¡vaya unas horas de venir! No habrá que preguntar; siempre que vienes tarde, mal se dio el asunto; ¡venir tarde y..., sin caza!

Pero cuando me vio entrar en la cocina con la liebre en la mano, ya se repuso y cambió el disco.

Estaba sola junto a la lumbre y terminaba de tostar el azafrán.

A ver, a ver que liebre, me dijo; y la cogió en sus manos. Aseguró que era grande, que estaba gorda y que, con ella, haríamos unos buenos gazpachos.

Me dio la liebre y yo, la colgué de las patas en el techo, como el héroe que ostenta preciado su trofeo.

Pero como ella no se explicaba eso de venir tarde y con la liebre, tuve que hacerle un breve relato de los incidentes que yo presencié aquella noche; y, hasta tuve que hacerle ver, que, yo, no fui quien la mató.

A lo cual y muy resueltamente, me replicó; ¿Estás tonto, o pretendes que yo lo esté? Pues si tú la has visto, le has disparado, la has matado y tú la traes, ¿quién, sino tú, ha matado la liebre?

No corras; no corras, dije yo; que no está eso tan claro como tú lo ves. Ya te he dicho antes que yo solté el tiro “al azar”. Que, cuando lo solté, no apunté a nada, porque no veía punto a que apuntar, de no haber sido a la Luna, o a una piedra, y que, luego, por indicios que no tienen fácil comprensión, llegué a un sitio en que la liebre, “estaba muerta”, a consecuencia del tiro que yo tiré; ¿quién mató la liebre?

Y mi pobre mujer, ya confusa ante mis rotundas afirmaciones, tuvo, también, la ocurrencia de contestarme.

Muy bien, hombre; muy bien; y ahora, soy yo la que espero que tú me resuelvas esa misma pregunta ¿Quién mató la liebre?

Y entonces, le dije: Esta liebre, no la he podido matar yo, porque cuando disparé el tiro, llevaba, ya cerca de hora y media sin verla, y el tiro, solo lo tiré “por tirarlo”, sin rumbo ni puntería y obligado por una imperiosa necesidad que no me fue posible rechazar.

De modo que, debes comprender que si me la he traído, es porque Dios ha hecho el milagro de que yo me la pueda traer. Dios, que todo lo puede y sabe hacerlo para que el hombre lo pueda comprender y aprovechar...

Y, fijate bien; quiero que sepas, que, esta noche, y con muy poca Luna, he visto yo mucho, porque a más de treinta pasos de distancia, he visto yo la liebre muerta, y cuando la cogí del suelo, si no lloro, reviento por el gozo que inundaba todo mi ser...

Y, ella, con sus ojos fijos en los míos, dijo; Y ahora también estás llorando...

Claro que lloro, dije yo. ¿No he de llorar? Si desde que, al poco tiempo de sentarme, y solo por tres o cuatro segundos, vi la liebre y se marchó sin tirarle, creía yo que estaría rozando la grama en los barbechos de la Hoz, y ahora la veo colgada en el techo de nuestra cocina?

¿Quién ha matado la liebre sino Dios? Dios que pudo y quiso hacer el milagro; así como también pueden hacerlo la Santísima Virgen María y los Santos y Santas que hayan sido predestinados por Dios para poder hacer milagros...

Y, mi Piedad, gozosa como yo, también lloraba y, los dos, llorando, bendecíamos a Dios...

¡Y, entonces, nuestras “elocuentes” lágrimas, suspendieron nuestro sincero y apacible diálogo...!

¡Y, es que, siempre, enmudece la lengua cuando llora el alma...!

Advertencia

De esta clase de cuentos que no son cuentos, y que acabo de escribir en este libro, aún pudiera yo seguir relatando varios otros más. Y no vayamos a pensar que, porque los dejo en el tintero, es que tengan menos enjundia, no; pero como yo he llegado, ya, a no poder escribir nada, no me considero obligado a escribirlos todos, y, además ¿Quién de todos los que hemos venido a este mundo, no habrá presenciado, personalmente y ante sus propios ojos, sucesos o casos análogos a los que yo he referido? ¿Quién, teniendo cuerpo y alma, podrá negar que, habiéndose visto en extremadas tribulaciones, y recurrido con fe cristiana al divino auxilio de la Divina Providencia, no haya sido escuchado, dos, cuatro, seis, diez, veinte, o más veces en su vida, y muchas, atendido con gracias o favores muy superiores a nuestros merecimientos?

Pero, queridos lectores; ya advertimos antes, y repetimos aquí, que, para ver claro, nos es indispensable la luz; sí, la luz divina de la fe cristiana.

Sin esta luz, nos es muy fácil confundir un milagro de la Providencia, con un “acaso”, o sea, con una “casualidad”, apoyando, en ésta, el origen de todos los acontecimientos, y negando aquel como asunto misterioso e incomprensible, y por tanto, irrealizable y absurdo...

Pero, ¿qué o quién es la casualidad? La casualidad no es un “ente” consciente, ni dotado de saber y poder; voluntad ni amor para acudir allí donde pueda ser necesitada. Ni creemos que sea prudente, en el caso de inminente riesgo, sentarse tranquilo y esperar que ella venga en nuestro auxilio, al mes, al año o los 10 años...

La casualidad, por sí misma, no existe; solo se presenta como complemento del milagro, y en el acto en que éste se realiza; es como la estampilla o el sello con que el creador del milagro lo rubrica... Y esta rúbrica, solo la podemos leer y comprender auxiliados por dicha luz. El casualista, todo lo mira bajo el aspecto de la “casualidad”...

Todas las asombrosas maravillas de la creación, e igualmente la existencia del hombre sobre la Tierra, son, para el casualista, otras tantas casualidades...

Pero, ¡ay!; cuando este pobre hombre, se halla arrastrado por la impetuosa corriente de un río, entre las voraces llamas de la incendiada casa en que habita; o ante el lecho en que agoniza su esposa y madre de sus pequeños hijos..., entonces..., solo se dirige a Dios, como único ser, Todopoderoso, que puede salvarle instantáneamente...

¡Grande, muy grande, ha de ser el milagro de la creación del hombre, pero no ha de ser menos grande, el de proveer a la defensa y necesidades de la existencia de este hombre...! ¡Y solo Dios, es quien puede hacer estos milagros!

Fin de este cuento

Sucedido en Campillo de Altobuey, en octubre del año 1930.



PLEGARIA
“A N^a S^a LA SANTISIMA VIRGEN DE LA MERCED
DEFENSORA DE LOS ENCARCELADOS”
escrita
por
Un anciano Recluso

¡Virgen de la Merced...!
dulce consuelo,
y refugio que ampara las almas buenas,
que expían sus errores entre cadenas
y lloran en silencio
su desconsuelo.

¡Vuelve, “Máter Amábilis”!
tus dulces ojos
a este infeliz recluso que en Ti confía,
y a Ti se debe todo desde aquel día
que cayó bajo el peso
de estos cerrojos.

Desde mi hogar lejano,
triste y sombrío,
fervorosas plegarias suben al Cielo,
la libertad, pidiendo, para “el abuelo”,
que, ya, septuagenario,
lo acecha el frío.

Allí rezan, llorando
con honda pena,
esperando..., esperando, siempre, el regreso,
desde aquella mañana que salí preso,
para cumplir el tiempo
de mi condena...

“Spécculum Yustitiae”,
falla mi juicio,
Tú sabes que no fueron tantos mis yerros;
rompe, “Regina Mártirum”, los duros hierros
que amarrado me tienen
a este suplicio...

Y, de esta cárcel oscura,
las puertas abre,
y sácame amparado bajo tu manto;
¡de Ti lo espero todo!; ¡me amas tanto...
que, por tu amor, espero
ser libre, Madre...!
Amén

Y, así escrito, este corto y sentido poema, fue para aquel anciano recluso, el sosiego de su alma atribulada. La firme esperanza de alcanzar su libertad. El ansiado puerto de su salvación, y el camino corto y seguro para regresar a su dulce hogar...

Le atormentaba el miedo a que, un simple catarro, le arrebatara su frágil existencia sin haber podido volver a abrazar a los suyos, y, por ello, estaba sediento de libertad... Y, en aquellas sentidas estrofas, había puesto su alma dolorida..., y en ellas, hablaba a la Santísima Virgen de la Merced... Y como se consideraba inocente porque, nunca había hecho daño a nadie, se creía digno de ser amparado por su Divina Defensora...

¡Cuán dura, amarga y terrible es la cárcel, si, quien la sufre, no ha cometido delito alguno que la justifique...!

Y en sus largas horas de profunda tristeza, aquel infeliz recluso, recitaba y repetía su plegaria, y, extasiado, la consideraba como trazada por la seráfica pluma de San Juan de la Cruz... Y, esta breve leyenda, siempre, dejaba en su alma, el célico bálsamo de la Divina Esperanza.

Y aquel desvalido anciano que solo sabía amar y perdonar a su prójimo, no podía soportar aquella mísera vida de odio y maldición que le rodeaba...; y los días y los meses transcurrían, transcurrían, pero su esperanza, fortalecida por su cotidiana leyenda, no desfallecía. Sabía que no era culpable, y confiaba en su Divina Defensora, como confían, siempre, aquellos bienaventurados que tienen hambre y sed de justicia...

Y, a solas, en su propia soledad, se avergonzaba de sí mismo...; ¡él, en la cárcel!; él, que solo sabía amar y perdonar; él, que no había hecho daño a nadie, y que, con sus sinceros consejos, su vida ejemplar y sin mirar a quien, había repartido todo el bien que le fue posible repartir...

A veces, sentado sobre su enrollado camastro, pensando en la horrible tragedia que le atenazaba, y queriendo encontrar algún lenitivo a sus penas, recordaba la trágica historia de tantos y tantos hombres célebres que, habiendo legado a la humanidad sus beneficiosos descubrimientos en las ciencias, las artes, las armas y las letras, habían, también, pasado por la estrecha y tenebrosa celda de una cárcel, en donde “toda incomodidad tiene su asiento”. Tales, fueron Colón, Cervantes, Fray Luis de León, Napoleón, Francisco I de Francia, y tantísimos otros más, ante cuyos genios..., ¡era tan pequeño...!

Y sin serle posible rechazar aquellos sombríos pensamientos, recordaba su muelle y cálido lecho en el que, al acostarse, ya tenía el “burro” puesto con su braserito en el fondo, con el cual, y la estufa por el día, no se daba cuenta de la estación invernal.

Había principiado agosto y, precisamente, era el día en que la Iglesia celebra la festividad de N^a S^a la Virgen de las Nieves, y, esto, le recordó que el invierno siguiente, se le acercaba a pasos de gigante, y sabía que ya, desde octubre en adelante, le corría el riesgo de que, un leve catarro derrumbara su endeble existencia...

¡Virgen Santísima...!, exclamó el infeliz recluso, y, ensimismado, recitaba su plegaria... Y, en esta cristiana y emocionante actitud, le sorprendió la sonora y clara voz de un carcelero que, pronunciando su nombre y sus dos apellidos, se dirigía hacia él, anunciándole que estaba indultado, y, que, inmediatamente, había de salir de la cárcel...

Y, presa de inefable alegría y derramando abundantes lágrimas de gratitud, vio que, por la gracia de la Santísima Madre de Dios y de los hombres, Reina del Cielo y de la Tierra, y defensora de los encarcelados, se había hecho el milagro que le concedió el indulto de libertad condicional, diez años y un mes, antes de haber cumplido su condena, en virtud de un compasivo y justiciero decreto gubernativo.

Y con la prontitud que le fue posible, a la hora en que anochecía y provisto del oportuno salvoconducto, salió de la cárcel...

Le entristecía su extrema debilidad para transportar el escaso peso de su petate, como también el poder encontrar donde hospedarse aquella noche; ni siquiera tenía idea de en donde se encontraba. El crepúsculo se extinguía, y las sombras le rodeaban..., le oprimían.

Y, cuando, así, parado junto al petate y sin atreverse a elegir un rumbo determinado, vio que, dos mujeres, sin duda, noticiosas de su indulto y con ánimo de socorrerle, se le acercaban para acompañarle hasta su alojamiento. Una le cogió el petate y se lo acomodó en su cadera; la otra

cogió del brazo al anciano para conducirlo por el camino más llano y, con paso medurado, penetraron en el poblado.

El liberado anciano seguía llorando, y ellas, compenetradas en sus emocionantes lágrimas de alegría y gratitud, también lloraban y le oían decir...!”Aleluya... Aleluya! ¡Gloria a Dios en las Alturas, y paz en la Tierra, a los hombres de buena voluntad...”!, hasta llegar al hospedaje en que pasaría aquella memorable noche, en donde ya, lo dejaron, confiado a una cristiana familia.

Sí. Y, allí, pasó aquella feliz noche, aún cuando no le fue posible conciliar el sueño.

Tales eran las emociones que le embargaban al recitar su plegaria, que extasiado, se sentía hablando con su Madre Celestial... ¡El, en libertad!; ¡él, en libertad...! ¿Cómo había de dormir? Estaba sediento de contemplar la aurora del siguiente día, la inmensa anchura de los Cielos, en una noche, tachonada de parpadeantes estrellas y luceros; de aspirar el oxígeno puro, saturado de aromas del campo, de sielva y tomillo... Sí. Tenía sed de reivindicar su estimación popular; de volver a vivir, porque, viviendo, ya podía morir rodeado de los suyos.

¿Cómo había de dormir? Si a su mente acudían tantos y tan gratos recuerdos, y su alma estaba embriagada de las más puras emociones místicas, y le parecía presenciar aquella sublime escena del Calvario, cuando el Dios-Hombre, pendiente de la cruz, cárdenos y trémulos sus divinos labios por el terrible estertor de su agonía..., de aquella su última agonía con que había de redimir al género humano... ¡Tengo sed...!, dijo. Sí. Jesucristo estaba abrasado de amor, y tenía sed de almas para el Cielo, y de Paz en la Tierra, para todos los hombres... Y, mirando a su Madre Dolorosa, le dice; ¡Madre! He ahí a tu hijo... Y a Juan: He ahí a tu Madre...

Y, aquellos ecos, aquellos efectos y aquellas promesas que encarnaban aquellas palabras divinas dichas por Dios en la Cruz, no se extinguirán nunca..., ¡nunca...!

Y, aquel liberado anciano, aún cuando no pudo conciliar el sueño, pasó la noche más feliz de toda su vida... ¡Estaba en libertad, y era más feliz y más cristiano...!

Fin de la Plegaria

“En un lugar de La Mancha”..., a cinco de agosto de mil novecientos cuarenta y dos.

Anónimo.

TERMINACION DE MI LIBRO

Cuando, en el año mil novecientos dieciseis, al fallecimiento de mi querida hija María (q.e.p.d.) concebí la idea de escribir mi poema Lágrimas Paternales, ya tenía yo mis cuarenta y cinco años cumplidos y, a pesar de ser un asiduo devoto de la lectura del verso, aún no había escrito ni siquiera una mala quintilla.

Y, ¿cómo, entonces, pudiera yo haber pensado que, ahora, a mis ochenta y dos años de edad, había de escribir un libro? Pero con mi consiguiente y justificado asombro, este libro, ya está tocando a su fin, y, aunque soy el primero en reconocer que carece de reglas de gramática y literatura y, por consiguiente, de valor comercial, la alegría de haberlo escrito, no me cabe en el pecho ¿Qué importa eso? Mi Libro, no está escrito con fines económicos, y, por ello, a mí, me basta con que solo tenga como valor intrínseco, el estar escrito en castellano, y el equivalente al de una pastillita de buen jabón; de ese buen jabón que todo lo lava, lo limpia, lo purifica y que..., ayuda a vivir mejor...

Mi Libro, ha nacido, espontáneamente, como nace el trigo en la tierra regada por la lluvia; como brotan las flores y maduran los succulentos frutos sazonados por el Sol y la savia de los árboles; como nacen las borboteantes y cristalinas fuentes en las abruptas laderas de las montañas... Este libro, es puramente infantil, ingenuo y rústico como yo, y esto, es lo que os doy a leer, por si en ello podéis encontrar algo de vuestro agrado, ya que, se dice, que “no hay libro malo que no tenga algo bueno”.

Respecto a las seis figuras astronómicas que se hallan dibujadas y explicadas en las páginas correspondientes de Mi Libro, quiero que sepais, que son tan mías como el libro mismo. Muchos años he vivido creyendo que las estrellas y constelaciones que rodean a la Polar, tenían, (como así parece ser), un movimiento circular a su alrededor, pero, ¡por fin!, en estos últimos años, he adquirido, por mis propias deducciones, la plena convicción de que, todas ellas, están fijas como la Polar.

He mirado mucho a la Tierra, pero también he mirado mucho al Cielo; he sido un entusiasmado, un obstinado, un enamorado de la divina y majestuosa creación del Universo...

¡La fe, la lógica y la luz, son el más fiel lazarillo para llevarnos, “de la mano”, por los laberínticos senderos del misterio!

Grande sería mi satisfacción si yo viera que la ciencia astronómica se ocupara en la censura de mis afirmaciones.

Y, con esto, mis queridos lectores, y para que no se me quede en el tintero, os digo que, casi todos los borradores originales y relativos a la confección de Mi Libro, los he venido escribiendo en el campo, alternando con las faenas del cultivo de la tierra, bien en el verano, cuando comía o descansaba en la apacible sombra de un olivo, o bien en el invierno, al soleado y grato abrigo de un ribazo o de un matojo, y sin otras enseñanzas que las de la Naturaleza... ¡Ese inmenso, sapientísimo y siempre abierto libro escrito por Dios, a fin de que, el hombre, pueda leer en él las saludables máximas de su destino, tan necesarias para la educación de su vida corporal y espiritual...!

Y bien podéis creer que siento mucho el tener que hacer punto final, pero a pesar de ello, tengo que dar fin a Mi Libro, por varias razones, y la más principal, es que se me han extraviado y no encuentro, varias cosillas más que tenía escritas, tales eran algunos otros sonetos, fábulas y cuentos que ya no me es posible recordar ni reconstruir, porque, las musas, no se avienen a prestar su divina inspiración a las inteligencias pobres y ya consumidas..

Comprendo que, en él, encontraréis cierto estímulo por eso de ser mío, porque los libros nos interesan más cuando su autor nos es conocido, paisano, amigo o pariente, y mucho más cuando se trata de un ascendiente nuestro ¡Con cuanto gusto y admiración leería yo cualquier libro o documento escrito por mi padre o cualquiera de mis abuelos (q.e.p.d.) todos! Ha de ser una simple carta de nuestros fallecidos hallada entre nuestros papeles, la cual, aunque carezca de importancia, la leemos y releemos con veneración; admiramos su letra, su fecha, su firma, su redacción; y muy importante ha de ser una falta en ella para que la notemos. Y por último, después de recogerla con sincero cariño, la guardamos como se guarda una reliquia, para leerla

muchas veces más, y nos parece que en aquello que hemos leído, encontramos el fiel reflejo del alma de quien lo escribió.

Igual nos pasa con un retrato, y por eso, ya dije antes que todos debíamos dejar a nuestros descendientes, no solo el retrato de nuestro cuerpo, sino también el de nuestra alma, ya que esto equivale a alargar la vida de quien se retrata o escribe, si no para los extraños, por lo menos, para los familiares.

Ya comprenderéis, también, que mi edad, no es oportuna para escribir; no obstante y a pesar de los muchos inconvenientes que he tenido que vencer, Dios, me ha concedido el poder llegar hasta aquí, por lo que, como siempre, le quedo, reverentemente, agradecido, ya que con ello, he dado satisfacción a mi espíritu, y a vosotros os dejo este paternal recuerdo que, como esencia vital de mi propio ser, confío en que habéis de saber leerlo y conservar, bien sea haciendo una corta edición impresa para repartir algunos ejemplares entre la familia y amigos, o bien para sacar copias que os sean preciosas entre vosotros.

Y, quiero que sepáis que, aunque vosotros empleéis media hora en la lectura de cada una de sus páginas, aún me ha costado a mí, mucho más tiempo el escribirlas... Ya dijo Cervantes, que, “no es poco trabajo el escribir un libro”, y yo creo, que el Glorioso Manco, supo lo que decía.

Y, también os digo, que no sería pequeño vuestro pesar si, por negligencia o por insensata indiferencia, Mi Libro, lo dejarais abandonado en el más lóbrego rincón para que allí sirviera de juguete y pasto a los voraces roedores...

Y bien podéis estar seguros de que en esta encarecida advertencia que acabo de haceros, no me guía el propio egoísmo, ya que, en esto como en todo, más que por mí, me he interesado siempre por vosotros, y “quiero que sepáis”, que, al hombre que estime en algo su dignidad de hombre, le es mil veces más grato el dar cumplimiento a su deber, que el hacer valer sus más sagrados derechos...

Leed Mi Libro, ya que, por ser mío, tenéis el sagrado deber de leerlo, y Dios quiera que su lectura os sea tan provechosa, como buena, para vosotros, ha sido mi intención al escribirlo.

Sí. Leedlo, puesto que todos tenemos tiempo sobrado para todo, y que, a la vez, espero que me dispenséis este imperativo, confiado en que, su lectura, en nada ha de perjudicar vuestras ocupaciones habituales, vuestro trabajo, vuestra economía ni vuestra moralidad. Para ello, os conviene hacerlo con fe, con lógica y con viva y transparente luz, pues, si esto es indispensable para escribir, no es menos preciso para leer. Sin estas tres virtudes, no nos es posible lo uno, ni lo otro. Sin ellas, estaríamos rodeados de la más tenebrosa oscuridad, y tan inútil nos sería pretender escribir, como leer.

Grande es, para mí, la pena de tener que hacer punto definitivo, pero es preciso terminar y aquí termino, pero, no sin antes, advertiros de que, para el mejor empleo de nuestras actividades en la vida, hay máximas que, copiadas de la sabiduría universal, dicen así:

“Lo que tú puedas hacer, a nadie lo has de encargar”

“Lo que tú puedas ganar, a nadie lo has de deber”

Y, como punto final, esta otra...

“A Dios rogando, y con el mazo dando...”


Fin

Firmado Juan Diego Garrido

Quedó terminado Mi Libro, en Campillo de Altobuey, el día 15 de julio de 1953.
Y de dicho libro se sacó esta copia en Chelva en abril del año 1956.

Nota. El ofrecimiento y entrega de Mi Libro, a la Santísima Virgen de La Loma, tiene, como causa suprema y única, mi filial agradecimiento, por su protección y misericordia que siempre me ha concedido durante las tres cuartas partes de mi vida, como vecino del Campillo, amparado bajo su divino patrocinio.

Chelva 5 de diciembre de 1959.

A handwritten signature in black ink on a light-colored, textured background. The signature reads "Juan Diego Garrido" in a cursive script. Below the name, there are several decorative flourishes and a large, stylized flourish that extends downwards and to the right.

INDICE EPIGRAFES

<u>TITULO</u>	<u>Tipo</u>	<u>Página</u>
Dedicatoria	Prosa	1
Contenido de este libro, y propiedad del mismo	Prosa	1
Prologo del autor	Prosa	2
Breve biografía del autor	Prosa	3
Lágrimas paternas	Elegía	8
Prólogo a las cuatro estaciones del año	Prosa	21
Las cuatro estaciones del año	Poema	23
Epílogo, a las cuatro estaciones del año	Prosa	30
Figuras astronómicas 1ª	Gráfico	31
Figuras astronómicas 2ª	Gráfico	32
Figuras astronómicas 3ª	Gráfico	33
Figuras astronómicas 4ª	Gráfico	34
Figuras astronómicas 5ª	Gráfico	35
Figuras astronómicas 6ª	Gráfico	36
Sobre La dicha del ahorro	Prosa	43
La dicha del ahorro	Poema	45
Sobre una carta a mis hijos	Prosa	51
Carta a mis hijos	Verso	52
Sobre mi soneto, Dos glorias	Prosa	55
Dos glorias	Soneto	56
Sobre mi soneto a la Virgen de la Loma	Prosa	57
A la Virgen de la Loma	Soneto	58
Sobre mi soneto, Heroísmo paternal	Prosa	59
Heroísmo paternal	Soneto	60
Al obrero del campo	Soneto	61
Sobre mi soneto, La espera de la liebre	Prosa	62
La espera de la liebre en Luna llena	Soneto	66
Sobre felicitación de cumpleaños	Prosa	67
A mi nieta María Real. Felicitación	Verso	67
Sobre mi soneto, El amor de madre	Prosa	68
El amor de madre	Soneto	69
Sobre, Cortando abarcas de goma	Prosa	70
Cortando abarcas de goma	Epigrama	71
Sobre mi plegaria a la Virgen	Prosa	72
A la Virgen del Remedio de Chelva	Plegaria	74
Sobre mi soneto a Cervantes	Prosa	76
A Miguel de Cervantes, en su 4º centenario	Soneto	77
Sobre mis cuartetos, El hombre y su vida	Prosa	78
El hombre y su vida	Cuartetos	79
El hombre, su cuerpo y su alma	Prosa	80
Cuento ¿Quién abrió las puertas?	Prosa	87
Cuento ¿Quién mató la liebre?	Prosa	92
Plano de La Corraliza	Gráfico	96
Plegaria, a la Virgen de la Merced	Verso y prosa	97
Terminación de Mi Libro	Prosa	100